

UN PARADIGMA PARA EL ANÁLISIS
DE LA CLASE OBRERA

Enrique de la Garza T.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA División de Ciencias Sociales y Humanidades

\$ 15
8

UN PARADIGMA PARA EL ANÁLISIS DE LA CLASE OBRERA

Enrique de la Cruz Rodríguez

DIVISION DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS

Departamento de Sociología
Área de Clases y Reproducción Social

Colección al cuidado de María Christen Florencia

Primera edición, 1989
© Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Iztapalapa
Av. Purísima y Michoacán
Colonia Vicentina
09340 México, D.F.

ISBN 968-840-599-X

Impreso en México
Printed in Mexico

ÍNDICE

Introducción	7
Tres posibles fuentes y partes integrantes en el análisis de la clase obrera como sujeto político	7
1. Ciencia y sujeto revolucionario	27
Determinantes en la conformación de la clase obrera como sujeto de la revolución en perspectiva histórica	27
—La relación partido-masa en Lenin antes de la revolución de 1905	31
—La relación partido-masa en Rosa Luxemburgo	33
—Antonio Gramsci y la relación partido-masa	34
Problemas epistemológicos en relación con la generación de voluntades colectivas	37
El problema de las voluntades colectivas	44
El problema de la generación de la voluntad colectiva autónoma en México	48
2. Raniero Panzieri: el punto de vista de los procesos de trabajo	51
Panzieri, revolucionario italiano	51
El contexto histórico de la ruptura de Panzieri	53
La renovación del marxismo en la obra de Panzieri	57
Una digresión teórica	64
Del análisis del proceso de trabajo a la táctica obrera y a la concepción del socialismo	68
El uso socialista de la encuesta obrera y la idea de partido y control obrero	70
La herencia de Raniero Panzieri	72

3. Aspectos metodológicos de la conformación de una voluntad colectiva autónoma	79
El método del concreto-abstracto-concreto en la perspectiva de Marx	79
Positivismo y marxismo	81
Potencialidad obrera ante la crisis actual y punto de partida	87
La descripción articulada de H. Zemelman	91
4. Áreas de la experiencia obrera	99
Área del proceso productivo	101
Área de relaciones sindicales	107
—Sindicato y corporativismo	110
—El corporativismo autoritario	112
—La crisis del sindicato corporativo autoritario	115
—Conceptos ordenadores	116
Área de la reproducción social de la fuerza de trabajo	121
—El concepto de reproducción	121
—La reproducción social como campo de lucha	122
—Cultura y poder	124
—Subespacios de la reproducción <i>versus</i> unidades espaciales de análisis	127
5. Reconstrucción de la realidad y empiria	129
El mundo de los conceptos y el de la experiencia	129
La especificidad y el problema de la medición	136
6. Indicadores y técnicas de construcción de datos	143
Entrevista y cuestionario	144
Historias de vida	145
7. La coinvestigación	151
Presupuestos epistemológicos de la coinvestigación	151
Las tentaciones del científicismo y del empirismo en la coinvestigación	154
Bibliografía sobre metodología marxista	159

INTRODUCCIÓN

TRES POSIBLES FUENTES Y PARTES INTEGRANTES EN EL ANÁLISIS DE LA CLASE OBRERA COMO SUJETO POLÍTICO

En la actualidad las prácticas del movimiento obrero, así como las teorías sobre el mismo, se encuentran inmersas en una profunda crisis; no obstante, tres tradiciones pueden conjugarse ahora en la búsqueda de salidas obreras a dicha crisis.

Las formas de análisis de la clase obrera

La larga tradición de estudios sobre la clase obrera mexicana encuentra unos de sus puntos de arranque en la Revolución mexicana, ya que a partir de esos momentos aquélla se perfiló como una de las clases fundamentales tanto social como políticamente.

Inicialmente, los estudios sobre la clase obrera fueron producto de la militancia y pasión partidaria o sindical; es la época de los testimonios de Jacinto Huitrón y Rosendo Salazar¹ así como de las disquisiciones con pretensiones teóricas de Lombardo Toledano. La academia, por su parte, retrasada con respecto al avance político, se refugió en la autonomía universitaria ante un Estado que ya no era el Estado liberal porfirista. Posteriormente, el pacto que el cardenismo logra establecer con el movimiento obrero de la época inició la etapa corporativa del sindicato de la Revolución mexicana. Es entonces cuando la reflexión universitaria inicia una trayectoria que la llevaría hacia la consideración de las transformaciones sociales puestas en marcha; sin embargo, en esos momentos su capacidad de reflexión sobre los virajes en las formas y acciones sindicales, así como sobre la forma del Estado, era extremadamente reducida. De ahí que el terreno de la reflexión política permaneciera

¹ Jacinto Huitrón, *Orígenes e historia del movimiento obrero en México*, Editores Mexicanos Unidos, 1974. Rosendo Salazar, *Historia de las luchas proletarias de México, 1930-1936*, Talleres Gráficos de la Nación, 1956.

ciera como propio y cuasi-exclusivo de los intelectuales orgánicos. La oleada charrificadora de los años cuarenta se desarrolló en una clase obrera carente —en la generalidad— de intérpretes intelectuales; de este modo, las grandes batallas de resistencia del proletario industrial se perdieron durante años para la memoria histórica de la clase obrera del país. Es solamente hasta la década de los sesenta cuando, al influjo de la Revolución cubana y en el ámbito académico, podemos hablar del surgimiento de la historiografía universitaria de la clase obrera de México.

Los primeros estudios de este tercer momento abordaron el problema de la clase obrera desde un punto de vista político, centrados especialmente en el análisis de las relaciones entre los sindicatos y el Estado surgido de la Revolución. Esta perspectiva y este énfasis en el estudio de la clase obrera no fueron gratuitos, ya que una sociedad como la mexicana de los años sesenta presentaba una gran sincronización entre las diversas instancias estatales. En dicha sincronización, los sindicatos aparecían como simples órganos estatales, especialmente a partir de las derrotas que el sindicalismo mexicano sufrió hacia finales de la década de los cincuenta. Así, el interés de los académicos se dirigió hacia el estudio del Estado mexicano, y dentro de esa gran problemática, el tema de la clase obrera surgió como un subproducto de la cuestión estatal.

En los estudios aludidos, la clase obrera era considerada —dado el marco general del análisis— un instrumento del gobierno y de los líderes espurios. Por otro lado, la subordinación de los sindicatos al Estado surgía en dichos análisis como un obstáculo para que la clase obrera asumiera una conciencia correspondiente con su verdadero ser. Con esta tónica despunta la historiografía sobre la clase obrera mexicana, como una rama de la ciencia política.

Es necesario mencionar la influencia de orientaciones de corte marxista en estos primeros trabajos, así como la presencia, desde entonces, del intento por crear grandes marcos teóricos interpretativos acerca del Estado y del movimiento obrero.

En suma, esta tradición historiográfica podría caracterizarse por la identificación del Estado como el verdadero sujeto social, el cual define sus relaciones con la clase obrera a partir de las características de la coyuntura. La clase obrera, por su parte, se identifica con una vocación democrática, ya que sus grandes conflictos aparecían como reacción al autoritarismo estatal y de los líderes charros: la historia de México era entonces —y simplemente— la historia de las luchas estatales, lucha sin mediaciones ni articulaciones entre estructura y voluntad.

Esta corriente historiográfica se vio notoriamente fortalecida

por toda una generación de intelectuales surgida de los movimientos estudiantiles, generación que en la década de los setenta encontró su objeto principal de estudio y reflexión en la llamada "insurgencia sindical". Menudearon entonces las descripciones históricas de movimientos diversos, que iban desde los estudios sobre el anarquismo mexicano de fines del siglo XIX² hasta las descripciones más vivas de las luchas de la insurgencia sindical de los años setenta.³ En el conjunto de esas historias se percibe un elemento común: la clase obrera es considerada como la depositaria de un destino histórico a cumplir, el cual, si no se ha realizado, es por la acción conjunta de un Estado corporativo y de líderes charros autoritarios. Insistentemente se recalca en dichas historias el fracaso del proletariado mexicano en la consecución de una correspondencia entre su ser y su conciencia por efecto de ciertos agentes externos al propio movimiento obrero: el Estado de la Revolución, los líderes sindicales identificados con el charrismo y las direcciones sindicales independientes espurias.

Sin embargo, el conjunto de movimientos obreros que hacia los inicios de la década de los setenta se identificó con la lucha por la independencia sindical colocó en el espacio de la reflexión una problemática de importancia extrema —como consecuencia inesperada también de tantas descripciones históricas, tendríamos que agregar—: la duda de si el "fracaso" de la lucha independiente tendría que explicarse simplemente por la acción represiva, policiaco-militar y jurídica, así como por los efectos derivados de la inexistencia del verdadero partido de la clase obrera. Mientras tanto, en las luchas concretas los trabajadores mexicanos no se mostraban —salvo en esos casos excepcionales que eran objeto de las historias obreras— dispuestos a tomar el cielo por asalto y, paralelamente, las discusiones en torno a los criterios definitivos para la identificación del partido verdadero de la clase obrera llegaron a un callejón sin salida. A esta serie de problemáticas planteadas por la acción concreta de la clase obrera habría que agregar otra no menos relevante: la duda de si la independencia sindical, en el sentido de ruptura orgánica con el corporativismo estatal, se correspondía necesariamente con la democracia, o todavía más, con la autonomía de la clase. Esta última duda surgió dada la constatación en el sindicalismo independiente de ciertas prácticas autoritarias por parte de las

² J.M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931*, Siglo XXI, México, 1980.

³ Véase Enrique de la Garza, *et al.*, "La investigación sobre la clase obrera en México", *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm.29, abril 1986.

direcciones. En fin, problemáticas de este corte también condujeron a algunos estudiosos, militantes y activistas sindicales a pensar que ya no era posible afirmar que la vigencia del charrismo se podía explicar en todo momento tan sólo por el efecto del terror y de la represión: el panorama de la reflexión y de los objetos de estudio se complejizaban; las tradicionales explicaciones de la acción obrera mostraban cada vez más sus límites.

Otro supuesto que compartían las crónicas de los historiógrafos era una visión sincrónica de la clase obrera, es decir, se la estudiaba como una clase ya dada, básicamente pasiva en lo que se refiere a su estructura. Este supuesto, que permeaba constantemente los estudios propios de la perspectiva historiográfica, impedía introducir dos elementos relevantes para el análisis de la acción obrera: la vida cotidiana del obrero común —tanto dentro del espacio de trabajo como fuera de él—, así como la posibilidad de pensar que las transformaciones estructurales de la clase obrera pudieran contribuir más a la explicación del movimiento de la clase que las historias de héroes y villanos propias de la historiografía, no únicamente mexicana.

Detrás de estas y otras limitaciones de la historiografía mexicana centrada en los estudios sobre la clase obrera, se generaron implicaciones profundas vinculadas con la acción social. La clase obrera era considerada en el fondo como un simple objeto estructural, como un algo explotado por el capital, como algo ya dado; sobre esta situación material se erigía entonces un simplista edificio superestructural en el cual la subjetividad de la clase era función de la acción del Estado, de los líderes charros o de los mismos dirigentes de la independencia sindical. Y lo que nunca aparecía en dichos estudios era la clase obrera, como objeto y sujeto a la vez, como estructura y subjetividad y, sobre todo, como creadora permanente de subjetividad. En otras palabras, la clase obrera era paradójicamente depositaria de una tarea histórica eminentemente práctica y, a la vez, un simple objeto estructural influido por las más diversas ideologías.

Esta perspectiva para el estudio de la clase obrera mexicana llegó a su límite junto con la crisis iniciada en 1981. Lo dicho no significa que se haya dejado de hacer crónicas de movimientos, aunque sí es cierto que estos han disminuido apreciablemente. Dos problemas pudieran estar detrás de dicha decadencia: en primer lugar, los retos que la crisis ha impuesto a la clase obrera, ésta ya no puede tratar de resolverlos a través de la extrapolación del pasado, ya que es posible que nos encontremos ante un viraje extremadamente profundo en la estructura de la clase y en las relaciones entre ésta y el

Estado. Por otro lado, la proliferación de estudios de caso de movimientos obreros no generó —como se esperaba— nuevos marcos teóricos explicativos, aplicándose, por tanto, aquellos que habían sido elaborados desde los años sesenta.

Desde finales de los años sesenta inició su despegue una segunda corriente de interpretación del movimiento obrero en México, perspectiva que centró su atención en el estudio del mercado de trabajo y de la fuerza de trabajo.⁴ Si bien es cierto que esta corriente no se desarrolló específicamente para la clase obrera ni para explicar los movimientos de la misma, es claro que sí incidió de manera sustancial en la forma de estudio de la problemática que nos ocupa. Migración y marginalidad fueron las temáticas de arranque de esta corriente, seguidas posteriormente en los estudios sobre la clase obrera y la estructura industrial. En los trabajos de esta perspectiva se intenta captar las características “estructurales” de la fuerza de trabajo y la modalidad de conformación del mercado de trabajo a través de cuestiones como el origen y la experiencia de trabajo de la fuerza de trabajo involucrada en la industria.

Según esta perspectiva la clase obrera surge básicamente como un objeto estructural, y las relaciones que ella mantiene ya sea con el Estado, con los líderes charros o con los partidos políticos, sólo aparecen en sus aspectos más generales, por ejemplo, las migraciones internas se ubican en el contexto de un cierto modelo de desarrollo o de una determinada política agraria impulsada por el Estado. El límite de esta perspectiva surge de su propio nivel de estudio, ya que no hace posible la explicación de lo más específico del movimiento obrero, reduciéndose, por tanto, a la descripción más o menos acabada de ciertas características de la clase obrera mexicana. Esta perspectiva no pudo incorporar cabalmente lo que la corriente historiográfica había logrado, esto es, el problema de la política como cuestión estatal, y el de la lucha de clases en cierto sentido, ni el problema de la reproducción de la fuerza de trabajo en toda su complejidad, que va desde la gestión estatal hasta los problemas de la cultura y de las relaciones interpersonales.

La última perspectiva que como tal surge para el estudio de la clase obrera y su acción es la caracterizada por los estudios realizados en torno a los procesos de trabajo, la cual despunta hacia mediados de la década pasada. Esta perspectiva reconoce dos vertientes en nuestro país: por un lado, la línea obrerista, influida por las

⁴ Ejemplos de estos trabajos pueden verse en Humberto Muñoz, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern, *Migración y marginalidad social en la ciudad de México*, El Colegio de México, México, 1977.

reflexiones de Mallett, Rainero Panzieri, Breverman y, recientemente, Coriat;⁵ por otro, la corriente académica que estudia la acción obrera en relación con los procesos de trabajo, de corte funcionalista, y la inspirada principalmente en los trabajos de Alain Touraine.⁶

Es justo mencionar que el surgimiento de la sociología del trabajo en nuestro país, y que corresponde a esta última corriente, no tiene prácticamente antecedentes en México, y cuando aquélla nace lo hace desligada de los propósitos empresariales característicos en otros países. Es probable que las mismas especificidades de las relaciones entre el sindicato y el capital en nuestro país no hayan impulsado al capital hacia el desarrollo de una corriente empresarial de sociología del trabajo; intenciones más cercanas a esta disciplina las podríamos encontrar, por ejemplo, en la administración de empresas —centrada en los aspectos técnicos administrativos del trabajo—, en la ingeniería industrial —con características semejantes a la anterior—, en la psicología industrial —vinculada especialmente a la selección y capacitación del personal—, en la seguridad e higiene industrial —que realza los aspectos técnicos del problema— y en el derecho laboral —enfocado según la técnica de la negociación obrero-patronal.

Los problemas más profundos de la relación capital-trabajo en los procesos de trabajo quedaron de ese modo oscurecidos por las soluciones técnicas derivadas de las diversas disciplinas o por la espontaneidad de diversos agentes empresariales y sindicales. Por otro lado, ciertas características del sindicato mexicano, tales como el hecho de ser más bien sindicato de la circulación y sindicato de Estado que sindicato de la producción, es probable que hayan contribuido a recrear esta situación.⁷ En suma, la sociología del trabajo tenía poco que aportar en un ámbito en el cual el sindicato fundamenta su acción en el problema del salario y del empleo y que, por ende, no mira al proceso de trabajo como un terreno oficial de la confrontación; asimismo, poco tenía que decir una sociología del trabajo ante un sindicato de Estado para el cual el terreno fundamental de la negociación con el capital no es el ámbito de las relaciones industriales, sino el de la acción estatal.

⁵ Véase como ejemplo Othón Quiroz, "Procesos de trabajo en la industria automotriz", *Cuadernos Políticos*, núm. 26, octubre-diciembre de 1980.

⁶ Véase como ejemplo Ilán Bizberg y L. Barraza, "La acción obrera en Las Truchas", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLII, núm. 4, octubre-diciembre, 1980.

⁷ Sobre la diferencia entre sindicato de la circulación y de la producción, véase Enrique de la Garza, "Perspectivas del sindicalismo en México", en *México Presente y Futuro*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1984.

Esta sociología del trabajo, primero como sociología industrial, tiene en países como Estados Unidos e Inglaterra una larga tradición. Desde que Taylor⁸ formuló sus conocidas propuestas para la organización científica del trabajo, el espacio del trabajo devino objeto de estudio de la ciencia. La primera gran reacción a las propuestas de Taylor —quien estudiaba el trabajo vivo como si fuera trabajo de una máquina— es la de Elton Mayo,⁹ cuando reconoce que las relaciones en los procesos de trabajo son auténticas relaciones sociales, y que los problemas de la eficiencia productiva no pueden desligarse de la búsqueda de concordia entre el capital y el trabajo en el mismo proceso productivo; aparece entonces el espacio del “sentimiento” obrero como una realidad a considerar tanto por administradores como por directivos de las empresas.

La versión de la sociología del trabajo de Elton Mayo se prolonga hasta finales de la segunda guerra mundial; en ese momento se nutre de las consideraciones del funcionalismo norteamericano y surgen así las dos primeras corrientes críticas. Una de ellas se convertirá posteriormente en la sociología de las organizaciones, que critica tanto la teoría de las relaciones humanas propuesta por Mayo como el utopismo que la domina al suponer que la vida del trabajo puede ser una simple comunidad de intereses que excluya el conflicto. Por el contrario, a través de la recuperación de la noción weberiana de burocracia se llega a plantear que en las estructuras burocráticas el conflicto es consustancial a la misma organización, como un problema de poder o de lucha por el poder.¹⁰

Por otro lado, Friedman inicia una gran corriente crítica, que, sin ubicarse en los propósitos integrativos de la sociología de las organizaciones, analiza el mundo del trabajo desde los conceptos de alienación y emancipación obrera.¹¹ El Alain Touraine de los primeros años, por su parte, continúa esta corriente académica recuperando el concepto de control obrero sobre el proceso de trabajo, y manteniendo paralelamente una disputa tanto con el marxismo estalinista de la época como con el funcionalismo más integralista.¹²

Así, en los años sesenta están ya conformadas las dos grandes corrientes académicas de la sociología del trabajo contemporánea:

⁸ F. Taylor, *La organización científica del trabajo*, Ediciones Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey, Monterrey, 1926.

⁹ E. Mayo, *Problemas humanos de una civilización industrial*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1970.

¹⁰ Véase la excelente antología sobre teoría de las organizaciones, Luis Montañón, “Teorías de las organizaciones” (mimeo), UAM-I, 1987.

¹¹ Friedman y Naville, *Tratado de sociología del trabajo*, FCE, México, 1970.

¹² *Ibid.*

por un lado, la que plantea que los comportamientos obreros guardan una estrecha relación con las características de los procesos de trabajo, y por el otro, la que habla de la subjetividad obrera como una manifestación de la cultura social general.

Contemporánea a estas corrientes académicas en la sociología del trabajo —desarrolladas comúnmente en una fuerte relación con las direcciones empresariales—, nace la corriente obrerista marxista. Entre los trabajos pioneros de esta línea sobresalen los de autores como Mallett y Castoriadis; sin embargo, cuando esta corriente irrumpe propiamente lo hace a través de los trabajos característicos del grupo de los *Quaderni Rossi*, en la Italia de los sesenta.¹³

Rainero Panzieri, uno de los miembros más significativos del grupo *Quaderni Rossi*, desde la práctica político-partidaria reflexiona sobre dos problemas centrales para el pensamiento marxista: por un lado, el prolongado auge capitalista de la posguerra asociado a la elevación de las condiciones materiales de existencia de la clase obrera y a la insistencia de dicha clase en la lucha reivindicativa en detrimento de sus supuestas tareas históricas. Por otro lado, Panzieri también reflexiona sobre el desaliento que en el movimiento comunista internacional provocó la denuncia que hizo Jruschov de Stalin.

Panzieri y su corriente, a partir de una relectura de *El capital* y de una estrecha relación con el movimiento obrero de su época, llegaron a una serie de consideraciones que implicaron la posibilidad de una reconstrucción del marxismo, recuperando su sentido de la historia, entendida ésta como la articulación activa de la objetividad y la subjetividad, de la estructura y la lucha de clases. Según esta perspectiva, el proletariado no podía ser analizado tan sólo como un objeto estructural, sino propiamente como un sujeto-objeto. Es esta concepción de la clase obrera que permite recuperar espacios de la existencia obrera relativamente ignorados por la acción y la teoría de los marxistas de la época, especialmente el espacio de la vida del trabajo, considerando no solamente aquello que se refiere a la explotación sino también aquello que se vincula con el poder.

La clase obrera aparecía de esta manera como un elemento permanentemente activo: no sólo como objeto determinado, sino también como agente determinante. Al analizar a la clase dentro del espacio productivo, se hacía posible la indagación sobre la relación dialéctica —no determinista— existente entre las formas de resis-

¹³ Véase la antología sobre Rainero Panzieri preparada por Enrique de la Garza y Horacio Vázquez, "Clase obrera, sindicato y partido: el obrerismo italiano" (mimeo), UAM-I, 1988.

tencia obrera en los procesos de trabajo y el cambio tecnológico y la organización del trabajo como estrategias empresariales tendientes a la destrucción de la capacidad de resistencia obrera. A la vez, el análisis de la reestructuración tecnológica capitalista y la resultante modificación de la misma clase obrera, permitía el estudio no sólo de la disminución de las capacidades de resistencia y acción obreras, sino también la identificación de nuevos espacios en la generación de la subjetividad obrera.

La corriente de Panzieri inaugura —decíamos antes— una gran corriente obrerista que ha tenido sus manifestaciones político-prácticas, pero también académicas; las primeras podemos hallarlas sobre todo en las luchas de los consejos de fábrica europeos de fines de los sesenta y principios de los setenta; las implicaciones académicas las encontramos en los trabajos de teóricos como Coriat.¹⁴ No obstante, la corriente de Panzieri no se caracteriza por sus contenidos académicos o universitarios, y en esta medida no se puede equiparar con la sociología del trabajo. Su propósito no es la especialización, sino la totalización, ni mucho menos intenta crear simplemente conocimientos acerca del mundo del trabajo: su intención es la creación de un nuevo orden social. En contraposición con la sociología del trabajo de fuerte contenido integralista, la corriente obrerista no pone el acento en la productividad del trabajo, sino más bien en el control obrero sobre sus condiciones de existencia, con lo que rescata el ángulo del poder y de la dominación en el proceso de trabajo; en este sentido la propuesta obrerista corre pareja con su idea del marxismo, entendido éste como ciencia de la revolución, como sociología vestida de ciencia política. Aquí totalidad marxista y el ángulo de la autonomía obrera se articulan coherentemente.

La clase obrera como sujeto de la revolución

Una ciencia de la revolución, como deseaba hacer del marxismo Panzieri, tiene que definir como su problema fundamental, teórica y prácticamente, la cuestión de la viabilidad de esa revolución, así como la identificación de los sujetos protagónicos fundamentales de la misma. Estas problemáticas han sido tratadas por el marxismo en múltiples ocasiones, a través de la consideración del problema de cómo el proletariado puede llegar a ser el sujeto de la

¹⁴ Benjamín Coriat, *El taller y el cronómetro*, Siglo XXI, Madrid, 1984.

revolución —en otros momentos, el proletariado ha sido sustituido por el campesinado o por grupos sociales tales como los estudiantes o los sectores marginales.

Las respuestas más comunes que se han dado a estos problemas bien pueden concretarse en dos supuestos: el primero, que funda su reflexión en la consideración de la revolución proletaria en tanto revolución consciente, de la cual se deriva la necesidad de que el proletariado asuma su tarea histórica a partir de la adquisición de una determinada conciencia. Paradójicamente, en segundo lugar, es propio de las concepciones aludidas la certeza sobre la incapacidad proletaria para la generación de su propia conciencia de clase, la que, por tanto, sería una tarea propia de los intelectuales o los partidos.

Un problema que se plantea en esta primera concepción se refiere a la capacidad que poseen o no los intelectuales, relativamente externos a la clase obrera, para conformar un cuerpo ideológico que haga las veces del núcleo de la conciencia de la clase obrera, caracterizada como clase para sí. Este problema se complejiza si consideramos al menos los siguiente aspectos del mismo: 1) Un concepto de conciencia de clase, entendido como la correspondencia con la estructura de la misma, no puede ser visto como una relación lineal, sino mediada por otras determinaciones concretas que vuelven no inmediata la definición de cuál conciencia sería la que corresponde al "ser" de la clase en los términos concretos de la táctica y la estrategia. 2) Si la historia no es vista como simple naturalismo y devenir inevitable, la definición de la táctica y la estrategia no puede realizarse cabalmente sólo por un cuerpo de intelectuales que parten de su ciencia, dado que el proceso social no depende sólo de lo objetivo verificable científicamente, sino también —y específicamente— de su articulación con las voluntades de los propios sujetos sociales; en esta medida no hay ciencia capaz de predecir unívocamente el futuro de la sociedad: a lo sumo, dicha ciencia —nos referimos a la "ciencia de la revolución"— posee tan sólo la capacidad para captar potencialidades objetivas que, por otro lado, pueden sufrir virajes en función de la acción concreta de los sujetos sociales. 3) La supuesta captación del devenir histórico exclusivamente a partir de la ciencia depositada en los intelectuales orgánicos del proletariado, se muestra problemática también desde el punto de vista epistemológico; es decir, la idea marxista de una realidad en movimiento impone un uso de la teoría acumulada —aun de la propia teoría marxista acumulada— mediado por la crítica permanente, por el cuestionamiento constante y la reconstrucción de la misma, dado que las leyes sociales no son eternas y la propia

realidad social puede ser pensada según niveles diversos de realidad. En esta medida, la sociedad siempre cambiante puede modificarse a partir de ciertos niveles de realidad, lo que impulsa hacia la generación de nuevos conceptos, hacia el descubrimiento de nuevas jerarquías entre los mismos y de nuevas relaciones entre ellos: en suma, la noción marxista de realidad en movimiento contiene la exigencia de un programa permanente de reconstrucción de la teoría acumulada.

Más aún, esta versión de la conciencia proletaria generada por un cuerpo de especialistas relativamente externo a la clase y su posterior "exportación" hacia ella presenta otra limitación: 4) Dado que las formas de conciencia y las ideologías generadas por los intelectuales son productos históricos, determinados en cierta medida por las condiciones materiales, culturales y de la lucha de clases, no pueden asumirse como el saber absoluto, ni pueden ser verdad sin discusión: son hijas de su tiempo, productos y productoras de relaciones reales —con sus respectivas mediaciones—, siendo una de ellas la dinámica propia que caracteriza a las comunidades intelectuales, sean éstas las de la academia o las del partido.

5) Finalmente, otro problema de fondo que se presenta en esta versión de la conciencia proletaria es la simplificación de una teoría de la acción, no en el sentido de las leyes más generales de la transformación de la sociedad, sino en lo que refiere a la generación de sujetos políticos y sociales en situaciones concretas. Es evidente que una teoría de la acción que predique que la conciencia genera práctica y que, por tanto, el papel principal de los intelectuales y partidos es la transmisión de conciencia a la clase obrera para que ella actúe en consecuencia, resulta insatisfactoria. La acción obrera colectiva, que es la que nos interesa en la generación de sujetos sociales, requiere verse como síntesis —con sus respectivas mediaciones— de estructura de la clase, conciencia y voluntad y contexto social y político. El problema de lo determinante en la coyuntura, a su vez, tiene que descubrirse en lugar de suponerse, y la definición de las mediaciones entre estos elementos resulta indispensable si se busca reconstruir la totalidad de determinaciones de la acción colectiva de la clase en la coyuntura, y no reducir este problema capital a las leyes en la marcha general de la humanidad.

Existe otra manera de ver el problema de la generación de los sujetos sociales; nos referimos a esa versión ingenua que roza con el anarquismo por su percepción de la masa proletaria —o del pueblo— como "pura" por definición, infinitamente sabia y capaz por ella sola de definir el rumbo que la historia le ha asignado. Es la versión espontaneísta del problema de los sujetos sociales en su conforma-

ción. En esta versión, intelectuales y partidos tendrían que rendir culto a la espontaneidad de las masas, a sus formas culturales y de conciencia, a partir del supuesto de que la ubicación de las masas en las relaciones reales intrínsecamente contradictorias las vuelve espontáneamente capaces para definir por ellas mismas tanto la táctica como la estrategia.

Esta última versión de la conciencia proletaria no es menos problemática que la anterior, ya que si bien recupera una dimensión que la otra ignora —la visión del mundo del proletariado y su accionar colectivo—, ignora, por su parte, que: 1) en las sociedades capitalistas existe una cultura y una visión del mundo dominantes, y en muchos aspectos las masas las han hecho suyas y, por ende, el simple accionar espontáneo de las masas es probable que conduzca a la reproducción de muchas de las formas culturales vigentes y dominantes. 2) La supuesta sabiduría absoluta de las masas es una mistificación ahistórica que no se resuelve con la trampa de la falsa conciencia, dado que las masas concretas no son simples instrumentos de los dominadores, sino específicamente sujetos subordinados al proceso social, y que como sujetos influyen también con las luchas en la marcha del todo social. 3) Está ausente también en esta versión espontancista de la conciencia proletaria una idea compleja de la generación de las voluntades colectivas autónomas, y esto porque resulta insatisfactoria la versión anarquizante de la infinita bondad y sabiduría del pueblo cuando rompe las trabas estatales o burguesas, en tanto la subordinación de una clase con respecto a otra no es solamente un problema de dominación, sino también de hegemonía. 4) Desde el punto de vista epistemológico, el espontancismo sufre del sesgo opuesto al de la versión que en estas notas le precede. El teoricismo es sustituido por el empirismo, por una noción de la vida cotidiana que contiene la certeza de que los sujetos pueden captar el movimiento de lo real tan sólo a través de las experiencias vividas. Esta última afirmación resulta falsa si se piensa que el nivel de la cotidianeidad de los sujetos sociales, con ser relevante, no agota a la propia realidad y sí tiende a reducirla a sus aspectos empíricos cotidianos. La realidad social, por el contrario, puede ser analizada según niveles diversos de realidad, y no todos ellos son reducibles a lo cotidiano; sin la articulación de dichos niveles, resulta imposible captar el espacio en donde la acción colectiva de los sujetos se presenta como viable, dado que la realidad social no se reduce a la sola voluntad, ni ésta es capaz de todo por ella misma. Al ignorar el espontaneísmo la categoría —marxista— de totalidad, entendida como articulación de niveles y procesos, reduce el concepto marxista de realidad a lo empírico, y el pro-

blema de generación de voluntades colectivas autónomas al voluntarismo.

El problema del análisis del tiempo presente

Carecer de una acertada concepción sobre el análisis de la coyuntura ha sido para el marxismo el producto de una serie de incomprendiciones históricas acerca del carácter de las leyes sociales evidenciadas por Marx: éste es el problema de la ley marxista como ley de tendencia. Una de las interpretaciones más socorridas de esta ley remite al cumplimiento en el largo plazo. Esta versión conforma un punto de vista que colinda con el positivismo, ya que: 1) afirma que los sujetos sociales en el largo plazo resultan realizadores de las necesidades que la estructura contiene en sus leyes de tendencia; 2) ignora el problema de las leyes de tendencia dentro de una perspectiva de la teoría por niveles diversos de abstracción; de esta manera, las leyes abstractas no son tales sino leyes macrohistóricas, que se cumplen ciertamente en el largo plazo.

En primer término, las leyes de tendencia lo son por ser siempre leyes relativamente abstractas, y en esta medida incapaces por ellas solas para reflejar lo concreto de la coyuntura. Esto significa que el análisis concreto de la coyuntura requiere ser la síntesis de más determinaciones que las contenidas en las leyes abstractas, entre ellas la voluntad de los sujetos. Por otro lado, las leyes de tendencia no abren sino posibilidades más o menos abstractas para el cambio social, pero en lo concreto sus tendencias pueden reafirmarse o contrarrestarse por efecto de otras determinaciones más concretas.

Entre la versión de la ley de tendencia como ley de largo plazo y la ley de tendencia entendida como potencialidad abstracta, existe una diferencia de fondo en cuanto a la concepción de la historia. Por un lado, la historia aparece en la primera versión como un devenir sujeto a esas leyes inexorables tendencialmente, que de no cumplirse en la coyuntura tendrán que realizarse en el largo plazo; de esta forma, la sucesión de modos de producción —dentro de la cual cabe la instauración del comunismo— surge como una necesidad impuesta por las contradicciones de la estructura que toman la forma de leyes de tendencia. Por el contrario, es necesario pensar que las leyes de estructura fijan potencialidades de transformación que no devienen tales en tanto no coincidan con otras determinaciones, algunas de las cuales no son simplemente estructurales, sino profundamente subjetivas, sobre todo en el sentido colectivo. A la vez, los límites estructurales para la acción no tienen que ser vistos como dados en todos los niveles, sino en una constante transforma-

ción vinculada especialmente a los resultados de la lucha de clases; de esta forma, la historia surge como articulación de coyunturas, y la posibilidad de los virajes históricos no sería por tanto la simple realización de las leyes de estructura, asumidas como leyes dadas para cada modo de producción.

La anterior concepción nos conduce al estudio del tiempo presente, el cual estaría centrado en el análisis de la posibilidad objetiva, en tanto posibilidad real, viable y no de mera voluntad, de que en una coyuntura determinada el proletariado llegase a conformar una voluntad colectiva autónoma. El problema del tiempo presente no sería, por tanto, el cómo realizar el destino histórico de una clase, sino la constante pregunta en torno de la existencia o no de las condiciones objetivas y subjetivas que abrirían la posibilidad de una alternativa de reconstrucción de la sociedad. La respuesta, claro está, no tendría que ser afirmativa en toda coyuntura.

El problema del tiempo presente con el ángulo de la transformación de la sociedad tiene un aspecto metodológico y otro práctico. En cuanto al primero, el problema remite a cómo llegar a definir los límites para la acción viable desde el ángulo de la autonomía obrera.¹⁵

Las respuestas de la metodología tradicional resultan insatisfactorias para una concepción de la realidad como la que hemos esbozado. El problema del futuro, en esa metodología tradicional, suele adoptar la forma de la extrapolación hacia el futuro, y la reducción de lo real a lo estructural. Es el caso de la ciencia económica tradicional, la que no obstante su sofisticación técnica, se encuentra encadenada en cuanto a su capacidad de predicción al comportamiento de los indicadores en el pasado y a la teoría acumulada que no admite rearticulación alguna en el propio proceso de la investigación.

Cabe reconocer que con respecto al positivismo —gran paradigma de la ciencia en el siglo xx— el marxismo se encuentra claramente en desventaja dado su escaso desarrollo, sobre todo cuando se enfrenta a problemas del método como los que atañen al estudio del tiempo presente. Sin duda alguna, Marx esbozó en el conjunto de su obra la posibilidad de una razón científica diferente de aquella que iniciaba su dominio en el mundo de la época: el positivismo. No obstante, la azarosa historia teórica y práctica del marxismo junto con el despegue de una ciencia aplicada a la producción capitalista, impidieron en cierta medida la recuperación de esa posibilidad marxista de razón científica diferente del positivismo.

¹⁵ Véase Hugo Zemelman, *Conocimiento y sujetos sociales*. El Colegio de México, México, 1986.

En cuanto a la historia teórica y práctica del marxismo, los diversos intentos por convertirlo en una doctrina sistemática capaz de predecir el devenir social —característicos, aunque no exclusivos de la II Internacional— no son consecuentes con una razón científica positivista, cada vez más hegemónica hacia finales del siglo XIX.

Se producía en esos momentos la gran revolución científico-técnica que implicó la aplicación extensiva de la ciencia a la producción; ante esa avalancha de la ciencia directamente productiva, las ingenuas consideraciones de Engels sobre filosofía de la ciencia resultaban insuficientes. El positivismo de la segunda generación, por su parte, avanzaba continuamente y se puso a la cabeza de la reflexión filosófica sobre la ciencia, generando de ese modo nuevos problemas y formas de solución inéditas hasta entonces, pero sobre todo, legitimando una forma de razonamiento que se traduciría rápidamente en el único método legítimo y válido para la ciencia.

La revolución salvó momentáneamente al marxismo en esa coyuntura crítica para su desarrollo: 1905 y 1917 significaron no sólo un conjunto de rupturas teóricas y políticas prácticas, sino también un aire fresco en la reflexión epistemológica y metodológica; Lenin, Luxemburgo, Lukács, Korsch, Gramsci y otros más son producto de esa segunda oleada renovadora del marxismo.

Los marxistas de los años veinte, sobre todo, lograron descubrir nuevos problemas y polemizar con las perspectivas dominantes sobre la ciencia, que no eran obviamente aquéllas que Marx conoció. Un escollo importante para la recuperación de esas polémicas radica en el hecho de que la reflexión marxista de esa época es sumamente dispersa y se mueve sobre todo en el plano filosófico, sin llegar a adelantar sustancialmente en el nivel metodológico. Por otro lado, los anatemas y las censuras siempre estuvieron presentes, dado que la producción teórica se encontraba claramente ligada a la militancia política y a los problemas de la táctica y la estrategia.

La larga noche del estalinismo no hizo sino continuar la vieja línea de la II Internacional en la concepción del marxismo como sistema cerrado, acabado, capaz por sí mismo de predecir y explicar situaciones pasadas, presentes y futuras. Es notorio el estancamiento del pensamiento metodológico marxista en ese periodo; la reflexión seria y la problematización fueron sustituidas por los manuales del materialismo histórico y dialéctico avalados —canonizados, diríamos— por la Academia de Ciencias de la URSS. Mientras tanto, el positivismo de la tercera generación se enfrascaba en polémicas cada vez más sofisticadas acerca del sentido de la ciencia; por su parte, los manuales soviéticos traducían a Hegel de manera tal que lo simplificaban, lo esquematizaban y barnizaban de un tono

marxista: así se legitimaba —o comprimía— el espacio propio de la reflexión marxista referido a la ciencia y a su método.

Hubo que esperar —salvo raras y muy notables excepciones, a la vez que ilegítimas para el movimiento comunista internacional, como lo fue la escuela de Frankfurt— a la muerte de Stalin y a la ruptura del monolitismo en el movimiento comunista para que en los años sesenta se abriera esa caja de Pandora marxista, tan celosamente guardada, y estallaran así por todos lados los problemas postergados, anulados y, en suma, no resueltos. Se inicia de este modo una tercera oleada renovadora del marxismo.

La desconfianza hacia el estalinismo revirtió también en su versión de ciencia marxista legítima y en la necesidad de una academia de sabios encargados del resguardo de la pureza de la doctrina. Surgieron entonces múltiples versiones del marxismo, no todas ellas conciliables: althusserianismo, dellavolpismo, escuela de Budapest, nueva escuela de Frankfurt, maoísmo, neotroskismo, autonomismo, guevarismo...

En el plano metodológico esta etapa se caracterizó por una gran riqueza de planteamientos y por el intento de recuperar las discusiones sobre el método de Marx, avanzando más allá de donde explícitamente había llegado éste. Esta etapa se prolongó hasta mediados de los años setenta y, posiblemente, la última gran polémica metodológica haya sido la suscitada por Lucio Colletti en torno a la dialéctica. A pesar de la riqueza de los planteamientos es justo anotar que se desarrollaron principalmente en el plano epistemológico, sin abordar directamente los problemas concretos propios de un posible método marxista. Colletti pretendió finalmente destruir esta posibilidad al negar la pertinencia de la dialéctica como forma de razón científica, al reconocer que la única forma de hacer la ciencia es la propia de las ciencias naturales.¹⁶

Esta polémica final, en la que el punto de vista marxista no salió bien librado, coincidió con la irrupción de la gran crisis internacional; con ella quedó también evidenciada la incapacidad del marxismo práctico de los países europeos para ofrecer alternativas viables de solución a la crisis. Asimismo, sobrevino el desencanto sobre la posibilidad del marxismo de dar cuenta de la realidad.

Esta crisis no es exclusiva del marxismo en la actual coyuntura; las ciencias sociales, en general, han sido impotentes para predecir y proponer salidas satisfactorias a la presente crisis. Es posible que la actual crisis haya puesto en duda no solamente las diversas teorías que hablan de la cuestión social, sino específicamente la racional-

¹⁶ Lucio Colletti, *El marxismo y Hegel*, Grijalbo, México, 1982.

lidad que subyace en ellas; en este sentido, el marxismo, indudablemente influido por la racionalidad positivista, también ha participado en cierta medida de la aludida crisis de la racionalidad científica.

Como decíamos, en la obra de Marx es posible hallar la potencialidad de una forma alternativa de racionalidad científica; ello se debe a: 1) su concepto de realidad, como articulación entre objetividad y subjetividad; 2) su concepto de ley de tendencia; 3) el concepto de realidad por niveles diversos de realidad; 4) la idea de la realidad en transformación según niveles de realidad implica el cuestionamiento de las viejas legalidades, así como la reconstrucción de la totalidad concreta al objeto; 5) la consideración de que la reconstrucción de la totalidad implica la inclusión de lo general y lo particular —y no la simple explicación a través de leyes universales o generales—, de lo abstracto y lo concreto; finalmente, 6) el camino de reconstrucción de la totalidad como totalidad concreta en el pensamiento no puramente lógico, ni mucho menos una relación exclusivamente deductiva, implica una relación compleja entre lo lógico y lo histórico. En suma, se abre la posibilidad y la necesidad en la actual coyuntura de un uso alternativo tanto de la teoría acumulada como de la noción de explicación y verificación, pero sobre todo, surge la necesidad de una propuesta metodológica de análisis para el tiempo presente alternativa a la extrapolación hasta ahora vigente. Esta es la tercera tradición del marxismo que habrá que recuperar.

La coinvestigación como síntesis de metodología y política

En el marxismo los campos de la política práctica y de la teoría no siempre han encontrado articulaciones precisas. Si en alguna época avanzó el aspecto teórico del marxismo fue cuando los teóricos eran a la vez políticos prácticos. Sin embargo, en la actualidad la historia del marxismo reconoce dos desarrollos desiguales: uno del marxismo teórico —sobre todo si pensamos en el marxismo metodológico— y otro del marxismo práctico. En ambos aspectos ha influido poderosamente la versión científicista del marxismo, la cual desde una posición externa a la clase pretende llegar a mostrarle su destino. Esta es una concepción de la historia en la cual la clase obrera hace las veces de simple instrumento, instrumento de la historia o de quienes poseen el don del futuro.

La tradición obrerista italiana, en un intento serio por recuperar el sentido marxista de la historia y de la generación de la voluntad colectiva obrera, crea la propuesta de la coinvestigación, en donde

se logra sintetizar, por un lado política y método y, por otro, concepción de la historia con táctica y estrategia.¹⁷

En la coinvestigación, la táctica no está predefinida por la teoría; esta propuesta tampoco significa un pretexto para llevar la luz del qué hacer a quienes no pueden saberlo por ellos mismos; mucho menos es una simple técnica de recolección de la información. La coinvestigación es una forma de intervención política que abre la posibilidad de una forma alternativa de participación de los intelectuales en el movimiento obrero, participación que no es la de llevar la conciencia desde fuera en la forma de conocimiento acabado, sino que implica una función epistemológica y metodológica relativamente abierta a la realidad y a la acción de la propia clase obrera, la cual aparece ahora no como simple objeto de investigación, sino como un auténtico sujeto-objeto libre de las cosificaciones que históricamente ha sufrido a partir de las versiones marxistas positivamente.

En síntesis, tres tradiciones puestas sobre sus pies pueden conjuntarse para abrir la posibilidad de una forma alternativa de análisis de la intervención política de la clase obrera. Por un lado, las tradiciones obreristas, en lo que se refiere a su óptica de estudio de la clase obrera y a la identificación de un punto de partida en la vida cotidiana en el proceso de trabajo y fuera del trabajo que no quede limitado a los parámetros que acota la sociología del trabajo. Por otro lado, la antigua discusión acerca de cómo el proletariado puede llegar a convertirse en sujeto de la revolución —dentro de la cual cabrían destacar los problemas de la relación partido-masa y de la conciencia de clase— apunta hacia la posibilidad de una forma compleja de análisis teórico de la acción colectiva en la coyuntura. En tercer y último término, la recuperación de la discusión marxista en torno al método en un intento por formular alternativas efectivas metodológicamente que tomen como problema fundamental el análisis del tiempo presente, en un intento de formular una nueva razón científica.

Estas tres fuentes y posibles partes integrantes de una renovación marxista se ubican en el contexto de una profunda crisis de la clase obrera y de sus organizaciones a nivel mundial; es la época de una gran incapacidad de partidos y sindicatos comunistas y socialistas para ofrecer alternativas viables a la crisis actual, compaginada con una ofensiva burguesa que toma dos formas básicas: primero, una profunda reestructuración de los procesos productivos que contiene amplias repercusiones sobre la clase obrera desde el nivel del empleo y el salario hasta el de las calificaciones, formas de lu-

¹⁷ Enrique de la Garza y Horacio Vazquez (comp.), *op. cit.*

cha y de organización; es decir, estamos ante una recomposición sustantiva de la propia clase obrera; por otro lado, se ha puesto en marcha una transformación no menos relevante que la anterior al nivel de la forma de Estado que cuestiona los antiguos pactos y formas de funcionamiento institucionalizados. Junto a lo señalado, las repercusiones de la crisis y de la ofensiva burguesa sobre el espacio de la reproducción social de la fuerza de trabajo, sobre los sistemas culturales y sobre las formas de relación interpersonales y de representación al nivel de la conciencia, son también posibles. La clase obrera que surgirá de la crisis no será la misma que antes. Cabe preguntarse, por tanto, si en este contexto de crisis y a la vez de reestructuración se abre la posibilidad objetiva de que la clase obrera llegue a generar una voluntad colectiva autónoma, y cuál sería la forma que ésta adoptaría. Es éste el gran reto para el marxismo de fin del milenio.

1. CIENCIA Y SUJETO REVOLUCIONARIO*

El problema de cómo el proletariado deviene sujeto de la revolución ha sido ampliamente debatido. Dentro del campo marxista las polémicas han pasado por tres grandes momentos: primero, a principios del siglo, se realiza el conocido debate entre Lenin y Rosa Luxemburgo; posteriormente, en los años veinte, nos encontramos con las reflexiones de Lukács, Korsch, Gramsci, entre otros y, finalmente esta polémica revive en los años sesenta propiciada por el rompimiento del bloque estalinista, la escisión del movimiento comunista internacional y un largo periodo de crecimiento capitalista (iniciado después de la segunda guerra mundial). Esta última fase de la polémica no ha finalizado; podemos decir que más bien ha estado alimentada por nuevos puntos de vista referidos al surgimiento de la conciencia de clase en el proletariado y las determinaciones de la acción clasista.

Las aportaciones recientes a la polémica que sobresalen son las derivadas de la línea obrerista, tanto italiana como francesa, en tanto abordan la problemática desde nuevas perspectivas. Es nuestra intención recuperar estos aportes, problematizarlos y señalar algunas líneas de reflexión que pudiesen ser fructíferas en la discusión actual.

DETERMINANTES EN LA CONFORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA COMO SUJETO DE LA REVOLUCIÓN EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

En *La experiencia del movimiento obrero*,¹ Castoriadis señala que dos sectores de la realidad social se confrontan y permanecen históricamente separados: de un lado, el de los obreros preocupados por

* Son coautores de este capítulo: Javier Melgoza, Raúl Corral, Blanca Ortega, Joaquín Melendez y Enrique de la Garza Toledo.

¹ C. Castoriadis, *La experiencia del movimiento obrero*, Tusquets, Barcelona, 1979.

la reivindicación de sus necesidades inmediatas, para lo cual se organizan y luchan en torno a ellas; y del otro, el sector de los militantes políticos, definidos por una ideología coherente y un programa máximo. Esta disociación ha planteado al militante político la exigencia de la fusión entre el "socialismo científico" y el "movimiento obrero espontáneo", lo que bien puede traducirse como aquella actividad mediante la cual se logra la influencia ideológica y organizativa en las luchas inmediatas de los obreros, siendo el objetivo de tal actividad el que la clase obrera asuma sus tareas históricas.

Esta concepción, que presenta a la praxis revolucionaria como praxis consciente y diferenciada de la cotidiana, presupone una separación entre lo económico y lo político, entre lo inmediato y lo histórico.² De este modo se tiende a circunscribir al proletariado a la sola percepción de sus intereses económicos inmediatos —y a la exclusiva preocupación por ellos—, siendo que, al mismo tiempo, se le considera como el depositario de la misión histórica de construcción de la nueva sociedad.

La paradoja de una clase destinada a construir una nueva sociedad y, a la vez, incapaz de crear su conciencia por ella misma, ha sido objeto de múltiples análisis, sobresaliendo entre ellos las tesis de la conciencia histórico-revolucionaria importada por la clase obrera, y la de la teoría del derrumbe del capitalismo. No obstante las diferencias que entre sí guardan ambas propuestas, existe un nivel de identidad entre ellas, esto es, permanece la certeza de que la clase obrera sólo se moviliza por efecto de sus intereses inmediatos, siendo éstos los derivados ya sea de las contradicciones cotidianas entre el capital y el trabajo o de las impuestas por la crisis económica final del capitalismo. Paralelamente, la fundamentación del papel histórico del proletariado es sustentada de antemano por la teoría que así lo establece, encontrándose depositada dicha teoría en un cuerpo especial de profesionales de la revolución. En este sentido los contenidos de la teoría serían los determinantes del carácter de la acción obrera, es decir, los parámetros de la teoría de la revolución definirían si el proletariado se encuentra impelido en una acción concreta por lo contingente o por su 'verdadero ser'.

Esta distinción está estrechamente ligada a la relación de la clase en sí con la clase para sí que plantea Marx en la *Miseria de la filosofía* y en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

De acuerdo a las soluciones clásicas, no basta con que el proleta-

² Considerando "inmediato" lo cotidiano e "histórico" lo trascendente, se desconoce que ambos son dos caras de la totalidad social, totalidad en constante movimiento.

riado sea sujeto de la explotación para ser capaz de erigir un proyecto viable de reconstrucción de la sociedad; así, por ejemplo, en Kautsky y Lenin³ la clase obrera es incapaz por ella sola de erigir dicho proyecto, en tanto la conciencia de clase es exportada a la masa por los intelectuales del partido, provenientes de la burguesía. Lo que implica que la conciencia de clase no es engendrada por el proletariado ni tampoco éste la asume fácilmente. De esta forma, la historia del proletariado es principalmente la historia de sus ilusiones, en donde el límite entre ilusión e historia es una teoría en posesión del cuerpo intelectual. Ilusión como falsa conciencia, como acción contrapuesta a la acción trascendente; historia como trascendencia, trascendencia que implicaría la posesión de una teoría sobre la trascendencia histórica y, finalmente, teoría que en su expresión máxima también le estaría negada a la clase obrera.

En este sentido, el apoyo del proletariado al reformismo o al estalinismo es interpretado como falsa conciencia de la masa obrera: esta masa, incapaz de generar en forma autónoma su conciencia de clase, descargaría sus errores en quienes tienen la misión de exportar dicha conciencia y, en última instancia, los errores históricos serían, por tanto, responsabilidad de las direcciones. En esta medida, la historia de la humanidad sería la historia de las direcciones acertadas o erróneas, capaces o incapaces teóricamente.

En el contexto del xx Congreso del PCUS —donde se pone al descubierto la crisis del movimiento comunista internacional, así como la incapacidad de los partidos comunistas para explicar el auge capitalista de la posguerra y la presencia del Estado social⁴ como nueva forma estatal capitalista—, la vieja discusión referida a la relación entre el partido y la masa se plantea en el contexto europeo, lo que conduce a dos concepciones encontradas no sólo en el nivel teórico, sino también en cuanto a las implicaciones políticas.

Tres grandes problemas se hallaban en el fondo de la reactivación de la polémica. En primer lugar, el anquilosamiento del marxismo en el estalinismo y su conversión en doctrina sistemática, lógicamente consistente, pero incapaz de dar cuenta de las transformaciones capitalistas. En segundo lugar, la crítica al estalinismo hizo concebir la posibilidad de que las “deformaciones” de los socialismos reales no fueran primordialmente el producto de los

³ Es necesario reconocer que no hay en Lenin una sola concepción de la relación partido-masa; dicha concepción se fue transformando en la medida en que el bolchevismo dejó de ser una secta socialista separada del movimiento real. Al respecto, cfr.: Marcel Liebman, *El leninismo bajo Lenin*, 2 vols., Grijalbo, México, 1977.

⁴ Véase E. de la Garza, *Contribución al estudio del Estado social autoritario*, UAM-I, 1984.

errores de las direcciones, sino de determinaciones más profundas en las que el proletariado no fuese inocente protagonista; y, finalmente, en la fase de auge del capitalismo de la posguerra, el proletariado se mostraba cada vez menos preocupado por atender a los reclamos de los partidos revolucionarios para subvertir el orden imperante. Esta situación fue sintetizada en la categoría de *integralismo*, entendida como la integración funcional del proletariado al sistema capitalista, incluyendo en esto la institucionalización del conflicto interclasista.⁵

Es este contexto en el que se reeditan las antiguas polémicas entre Lenin y la izquierda de la socialdemocracia, referidas al proceso que lleva al proletariado a convertirse en sujeto de la revolución. A partir de la relectura de esta polémica, y de la reconsideración de las aportaciones del segundo momento de la discusión (Gramsci, Korsch, etc.), surgen, como señalamos, dos concepciones sobre el partido de la revolución: la del partido-guía, depositario de la teoría de la revolución, teoría núcleo de la conciencia de clase en la que la conciencia se convierte más bien en teoría que en acción y, específicamente, en una teoría de las contradicciones clasistas y de su solución. Mientras que desde otro punto de vista se afirma la concepción del partido no como guía, sino como instrumento de la clase en sus luchas. Esta última concepción resurge después del xx Congreso del PCUS, y es Panzieri, en Italia, uno de los primeros en plantearla.

La corriente de Panzieri desarrolla su concepción del partido-instrumento de la clase no solamente por medio de una reaparición de los argumentos de la izquierda de la socialdemocracia de principios de siglo, sino que, ante todo, impulsa tres líneas de investigación inéditas en la historia del pensamiento marxista:⁶ una relectura de *El capital* que tiene como eje la contradicción capital-trabajo dentro de la fábrica, el análisis de la nueva composición de la clase obrera y la crítica a la ideología del neocapitalismo. El carácter político más que académico de estas tres líneas de investigación es manifiesto, ya que detrás de ellas se encontraba el problema del integralismo de la clase obrera.

La respuesta que *Quaderni Rossi* creyó encontrar, señalaba que en el fondo del integralismo está presente una permanente conflicti-

⁵ De igual modo quedaron sobre el tapete de las discusiones los problemas de la burocratización de los partidos y demás instituciones obreras, como los sindicatos y confederaciones.

⁶ Los resultados de tales investigaciones se encuentran, principalmente, en *Quaderni Rossi*, Sapere Edizioni, Milán-Roma, Italia, 1970-1974.

vidad entre el capital y el trabajo —expresada especialmente en el proceso de trabajo— conflictividad que habla de un despotismo del capital y de una violencia fabril que, de manera callada, mantiene un constante choque entre ambos factores de la producción. El carácter permanente de este enfrentamiento se manifiesta en el hecho de que, ante el uso capitalista de la máquina, surge una resistencia obrera continua dentro del mismo proceso de trabajo.⁷

La conflictividad permanente en la fábrica permitiría convertir el espacio del proceso de trabajo en un espacio de lucha política, en tanto se diese no sólo por el reparto de la plusvalía, sino principalmente por el poder en el propio proceso de trabajo. Así, la diferencia entre lucha económica y lucha política podría diluirse y, con ello, esbozarse toda una concepción diferente de las clásicas en cuanto a los problemas de la relación partido-masa, a la distinción entre clase en sí y clase para sí y en cuanto al mismo problema de la generación de la conciencia de clase.

Para efectos de una mayor delimitación de las aportaciones del obrerismo a la polémica en cuestión, así como para la definición más exacta de lo específico de las mismas, resumiremos algunos de los puntos de vista clásicos sobre la relación partido-masa, sin pretensión de exhaustividad, indicando especialmente los puntos en torno a los cuales gira la polémica y reconociendo la existencia de concepciones diferentes a las aquí referidas, como por ejemplo la de Mao.

La relación partido-masa en Lenin antes de la Revolución de 1905

Lenin, en sus escritos *¿Qué hacer?*, *Un paso adelante dos pasos atrás* y *El trabajo del partido entre las masas*, puntualizó sus concepciones sobre la adquisición de la conciencia de clase por el proletariado. En el Lenin de esta época dicha adquisición se expresa, en un primer momento, mediante la lucha y la organización sindicales; en esta etapa la lucha se da, fundamentalmente, mediante reivindicaciones de carácter económico, siendo por tanto el papel fundamental del sindicato la defensa de las condiciones de trabajo y de la venta de la fuerza de trabajo.

Para Lenin era necesario que la conciencia de la clase trabajadora no quedara limitada al nivel económico, sino que además accediera a la lucha en la esfera política. Este tránsito de la economía a la política, o de la conciencia de clase a la conciencia política de

⁷ Cfr. Toni Negri, *Del obrero masa al obrero social*, Anagrama, Barcelona, 1980.

clase, es en Lenin responsabilidad del partido, en tanto sus cuadros especializados enseñarían a los obreros que la lucha de clases no se circunscribe solamente al ámbito gremialista, ni se reduce a los enfrentamientos con un patrón particular.

Así pues, Lenin escribe:

El cometido de la socialdemocracia (el partido) es presentar los intereses de todo el movimiento en su conjunto, señalar el objetivo final, las tareas políticas, y salvaguardar su independencia política e ideológica (...). Las tareas de la socialdemocracia son: llevar las ideas socialistas y la conciencia política a la masa del proletariado y organizar un partido revolucionario ligado con el movimiento obrero indisolublemente.⁸

No obstante la definición primera de las funciones propias tanto del partido como del sindicato, éste “puede convertirse (...) en un auxiliar de la mayor importancia para la agitación política y la organización revolucionaria”.⁹

Según Lenin, el partido debe apoyar cualquier movimiento obrero y, en su caso, puede aportar sus puntos de vista con respecto a cómo enfrentar determinada eventualidad; sin embargo, deja muy claro que en última instancia es la base de la organización sindical la que decidirá hacia dónde, cómo y cuándo moverse. En este sentido, Lenin señala cuáles son las tareas inmediatas del partido.

...Formar una organización revolucionaria capaz de unir todas las fuerzas y de dirigir el movimiento no sólo nominalmente, sino en realidad, es decir, capaz de estar siempre dispuesta a apoyar toda protesta y toda explosión, aprovechándolas para multiplicar y reforzar los efectivos que han de utilizarse en el combate decisivo.¹⁰

En suma, el partido tiene en Lenin, como una de sus funciones, el apoyo a tipos diversos de movimiento obrero; apoyo que debe ampliarse a todas las capas de la sociedad para así asegurar el incremento de sus adeptos: “Y cuanto más amplias sean estas organizaciones tanto más amplia será nuestra influencia en ellas, influencia ejercida no solamente por el desarrollo ‘espontáneo’ de la lucha económica, sino también por la acción directa y consciente de los miembros socialistas de los sindicatos sobre sus camaradas”.¹¹

⁸ V.I. Lenin, *Tareas urgentes de nuestro movimiento*, Editorial Progreso, Moscú.

⁹ V.I. Lenin, *¿Qué hacer?*, Obras escogidas en 12 tomos, Editorial Progreso, Moscú, tomo II, p. 112.

¹⁰ V. I. Lenin, *¿Por dónde empezar?*, Obras escogidas, ed. cit., tomo I, p. 477.

¹¹ V. I. Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, Editorial Progreso, Moscú, p. 59.

El partido, para poder cumplir con sus "tareas inmediatas", requiere estar internamente organizado, entendiéndose por ello no sólo contar con conciencia de clase sino específicamente conciencia política de clase, así como tener una preparación tal que le permita actuar en cualquier eventualidad y ser capaz de dirigirla.

En la concepción de Lenin, la dirección del partido puede estar integrada por obreros, estudiantes, profesionales y, en "algunas ocasiones", por intelectuales; dicha dirección debe tener una larga y probada trayectoria de participación consecuente y constante en la lucha política. Sin embargo, señala Lenin, la integración de los intelectuales al partido resulta problemática, ya que su condición —ser una capa especial dentro de las sociedades capitalistas— se caracteriza, en conjunto, precisamente por su individualismo y por su incapacidad para someterse a la disciplina y a la organización.¹²

...en esto reside una de las razones que explica la flojedad y vacilación de los intelectuales, que tantas veces ha sentido el proletariado. Y esta propiedad de los intelectuales está inseparablemente ligada a sus condiciones habituales de vida, a sus condiciones de salario, que en muchísimos casos se acercan a las condiciones de existencia pequeñoburguesas.¹³

Este conjunto de tesis leninistas referidas al papel y a la actividad del partido de la revolución fueron ampliamente discutidas por la izquierda de la socialdemocracia, especialmente por Rosa Luxemburgo.

Relación partido-masa en Rosa Luxemburgo

Uno de los puntos principales de la concepción del partido político en Rosa Luxemburgo indica que éste requiere ser un instrumento de clase en sus luchas y no el guía de las mismas, es decir, se invierte así la relación tradicionalmente considerada.

Para Rosa Luxemburgo, una adecuada organización revolucionaria no precede a la acción sino que es producto de ella, alcanzando aquélla un mayor desarrollo en los periodos de lucha que en los de calma. Según Rossana Rossanda, Luxemburgo "no teorizó en ningún momento acerca de la posibilidad de que las masas prescindan de una vanguardia organizada, que para ella se identificaba

¹² *Ibidem.*

¹³ *Ibid.*, p. 64.

con el partido",¹⁴ pero el origen de esta necesidad no se encuentra en la ausencia de la dimensión política de la lucha obrera, sino en su fragmentación objetiva y en la necesidad de una estrategia unificadora. Son, en suma, las necesidades políticas directas de la clase las que exigen en cierto momento la unidad estratégica.

Al referirse a la huelga de masas en Rusia, Luxemburgo reconoce explícitamente que, si bien es verdad que la coyuntura revolucionaria imprime su propia dinámica a la dirección de la huelga —en el sentido de su desencadenamiento—, no es menos cierto que la dirección de la huelga de masas corresponde a la socialdemocracia y a sus organismos directivos. Así pues, la unión entre espontaneidad y organización se encontraría en las "leyes del desarrollo histórico de la lucha de clases".

Sin embargo, señala Rosa Luxemburgo, "la falsa apreciación o la sobreestimación del papel de la organización del proletariado en la lucha de clases está vinculada generalmente a una subestimación de la misma de los proletarios no organizados y de su madurez".¹⁵

Cuando se concibe al sujeto revolucionario en el seno de la clase como lo hace Rosa Luxemburgo, el partido aparece como un instrumento al servicio de ésta, sobre el que la clase siempre debe tener un control, impidiendo la tendencia autolegitimadora de la vanguardia externa con la que se trata de imponer una dinámica ajena a la propia de la masa. En este sentido, Luxemburgo señala que, "únicamente cuando la gran masa de trabajadores tome en sus manos con más vigor las armas del socialismo científico, todas las inclinaciones pequeñoburguesas, todas las corrientes oportunistas se nulificarán. El movimiento pisará entonces terreno seguro y firme. La cantidad lo hará".¹⁶

En esto términos —en nuestra opinión los fundamentales— se estableció la polémica entre Lenin y Luxemburgo. Una aportación más a esta discusión fue la de Gramsci, la cual abordaremos a continuación.

Antonio Gramsci y la relación partido-masa

Las preocupaciones fundamentales de Gramsci —la derrota del movimiento obrero europeo, la especificidad de la reconstrucción

¹⁴ En "De Marx a Marx: clase y partido", en *Teoría marxista del partido político* — 3, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 38, México, 1981, p. 9.

¹⁵ Rosa Luxemburgo, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 13, España, 1974, p. 62.

¹⁶ Rosa Luxemburgo, *Reforma o revolución*, Grijalbo, colección 70, núm. 10, p. 12.

del capitalismo y las limitaciones de la experiencia del movimiento obrero socialista— son producto de nuevas condiciones históricas, tales como el afianzamiento del fascismo en el aparato estatal, la gran crisis del 29 y la reorganización capitalista “desde arriba”, a lo que se suma el proceso de desarrollo del Estado estalinista y la modificación de las relaciones entre Occidente y Oriente.

Estos aspectos están reflejados en la historia teórico-subjetiva de Antonio Gramsci, en su apego a la huella de la crítica y su renuncia al PSI, en la fundación del PCI, en la pérdida de la carrera concientizadora de las masas —principalmente pequeño burguesas y campesinas— ante la acción del partido fascista y, por último, en la producción gramsciana en el relego carcelario.

En las críticas al PSI y en el periodo de formación del PCI, los escritos políticos de Gramsci están impregnados del triunfo de la Revolución rusa; sus conceptos son menos elaborados que en el periodo carcelario, donde su trabajo teórico deja de ser una alabanza a las estrategias y voluntades colectivas rusas para convertirse en crítica a la especificidad del Estado zarista en oposición al cada vez más moderno y amplio Estado de mundo occidental.

Pasado este momento, la reflexión gramsciana tiene como objetivo la crítica a la función del PSI en la coyuntura de la posguerra, denotando un planteamiento mucho más fino de la relación partido-masa, que seguramente preparaba para su manifiesto del PCI:

Políticamente las grandes masas no existen sino encuadradas en los partidos políticos: los cambios de opinión que se verifican en las masas bajo el empuje de las fuerzas económicas determinantes son interceptadas por los partidos, que se dividen primero en tendencias y después en una multiplicidad de nuevos partidos orgánicos. A través de este proceso de desarticulación, de fusión entre los homogéneos, se revela un profundo proceso interior de descomposición de la sociedad democrática, hasta llegar a la alienación definitiva de las clases en lucha por la conservación o la conquista del poder y del aparato productivo.¹⁷

En esta etapa del trabajo de Gramsci, se percibe ya una visión más profunda en cuanto a los conceptos fundamentales de su estrategia: el consejo obrero, el sindicato y el partido.

Durante su retiro carcelario siguen vigentes los mismos conceptos, pero ahora entremezclados con una “filosofía de la praxis” y una concepción de la conciencia en sí y para sí. Elementos impor-

¹⁷ *L'Ordine Nuovo*, 25 de septiembre de 1921.

tantes de esta conceptualización son las nociones de hegemonía y voluntad objetiva.

Por voluntad objetiva se entiende en Gramsci la voluntad consciente de las masas y el partido sobre la situación y posibilidades de acción para transformar la realidad; conocimiento sobre el fin que se desea; noción exacta y concisa de la fuerza propia y de los medios o métodos para desarrollar la acción.

El concepto gramsciano de hegemonía pasa a ser, al igual que el de voluntad objetiva, uno de los conceptos básicos que da fuerza, continuidad y especificidad a su propuesta, al mismo tiempo que permite la construcción de una metodología articuladora de la realidad histórico-nacional. Paralelamente, hace posible el corte diacrónico entre los componentes del poder y la sociedad civil, despejando así la relación específica que guarda el Estado con las clases sociales.

En Gramsci, el concepto de hegemonía adquiere especificidades que marcan las claras diferencias entre su concepción del partido y la de otros marxistas, especialmente la de Lenin. En este sentido, la crítica gramsciana a la estrategia militar de los generales rusos "Ilich" y "Krasnov"¹⁸ indica que, mientras para Lenin el partido es instrumento de la dictadura, en Gramsci lo es de la hegemonía. Queda claro, por tanto, que si en Lenin la "hegemonía ampliada" puede ser posible solamente después de la toma del poder, en Gramsci esta posibilidad —y exigencia— se invierte.

En un intento de especificar su propuesta, Gramsci elabora nuevos conceptos como, por ejemplo, "bloque hegemónico". El concepto gramsciano de "bloque" incluye una amplia gama de organizaciones sociales, entre ellas el partido, de manera tal que la labor contrahegemónica no recae solamente en éste, apareciendo en cambio la posibilidad de una pluralidad organizativa en la conformación de dicho bloque.

En este proceso de la conformación de la hegemonía obrera aparece redefinido el papel de los intelectuales. Gramsci lo señala de la siguiente manera: todos los hombres son intelectuales —no se puede separar el *homo faber* del *homo sapiens*—, de ahí que la función del intelectual sea pasar del conocimiento *folklórico* al conocimiento ordenado y sistematizado de la realidad. De este modo, el campo de actividad de los intelectuales revolucionarios no queda

¹⁸ A la cual Gramsci opone la estrategia para la conformación de la hegemonía obrera o el respaldo creciente en la retaguardia, enfrentando así al enemigo desde varios ángulos, "pues éste cada vez más se diversifica".

restringido a los propios de la ciencia, sino que tal actividad es ampliada a la esfera más inclusiva de la cultura. Así, para Gramsci, el sentir de la clase y el saber intelectual se alimentan recíprocamente y, más aún, el primero aparece aquí como base indispensable del segundo.

Para Gramsci, cultura es el conocimiento social general que una sociedad tiene de su legado histórico y social, manifestado a través de las costumbres, el desarrollo científico y técnico, los hábitos sociales y las instituciones políticas y civiles propias. Relacionando esto con los intelectuales —y parafraseando a Mosca—, para Gramsci un intelectual es un filósofo de su tiempo, ya que posee la suficiente capacidad y solidez teóricas para discriminar entre los conocimientos de fondo y los superficiales; es quien tiene noción exacta del momento preciso de cualquiera de las áreas del conocimiento en que se desenvuelva. En suma, el intelectual en la concepción gramsciana es aquél que logra decantar los sedimentos culturales esenciales sobre los superficiales.

En la polémica clásica sobre la relación partido-masa, la necesidad del partido nunca llega a cuestionarse; sin embargo, en la cualidad espontaneidad-dirección consciente, se subrayó la importancia de uno u otro de los elementos; en Gramsci el problema no se reduce al énfasis en alguno de los polos, ya que introduce determinantes no considerados hasta entonces en la moderna estructura social como, por ejemplo, las llamadas organizaciones sociales y no simplemente la esfera de la sociedad civil. Cabe aclarar que desde la óptica gramsciana, entre estas organizaciones civiles hay una relación compleja que dista de ser una visión organicista ya sea como realidad o como proyecto.

De la escueta exposición que hemos realizado de las concepciones leninistas, luxemburguista y gramsciana sobre la relación partido-masa, se puede observar que existen diferencias muy importantes; sin embargo, esta polémica se extiende a una serie de problemáticas tales como el análisis de la praxis y su referencia epistemológica. A ello nos referimos a continuación.

PROBLEMAS EPISTEMOLÓGICOS EN RELACIÓN CON LA GENERACIÓN DE VOLUNTADES COLECTIVAS

Engels dice en su *Ludwig Feuerbach* que “el problema cardinal de toda filosofía, especialmente la moderna, es el problema de la

relación entre el pensar y el ser",¹⁹ esto es, "el problema de saber qué es lo primero, si el espíritu o la naturaleza".²⁰ A partir de esta problemática, continúa Engels,

Los filósofos se dividían en dos grandes campos, según la contestación que diesen a esta pregunta. Los que afirmaban el carácter primario del espíritu frente a la naturaleza, y por tanto admitían, en última instancia, una creación del mundo bajo una u otra forma (...) formaban el campo del idealismo. Los otros, los que reputaban la naturaleza como lo primario, figuraban en las diversas escuelas de materialismo.²¹

Pero el problema de la relación entre el pensar y el ser encierra otro aspecto, a saber: ¿qué relación guardan nuestros pensamientos acerca del mundo que nos rodea con este mismo mundo?²²

En este debate entre el idealismo y las diversas escuelas del materialismo, Hegel agregó un elemento más al problema de la relación entre el pensamiento y el ser: la concepción del devenir, la que, si bien expresada de manera especulativa por él, contiene la idea de la realidad como proceso, realidad incompleta. En esta concepción del mundo, los objetos no son considerados acabados, sino en constante proceso de transformación, esto es, "las cosas que aparecen estables, al igual que sus reflejos mentales en nuestras cabezas, los conceptos, pasan por una serie ininterrumpida de cambios, por un proceso de génesis y caducidad..."²³

Porque el mundo "no es algo directamente dado desde una eternidad y constantemente igual a sí mismo, sino el producto de la industria y del estado social, en el sentido en que es un producto histórico, el resultado de la actividad de toda una serie de generaciones..."²⁴

Pero según Engels, este devenir no obedece al acaecer ciego de la naturaleza, sino que en la historia de la sociedad, "los agentes son todos hombres dotados de conciencia, que actúan movidos por la reflexión o la pasión, persiguiendo determinados fines; aquí, nada acontece sin una intención consciente, sin un fin propuesto",²⁵

¹⁹ En *Obras escogidas* en 3 tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1980, t. III, p. 363.

²⁰ *Ibid.*, p. 364.

²¹ *Ibidem.*

²² *Ibid.*, p. 365.

²³ *Ibid.*, p. 331.

²⁴ Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, *Obras escogidas* en 3 tomos, ed. cit., t. I, p. 24.

²⁵ F. Engels, *op. cit.*, ed. cit., p. 385.

sin que ello implique que las causas últimas del movimiento se identifiquen con los fines individuales de los sujetos.
A esta cuestión Marx y Engels agregarán:

La producción de las ideas, las representaciones y la conciencia aparecen, al principio, directamente entrelazadas con la vida material y el trato material de los hombres... La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra forma de ideología y las de conciencia que a ellas corresponden pierden así la apariencia de su propia sustantividad, no tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su trato material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de este pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia.²⁶

Con esta serie de elementos que introducen la concepción de la realidad social como proceso, y la consideración de las voluntades y sus proyectos en su transformación, la simple dualidad materialismo-idealismo se problematiza.

Marx llega a superar el antiguo dualismo materialismo-idealismo sobre todo en sus *Tesis sobre Feuerbach*, donde la problemática se plantea en nuevos términos, es decir, mientras fue posible concebir estáticamente la realidad social, el problema aparecía cristalino —o conciencia o ser como determinante último—, pero en cuanto se concibe esa realidad en constante movimiento entre la conciencia y el ser, aparece la *praxis* como elemento motor del cambio, no reductible a uno ni a otro polo, sino como una dimensión nueva que los abarca y los desborda. “El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —señala Marx— es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de ‘objeto’ o de ‘contemplación’, pero no como ‘actividad sensorial humana’, no como ‘práctica’, no de un modo subjetivo”.²⁷ Aparece con ello una nueva concepción de la realidad social, en donde objeto y sujeto no se confunden, pero tampoco dicha realidad queda reducida al objeto. Así la *praxis* como mediación entre el sujeto y el objeto adquiere carta de naturalización en el mundo de lo real desde el momento en que éste ya no puede ser concebido sin ella. La práctica es realidad, es apropiación del mundo y creación de éste.

Esta apropiación del mundo no puede reducirse a una sola modalidad —por ejemplo la científica—; en esta medida la conciencia

²⁶ C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., pp. 20-21.

²⁷ C. Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, Obras escogidas en 3 tomos, ed. cit., t. I, p. 7.

humana "debe por ello ser considerada tanto en su aspecto teórico predicativo, en forma de conocimiento explícito, fundado, racional y teórico, como en su aspecto antipredicativo y totalmente intuitivo";²⁸ "la conciencia humana es 'reflejo' y al mismo tiempo proyección, registra y construye, toma nota y planifica, refleja y anticipa; es al mismo tiempo receptiva y activa".²⁹ Los hombres crean la historia —dirá Marx— pero en condiciones que no escogieron, condiciones acotadas por los proyectos viables y las condiciones materiales, siendo una de las condiciones acotadoras, precisamente, las formas de concepción históricamente determinadas. Dice Rossana Rossanda: "La conciencia no es producto de un saber sino de un ser en movimiento, en transformación, de una relación activa con la naturaleza o la sociedad".³⁰ Es decir, la praxis es generadora de concepciones y, a la vez, resultado de ellas, en donde el problema de la concepción del mundo no es reducible al saber racional; ni mucho menos a la cientificidad; cientificidad que tiene tras ella el viejo dualismo materialismo-idealismo y la separación mecánica del sujeto y del objeto.

Considerando así el elemento praxis en la construcción de la realidad social, queda claro que el cientificismo no es sino la expresión de la cosificación del sujeto en la teoría, en tanto la mediación entre la conciencia y el ser social, la praxis, es congelada y parcializada por la concepción cosificante del objeto divorciado del sujeto, esto es, la "ciencia" del objeto social con pretensiones de objetividad desligada de la subjetividad y, sobre todo, de la práctica.

La cosificación científica presenta las dos siguientes connotaciones: por un lado concibe la realidad social negando el componente subjetivo del objeto y, por otro, congela a dicha realidad en leyes que ignoran su contenido procesal relativamente abierto, siendo que, como praxis lo subjetivo es cara de lo objetivo: es la cara voluntaria de los creadores de objetividad. No es que el objeto no exista sin el sujeto, sino que el objeto social, como producto humano, tiene un componente de creación y voluntad sintetizado con su aspecto objetivo en la acción. En este orden, aparece una alternativa para la consideración de las leyes del mundo social: ver la ley objetiva como ley de tendencia; tendencia que conlleva un espacio para la acción de los sujetos y ley que marca la viabilidad de la acción. En suma, las leyes objetivas del mundo social no pueden concebirse como unidireccionales, sino como parámetros en los cuales

²⁸ Karel Kosík, *Dialéctica de lo concreto*, Grijalbo, México, 1980, p. 44.

²⁹ *Ibid.*, p. 45.

³⁰ Rossana Rossanda, art. cit., p. 4.

acontece la acción de los hombres, siendo aquéllos los límites entre la utopía y la viabilidad.

La concepción científicista del mundo y del conocimiento llevada al terreno de la política es pertinente en la medida en que participa de la discusión sobre el proceso en el que el proletariado llega a asumir su "papel histórico" y, por tanto, a la relación entre el partido y la masa. Esta polémica se encuentra cruzada por otras más, siendo de entre ellas relevante la que trata de la distinción entre la *clase en sí* y la *clase para sí*.

Marx en *Miseria de la filosofía*, esboza los conceptos de clase en sí y clase para sí. El desarrollo del capitalismo ha creado un grupo social con una situación e intereses comunes en el régimen burgués, siendo este grupo una clase contra el capital pero aún no para sí misma. Según Marx: "En la lucha (...) esta masa se une, se constituye como clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política".³¹

No pocos han interpretado la distinción de Marx de clase en sí y clase para sí como la referencia a niveles diferentes de abstracción de la realidad. Por un lado, la clase como dato sociológico derivado de su situación en determinadas relaciones de producción; por otro, la clase para sí como movimiento obrero antagónico al poder burgués. De este modo volvemos al problema de la cosificación del sujeto y a la superación del antiguo dualismo entre conciencia y ser social: la clase en sí es fundamentalmente una relación social, como relación social es proceso, y como proceso es síntesis de materialidad y conciencia. Este proceso lleva implícita la contradicción capital-trabajo y no puede sino generar y verse influido por determinadas formas de conciencia, es decir, la clase en sí lleva aparejada formas de conciencia y de acción que tienen detrás la mencionada contradicción, y en esta medida es un espacio del mismo "nivel de realidad" que la clase para sí.

En otras palabras, la forma de vida inherente a la clase en sí es todo ese complejo de prácticas en las que se ve inserta y a las cuales corresponden ciertas formas de conciencia, específicamente cierta visión del mundo.

Marx proporciona como elemento central de la distinción entre la clase en sí y la clase para sí la categoría *conciencia de clase*. El problema de la conciencia de clase es posible que implique dos aspectos centrales: en primer término, la conciencia de una existencia social como clase inserta en los antagonismos estructurales de la so-

³¹ C. Marx, *Miseria de la filosofía*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, p. 141.

ciudad capitalista;³² y en segundo, la conciencia de la necesidad y posibilidad de construir un proyecto alternativo de sociedad que corresponda a sus intereses y a los del conjunto de la sociedad.

Esta última concepción de clase para sí como clase con una praxis política específica —caracterizada por ciertas formas de conciencia— no se identifica con lo planteado por Lukács respecto de la clase para sí. Para este teórico, la conciencia de clase se funda en las propias contradicciones capitalistas, y se adquiere cuando entra en correspondencia con la vida material. Por el contrario, desde nuestro punto de vista, como se ha expuesto, la conciencia de clase en sí es simplemente un dato que forma parte de las condiciones parametrales para la acción voluntaria, en tanto la vialidad de un proyecto y una praxis de clase no se derivan únicamente de las condiciones materiales ni de las subjetivas, sino que la praxis proletaria, en general, contiene ella misma y en su desarrollo formas de conciencia universales y particulares a la clase; así, los elementos conformadores son a su vez conformados. Ni la conciencia puede derivarse mecánicamente de la economía, ni tampoco de los alquimistas de la conciencia. La conciencia es producto-productora; productora de materialidad e incluso de alquimistas; producto de la relación material y también de los mismos alquimistas.

El problema de la clase en sí y su diferenciación de la clase para sí nos conduce a otro no menos importante: el del carácter de la revolución anticapitalista como revolución consciente. Al respecto dice Marx que para conformar en masa una conciencia comunista es necesaria una transformación en masa de los hombres, lo que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una revolución:

...la revolución no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que *derriba* salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.³³

Marx no entiende la revolución en dos fases separadas: una la de adquisición de la conciencia como saber y otra la de la acción. Por ejemplo, en la tercera tesis sobre Feuerbach, Marx concluye que los hombres son producto de las circunstancias y de su educación: en una concepción no dialéctica no podría explicarse el surgi-

³² Metzaráos I., *Aspectos de la historia y la conciencia de clase*, UNAM, México, 1973, p. 138.

³³ C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., p. 38.

miento de hombres modificados producto de una educación y circunstancias distintas. Ambas son cambiadas por los hombres ("el propio educador necesita ser educado"), y la coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como "práctica revolucionaria".³⁴

Lo anterior significa que la praxis no depende sólo de la pedagogía, sino que también el pedagogo es influido por la praxis; más aún, la conciencia de clase es igualmente producto de la praxis. En esta relación recíproca, la praxis no depende exclusivamente de la conciencia, e incluso el problema de la conciencia de clase requiere, en este contexto, ser entendido más como proceso de conformación de una praxis política alternativa de clase que como saber científico.

En este ámbito epistemológico y político se inscribe la polémica sobre la relación partido-masa, que ha tenido como centro la tesis que coloca al partido como el depositario del saber, en tanto que la clase es poseedora del sentir, derivado de su situación concreta y práctica.

De entre las críticas a esta visión cientificista, la de Karl Korsch presenta elementos sugerentes. Este teórico afirma que los marxistas han tendido a interpretar el marxismo como un sistema científico sin relación inmediata con la lucha de clases,³⁵ y por ello conciben que el papel del partido de la revolución es llevar ese saber a la masa y hacer coincidir la conciencia como saber con la situación material del proletariado. En esta concepción criticada por Korsch, nos encontramos nuevamente con la escisión epistemológica entre el saber y la conciencia social: escisión del objeto social y el sujeto de la acción, en tanto el sujeto consciente (el partido) no se debe en sus concepciones también al sujeto (la clase), sino tan sólo al saber científico. La clase, el objeto, a su vez no es también subjetividad unida a objetividad y la propaganda y la pedagogía harían variar su conciencia en la dirección dictada por el saber.

La versión de Marx es diferente. El centro del cambio social no son la conciencia ni la racionalidad detrás de las acciones, sino las acciones mismas —que no niegan la distinción entre conciencia y ser social ni entre sujeto y objeto social, pero tampoco los independizan, sino que los sintetizan dialécticamente en la praxis—; así la revolución se concretiza en la *praxis revolucionaria* más que en la conciencia revolucionaria. En tal sentido, y reconociendo la necesi-

³⁴ C. Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, ed. cit., p. 8.

³⁵ Karl Korsch, *Marxismo y filosofía*, Era, México, p. 40.

dad de los instrumentos organizativos de la clase, la praxis clasista no se hace depender tan sólo de una ciencia separada y separable de los sujetos-objetos. El proletariado se convierte de objeto en sujeto-objeto, en parámetro y voluntad. A este sujeto-objeto ya no hay forma de cosificarlo.

Al otro extremo de la concepción científicista se ubica la versión espontaneísta que tiende a derivar todo el problema del conocimiento a las meras prácticas cotidianas. Esta versión del problema del conocimiento es probable que epistemológicamente se reduzca fatalmente al empirismo, el cual por su propio carácter concibe de manera homogénea la realidad y tiene una visión de la relación entre el sujeto y el objeto más receptiva que activa. En cambio, la realidad, desde el punto de vista del proceso del conocer, puede ser pensada como un todo articulado en niveles y procesos de temporalidad y grados de abstracción diversos. En este sentido, la práctica cotidiana, siendo parte del proceso total, histórico, no necesariamente hace posible la captación inmediata de la totalidad del proceso, totalidad entendida en el sentido de la realidad expuesto arriba. Además la totalidad no se confunde con un sistema teórico, sino que incluye un espacio de posibilidades para la acción viable.

EL PROBLEMA DE LAS VOLUNTADES COLECTIVAS

Dice Gramsci que "los hombres toman conciencia de los conflictos de las estructuras en el terreno de las ideologías", pero que estas ideologías son algo distinto a las ilusiones y apariencias, y que por el contrario, son "una realidad objetiva y operativa". En él, el concepto de "voluntad colectiva" se encuentra ligado al de "hombre colectivo", entendido éste como un grupo social que se impone un proyecto. La noción de voluntad colectiva se refiere al tránsito de la pasividad a la actividad colectiva, y en esta medida al proceso de conformación de voluntades colectivas.

Las voluntades colectivas pueden ser entendidas, en primera instancia, como la determinación para la acción, determinación que no puede ser captada sino en su desenvolvimiento práctico, el cual implica, a su vez, una ideología y un proyecto, así como la praxis síntesis de la voluntad colectiva.

En Gramsci la ideología es entendida en un sentido amplio, no sólo como conciencia científica de clase, sino genéricamente como lenguaje-sentido común-concepción del mundo. La ideología —nos dice Gramsci— es una realidad; lo que equivale a negarla como pura falsa conciencia y considerarla simplemente como forma de con-

ciencia históricamente determinada. La noción de *proyecto* está relacionada con la cualidad espontaneidad-organización, en el entendido gramsciano de que la espontaneidad "pura" no se da en la historia, puesto que coincidiría con la mecanicidad también pura. Es decir, en el movimiento más "espontáneo" están siempre presentes elementos de "dirección consciente"; sin embargo, estos elementos de conciencia pueden quedar circunscritos al "sentido común". El salto de calidad se daría cuando se lograra generar una nueva visión del mundo,³⁶ pero quedando claro que —como decíamos en el apartado anterior— la lucha social se sintetiza en el enfrentamiento de una clase con otra en el plano práctico y no simplemente en el de la generación de una nueva concepción del mundo.

Por tanto, los componentes de la voluntad colectiva se pueden sintetizar en la praxis, la cual en este caso toma la forma de *movimiento obrero* que es movimiento-praxis fundamentalmente, pero también movimiento-conciencia y movimiento-organización. Sin embargo no se trata como movimiento obrero de un movimiento en abstracto, sino de un movimiento que en su manifestación puede o no dirigirse en contra del movimiento de la clase antagónica: la burguesía. Esta especificación nos lleva al concepto de *movimiento obrero autónomo* y, por tanto, al de *voluntad colectiva autónoma de clase*.

Hasta aquí aparece una pregunta fundamental. ¿En qué sentido podemos entender la autonomía de clase? Este concepto aparece, en primera instancia, como eminentemente racional, es decir, una clase es autónoma con respecto a otra, y si se trata de una clase subordinada (la clase obrera), el proceso de autonomía es, a su vez, el de su insubordinación al poder prevaleciente. Pero, ¿cómo despojar al concepto de autonomía de clase de sus connotaciones metafísicas, reconociendo la realidad de la lucha de clases y la sustitución del poder de una por otra en la historia?

La connotación metafísica tendería a definir la autonomía en función de la coincidencia entre la praxis y un supuesto "ser" de la clase, *interpretación que derivaría más de una teoría que de la realidad de la clase*. Para nosotros, la autonomía de clase puede ser entendida también como *autonomía política*, política en su sentido amplio, como poder y dominación. Como dominación en tanto la clase sea capaz de generar una visión del mundo alternativa a la prevaleciente, y también como capacidad de conformar un bloque histórico hegemónico por la clase —hegemonía comprendida co-

³⁶ Al respecto, *cfr.* Antonio Gramsci, *Antología*, a cargo de M. Sacristán, Siglo XXI, México, 1980, pp. 309-312.

mo esa capacidad de dirección intelectual y moral para la conformación de una nueva sociedad, pero en el entendido de que la conformación de esa nueva sociedad no sólo implica la dirección de una clase hacia un derrotero específico, sino también la viabilidad material de su conformación; en este sentido, viabilidad material es sinónimo de nuevo impulso material. Finalmente, la autonomía de clase es entendida como la capacidad de dicha clase y del bloque social conformado para abatir el poder dominante en tanto poder-coerción.

En esta concepción histórica de la voluntad colectiva autónoma, el problema de la posibilidad de su conformación en una clase determinada es, ante todo, un problema a solucionar en la práctica, pero donde la teoría puede contribuir acotando los cauces de la acción viable, es decir, de la *voluntad objetiva*: la voluntad es capaz de captar en su acción práctica los límites objetivos para que ésta no sea simple voluntarismo, dependiendo también (al estar enmarcada en lo que hemos denominado el espacio de lo posible) de sus capacidades subjetivas los resultados concretos del proceso.

La problemática de la acción viable introduce una nueva especificación al concepto de voluntad colectiva autónoma. No basta con que esta voluntad se genere, sino que también sea viable, es decir que, dependiendo de la voluntad de los sujetos colectivos, sus acciones estén enmarcadas dentro de los parámetros objetivos en construcción que fijan los límites de la viabilidad por la propia acción. Esta concepción de lo *dado-dándose* marca nuevas tareas al conocimiento en tanto problema del tiempo presente; no se trata ya del conocimiento del futuro como proyección, sino del conocimiento como autoelevación (del sujeto-objeto), en donde el problema fundamental no es el de la predicción sino el de los límites de la viabilidad, límites por demás móviles y en función de la propia práctica.

La voluntad colectiva autónoma, en tanto proceso, debe ser reconocida en su parcialidad; este señalamiento lleva a una nueva especificación: las voluntades colectivas autónomas no pueden ser captadas sino como *voluntades colectivas autónomas parciales* en el proceso de su potencial universalización, la cual se identifica con el derrocamiento del orden existente y su sustitución por uno nuevo.

Esta *voluntad colectiva-autónoma-objetiva-parcial* se manifiesta en el *movimiento de clase autónomo-objetivo-parcial*, el cual ha sido captado metodológicamente desde dos grandes perspectivas que tienen tras ellas diferentes concepciones respecto a la generación de las voluntades colectivas y, específicamente, a la relación voluntad-colectiva-conciencia y a la emergencia de ésta.

En primer lugar, tenemos la *perspectiva historiográfica*, que ob-

serva los movimientos sociales como consecuencia de grandes acontecimientos y, propiamente, como la acción de los "grandes maquinistas de la locomotora de la historia". Aquí, objetividad y subjetividad mantienen su divorcio en la medida en que aquélla es función de la clase y ésta es, como consecuencia, propia de las direcciones. Esta es la historia de las condiciones objetivas permanentemente maduras para la revolución, pero constantemente traicionadas por las direcciones. Es la historia de los acontecimientos o historia episódica; en ella —dirá irónicamente Castoriadis— las fechas de las huelgas reemplazan a las batallas y los nombres de los líderes a los de los generales.

Por otro lado, tenemos la corriente que podríamos denominar *objetivista*, donde la clase es simplemente un objeto estructural y sus condiciones de existencia están ya previstas por el modelo teórico, así como también su misión histórica. En esta perspectiva, el objeto está delimitado de antemano y un problema en última instancia práctico, como es el de la conformación de las voluntades colectivas autónomas, se vuelve un problema teórico, un problema académico. Aquí la reducción del proletariado a sus condiciones objetivas, específicamente a sus relaciones técnicas de producción y a la explicación de la subjetividad de la clase mediante una cadena lineal causa-efecto a partir del proceso de trabajo, reeditan el viejo reduccionismo economicista. Pero "la comprensión del proletariado sólo es posible ahora en el vaciamiento de antiguos conceptos y el cuestionamiento de antiguas legalidades; no interpretar al proletariado en función de su misión histórica, sino tal cual es y las tendencias que muestra ahora", dirá Castoriadis.

Según Gramsci, la generación de voluntades colectivas se encuentra relacionada, por un lado, con la experiencia social y productiva de la clase y, por otro, con el papel de los intelectuales en la conformación de una nueva cultura. Sin embargo, estos dos grandes espacios —que en su unilateralización conducen a las dos perspectivas analíticas del movimiento obrero referidas arriba— no pueden ser considerados sino como espacios de lo real a explorar en sus determinaciones para la generación de voluntades colectivas autónomas. Esto es, la voluntad colectiva sólo puede ser recuperada en todos sus componentes históricos a través de una *perspectiva* que construya a partir de estos grandes espacios las articulaciones y jerarquías pertinentes; en una visión de realidad como movimiento, como dado-dándose, que —por tanto— impone el cuestionamiento de conceptos y legalidades; todo esto desde un punto de vista que atienda a la reconstrucción de lo general y lo específico a los

procesos, y en una visión de la reconstrucción como articulación de niveles y descubrimiento de determinaciones.

EL PROBLEMA DE LA GENERACIÓN DE LA VOLUNTAD COLECTIVA AUTÓNOMA EN MÉXICO

En México los problemas que hemos presentado adquieren especificidades que es necesario señalar. El Estado surgido de la Revolución mexicana es un Estado que reconoce a la clase y a sus luchas; sin embargo, la debilidad económica y política del capitalismo que resurge de la Revolución imposibilita que la lucha de clases pueda ser regulada por el simple juego de las instituciones, imponiéndose así un control orgánico que subordina las clases al Estado. Especialmente el proletariado es sometido a este control orgánico por medio de los sindicatos estatales.

Esta situación ha provocado amplias repercusiones en la izquierda mexicana, particularmente en las problemáticas que hemos esbozado.

En un principio se tendió a explicar la no asunción del proletariado de su "papel histórico" por las barreras coercitivas e institucionales que impedían que se cerrase el círculo que lleva la conciencia a la clase y a la acción revolucionaria de la misma. Es decir, el control organizativo del Estado sobre la clase obrera obstaculizaba la acción del partido-guía y su consecuente acción concientizadora; con ello se pretendía explicar la despolitización e "inconsciencia" (en tanto no conciencia de clase proletaria) obreras.

Partiendo de esta interpretación, la izquierda mexicana se impuso como tarea central lograr la independencia sindical con respecto del Estado; tarea fundamental para garantizar que la ansiada fusión entre "socialismo científico" y "movimiento obrero espontáneo" se realice. En este drama, el proletariado seguía apareciendo como el ingenuo instrumento ya sea de los charros o de la izquierda.

Sin embargo, a principios de los setenta el panorama sindical empezó a presentar importantes transformaciones: se dieron una serie de movimientos democratizadores en los sindicatos que desplazaron a las direcciones charras y lograron generar un espacio de lucha obrera no controlado orgánicamente por el Estado. A partir de ahí, nuevos-viejos problemas prácticos y teóricos han surgido. Inicialmente se tendía a identificar *independencia sindical* —en cuanto ruptura con el control orgánico— con *autonomía de clase* —entendida como la capacidad para generar un proyecto autónomo

de clase—, pero la realidad se negó a obedecer un esquema tan simplista, tantas veces cuestionado en otros ámbitos, en tanto la *independencia sindical* generó nuevas formas de subordinación de los sindicatos al Estado que no garantizaban ni la autonomía de clase ni siquiera la democracia interna en los organismos obreros. Los fenómenos de burocratización y de antidemocracia de las direcciones independientes se volvían una realidad evidente en el movimiento obrero no controlado orgánicamente por el Estado.

El surgimiento de la “conciencia de clase” no se dio tampoco mecánicamente con la independencia sindical. Los viejos problemas del movimiento obrero internacional cobraban ahora en México una realidad práctica. Ya no era posible explicar la pasividad obrera sólo por el control “charro”, ni tampoco asegurar con la independencia sindical la independencia de clase. Ante la complejidad de los fenómenos referidos, surgió una solución en extremo simple: negar que el verdadero partido proletario exista (el conocido “proletariado sin cabeza”) y, a la vez, explicar el reformismo obrero en términos de una “falsa conciencia”.

En estos momentos de reestructuración capitalista a nivel mundial, están nuevamente en la orden del día las discusiones sobre la relación partido-masa. La reestructuración capitalista implica reestructuración de la propia clase obrera y del pacto social que había garantizado el orden y la legitimidad del Estado capitalista después de la crisis de 1929. En el largo periodo de vigencia del Estado social, el movimiento comunista transitó entre el sectarismo y el reformismo, entre el voluntarismo y el fatalismo, entre la pureza teórica traicionada por los falsos partidos comunistas y el realismo del conservadurismo obrero.

En México, como en el resto del mundo, está en marcha una profunda reestructuración económica y política que transforma a la clase obrera y sus relaciones con el capital y el Estado. Ante ello se impone la necesidad del análisis de las determinantes de la conformación de voluntades colectivas autónomas de clase, o mejor dicho, de la posibilidad objetiva para que la clase obrera en México llegue a conformar una voluntad colectiva autónoma en la coyuntura actual.

2. RANIERO PANZIERI: EL PUNTO DE VISTA DE LOS PROCESOS DE TRABAJO

PANZIERI, REVOLUCIONARIO ITALIANO

Raniero Panzieri nació el 14 de febrero de 1921 en Roma. Durante el fascismo no pudo inscribirse en la universidad estatal por ser de origen judío e ingresa por tanto a la universidad del Vaticano, donde estudia filosofía y economía y en especial a los clásicos del marxismo.

Durante los años de la segunda guerra mundial traba contacto con la izquierda socialista en la clandestinidad. En 1945 se gradúa en jurisprudencia por la universidad de Urbino y en ese mismo año se afilia al Partido Socialista Italiano. En 1946 entró a formar parte de la redacción de *Socialismo*, la revista del partido, y también en ese año fungió como secretario del Instituto de Estudios Socialistas. En 1948 aparece como director de la revista *Estudios socialistas*.

Al año siguiente obtiene la cátedra de filosofía del derecho en la universidad de Messina, donde inicia un estudio profundo de la obra de Marx. A la par, traduce al italiano el segundo tomo de *El capital* y juega un papel central en las luchas de los campesinos socialistas por la ocupación de la tierra en el sur de Italia. Para 1951 se le encomienda la dirección de prensa y propaganda del partido y es electo miembro de la dirección nacional. En 1953 es electo miembro del Comité Central, y dos años después deja la dirección de prensa y propaganda y se encarga de la sección cultural del partido. A partir de esta posición, y en el contexto del xx Congreso del PCUS, desarrolla Panzieri su crítica a la línea política del PSI. En ese mismo año comienza a intervenir en la revista teórica del partido, *Mondo Operaio*, especialmente con temas culturales.

1956 es el año del xx Congreso del PCUS, de la intervención soviética en Hungría, del levantamiento obrero en Berlín, es decir, de la apertura de un proceso general de crisis en el movimiento comu-

nista internacional. El impacto que estos acontecimientos provocan en Panzieri es en verdad profundo.

La crisis del movimiento comunista internacional toma cuerpo inicialmente en Panzieri bajo el planteamiento de la autonomía intelectual y del conocimiento democrático frente a los partidos, en el sentido de autonomía de investigación dentro de la organización partidaria; todo ello como garantía para lograr procesos honestos de verificación de las líneas políticas. Esta reivindicación se convierte en Panzieri en una propuesta de reescritura de la historia del movimiento obrero, partiendo de la crítica de la tradición estalinista e intentando reconsiderar las verdaderas tradiciones de la clase proletaria.

En 1957 Panzieri es electo como codirector de *Mondo Operaio*, y desde este foro busca estimular en el partido un examen crítico de la línea política del mismo, en continua confrontación con las exigencias de la lucha de clases. Los temas que Panzieri privilegia en este momento son los de la democracia directa, los consejos obreros, el sovietismo, la situación de la lucha de clases y la historia del movimiento obrero.

En *Mondo Operaio*, primer número de enero de 1958, aparece el artículo de Panzieri "El control obrero en el centro de la acción socialista", que constituye uno de los intentos más importantes del momento en los partidos de izquierda por desmistificar la estrategia reformista. El debate sobre el control obrero se convierte en el centro de la confrontación entre estrategias incompatibles en el seno del partido y Panzieri sufre el aislamiento político.

En 1959 Panzieri abandona la dirección de *Mondo Operaio* y se traslada a Turín, iniciando de esta manera uno de los periodos más intensos de relación con el movimiento obrero al margen del partido.

Vinculado a los militantes de izquierda del PSI y del PCI, Panzieri trabaja sobre la hipótesis de la reactivación de la lucha obrera en la FIAT, mientras traba comunicación con otros intelectuales con los que comparte inquietudes semejantes a las suyas, como Foa, Tronti, Negri y demás. Este grupo de intelectuales tiene, en este tiempo, un centro de discusión y análisis: la posibilidad del trabajo político autónomo respecto de los partidos. Es en estos momentos cuando Panzieri propone la creación de un órgano de investigación que fuese canal de intervención política, teniendo como eje el esclarecimiento de las condiciones materiales y de conciencia de la clase obrera en la Italia de su tiempo y, a la vez, el enfrentamiento de las ideologías del integralismo.

En 1960 Panzieri logra establecer una compleja red de relaciones con militantes de base de los partidos y sindicatos de izquierda y

activistas independientes. Específicamente, establece contactos con la base obrera joven que participa en las luchas de fábrica.

Quaderni Rossi es el resultado inmediato de las relaciones y actividad desarrollada por Panzieri y su grupo entre el otoño de 1960 y el de 1961, grupo conformado por militantes partidarios y activistas independientes. Esta revista nace en octubre de 1961 y trata de incidir en el movimiento obrero más en el aspecto cultural que en el organizativo.

La lucha obrera en la FIAT se convierte en un campo de prueba y de confrontación máxima entre *Quaderni Rossi* y los partidos y sindicatos de izquierda. Esta polarización tiene consecuencias importantes en las relaciones de base que la revista había establecido, destacándose entre ellas el alejamiento de muchos cuadros sindicales y partidarios. Las dificultades que *Quaderni Rossi* tiene para continuar una relación de externidad y a la vez de vinculación con partidos y sindicatos abren una crisis en la revista, configurándose de esta manera las dos tendencias que se forman en su seno y que tienen como punto de discrepancia el carácter y tipo de relaciones que *Quaderni Rossi* debe tener con los partidos y sindicatos, así como el propio carácter de la iniciativa emprendida por Panzieri.

Una tendencia planteaba convertirse en partido, mientras que la otra proponía permanecer en el plano político-cultural. Finalmente, el grupo de *Quaderni Rossi* se escinde en agosto de 1963, aunque la revista continuó bajo la influencia de Panzieri con sus relaciones partidarias, sindicales y obreras. Mientras tanto Panzieri empieza a trabajar su tesis sobre el uso de la encuesta obrera, tesis que tiene no sólo un trasfondo científico y epistemológico, sino que también hunde sus raíces en las polémicas sobre el papel del partido y el cómo la clase obrera deviene sujeto de la revolución.

Panzieri no pudo desarrollar esta línea de investigación ya que muere, intempestivamente, en octubre de 1964 a la edad de 43 años.

EL CONTEXTO HISTÓRICO DE LA RUPTURA DE PANZIERI

La ruptura panzeriana con el movimiento comunista internacional se inscribe en el contexto de dos vertientes críticas. En el campo de las relaciones internacionales y del predominio de la unidad del movimiento comunista internacional en torno a la Unión Soviética por un lado, y por otro, el gran trauma de las revelaciones del xx Congreso del PCUS y, posteriormente, de la ruptura chino-soviética.

Para la intelectualidad comunista y de izquierda socialista, el estalinismo no sólo había significado la unidad política, sino también

el modelo de socialismo a seguir y la unidad de pensamiento marxista. Cuando en el XX Congreso Jruschov denuncia los crímenes de Stalin se abre la posibilidad no sólo del derrumbe de un hombre que simbolizó al marxismo y estuvo en el centro de las organizaciones marxistas a nivel mundial, sino también del cuestionamiento de una forma de construir el socialismo. Esta crisis permitió también que la codificación del marxismo realizada por la Academia de la URSS, de cuyas sistematizaciones se abrevaron los comunistas del mundo, no quedara fuera de toda sospecha, pues cabía suponer que estuviese contaminada... de los mismos vicios que se descubrían en su padre tutelar.

La crisis del estalinismo y la legitimidad de la crítica a éste apuntan también la posibilidad de que el socialismo de Estado construido en la URSS no fuese la única alternativa de sociedad socialista y que los vicios de que adolecía no fuesen producto fundamentalmente de una dirección autoritaria, sino de la propia concepción del partido-guía, depositario de la conciencia proletaria, que pasó a convertirse en Estado-guía después de realizada la revolución. Estado suplantador del proletariado que se sitúa sobre él, lo domina y controla.

La posibilidad de la crítica al partido-guía, depositario de la conciencia de clase, cuestionado varias décadas antes por la izquierda de la socialdemocracia —Luxemburgo, Korsch, Pannekoek—, abre un nuevo capítulo en la desestalinización. Detrás de este problema, el de la función del partido en el proceso de constitución del proletariado en sujeto de la revolución, se esconden problemas no menos profundos en otro orden de cosas. Así, en el plano filosófico y epistemológico, está el problema de la relación entre teoría y realidad y del grado en que dicha realidad puede ser captada por el cuerpo especial de intelectuales conformadores del partido-guía. Además, era necesario repensar la relación marxista entre teoría y praxis buscando trascender la visión positivista de la verificación (en cuanto a un uso deductivo de la teoría acumulada y no de la reconstrucción de ésta). En suma, se hacía posible la reapropiación de la concepción marxista de la realidad en movimiento y de ésta como articulación entre objetividad y subjetividad, así como de las consecuencias metodológicas que contienen estos presupuestos del materialismo marxista.

La respuesta estalinista a estas cuestiones había sido codificada por los sabios de la Academia de la URSS y era la guía indiscutible en el conocimiento del "verdadero" marxismo; conocimiento que si bien en el plano teórico general quedaba a cargo de los científicos de la Academia, en los niveles de la política de los partidos comu-

nistas correspondía a la dirección del partido soviético. El conocimiento estalinista tenía que ser forzosamente de corte deductivo, desde el momento en que se concebía a la sociedad sujeta a leyes —las del materialismo histórico— y en ella, la acción de los sujetos era propiamente la de marionetas encargadas de cumplir los designios de algún oculto demiurgo. Así, los problemas de la táctica y la estrategia eran definidos desde el Kremlin y legitimados a partir de la interpretación “correcta” de Marx y Lenin.

El predominio estalinista en el proceso del conocimiento implicó en Italia, tanto como en el resto del mundo, el virtual olvido de la lectura de Marx. Panzieri es de los primeros que de una manera creativa emprende una lectura sistemática de los clásicos del marxismo, encontrando un Marx diferente al de la Academia.

Los problemas a que nos referimos a nivel internacional tenían una correspondencia nacional en cuanto a las concepciones de la relación entre el partido y la clase obrera, a la política sindical, al problema del parlamentarismo, etc. El punto de vista nacional de la crítica de Panzieri a la política marxista en Italia habla de una virtual escisión entre táctica y estrategia en el movimiento obrero. La estrategia se volvía abstracta desde el momento en que no encontraba una articulación precisa con la táctica y la táctica se volvía empírica, puramente reivindicativa, alimento del gradualismo táctico y del reformismo.

Esta escisión entre táctica y estrategia en el movimiento obrero estaba implícita en la concepción de la política sindical, básicamente destinada a la contratación y cuyo espacio se encontraba únicamente en el campo institucional.

Por otra parte, si los partidos marxistas de la época se mostraban impotentes para recuperar el concepto marxista de revolución, en parte era debido a su incapacidad para comprender el ciclo capitalista de la posguerra, con su crecimiento económico de larga duración y la consolidación del Estado social. En suma, era la incapacidad de explicar el auge del capitalismo de la posguerra y de actuar en consecuencia.

Un sindicalismo que se movía fundamentalmente en el terreno de la circulación de la fuerza de trabajo, en los planos salarial y de ocupación, en una coyuntura de auge cercana al pleno empleo y a la consolidación del Estado social no podía sino caer en algún tipo de integralismo.

El integralismo, es decir, la integración funcional de la clase obrera al capital, es una de las grandes preocupaciones de la izquierda comunista de finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Al respecto, las teorías del neocapitalismo hablaban de esta

integración proletaria, de la pérdida de su filo revolucionario; aun los más optimistas trasladaron el eje de la revolución al Tercer mundo o a los sectores marginados de las metrópolis en virtud del integralismo de la clase obrera.

Para Panzieri la ideología reformista o integrativa comunista era producto en parte de la ausencia de una política de fábrica tanto en el PCI como en el PSI, ausencia que se observaba en la escisión entre la lucha sindical y la lucha política, ya que la primera se reducía a la mera contratación de la fuerza de trabajo y la segunda a lo electoral o parlamentario. Panzieri creyó encontrar en su investigación que, tras este integralismo, la elevación del salario real y de las condiciones materiales de existencia de la clase obrera había, a nivel fabril, una conflictividad permanente, una violencia fabril que mantenía constante el choque entre el capital y el trabajo.

Panzieri, en su artículo "Acerca del uso capitalista de la máquina",¹ señaló que la violencia fabril era inherente a la producción capitalista, y que la resistencia obrera al dominio del capital se daba en el propio proceso de trabajo. El análisis de los procesos productivos revelaba una continua reestructuración e incremento de la explotación del trabajo por el capital. Este antagonismo negaba así la posibilidad de cualquier reformismo.

Implícita en la crítica que realiza Panzieri al reformismo se encuentra una propuesta de táctica y estrategia: convertir a la fábrica en el terreno decisivo de la lucha de clases,² desde el momento en que la relación de producción no es entendida sólo como relación económica, relación de explotación, sino también como relación de dominación. La fábrica es entendida, de esta manera, como el terreno en el que el capital impone su dominio a la clase obrera, la subordina y la convierte en parte de sí mismo como capital variable.

Sin embargo, la clase obrera no es sólo objetividad, capital variable, sino también subjetividad; esta dualidad abre la posibilidad de que la objetividad de la clase devenga subjetividad y, a la inversa, que la lucha obrera transforme las condiciones de producción y reproducción del capital.

El cuestionamiento del terreno sindical como el de la circulación y el del político como el electoral y parlamentario —destacando el ámbito del trabajo como terreno total de confrontación—, lleva a

¹ R. Panzieri, "Acerca del uso capitalista de la máquina", en *La división capitalista del trabajo*, Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI, México, 1976.

² Este énfasis de Panzieri en la lucha fabril, y su relativo olvido del ámbito estatal tradicional, le mereció el mote de "obrerista".

Panzieri a la crítica de la función del partido-guía, entendido como aquel que, a partir del conocimiento de la ciencia marxista (núcleo de la conciencia de clase), se encarga de llevar esa conciencia desde afuera al proletariado. Panzieri contrapondrá a esta concepción de partido la del *partido instrumento* de la clase, ubicada dentro de una idea nueva del rumbo de la revolución y de la construcción del socialismo sintetizada en la consigna del control obrero.

En el fondo de estas críticas a las posturas del estalinismo estaba el rechazo a la idea de la historia movida por las fuerzas productivas, las cuales deberían transformar las relaciones de producción, y que suponía el progreso técnico como progreso en abstracto. A esta visión Panzieri opondrá un regreso a la idea marxista de historia como articulación entre objeto y sujeto, en donde el movimiento del objeto depende también del sujeto, y en esa medida la transformación de aquél no es simple evolución naturalista.

LA RENOVACIÓN DEL MARXISMO EN LA OBRA DE PANZIERI

Castoriadis señalaba unos años antes que Panzieri que en el mundo de la lucha de clases dos sectores de la realidad aparecen comúnmente separados: por un lado el de los militantes políticos preocupados porque sus propuestas sean recogidas por el movimiento obrero y, por otro, el de los obreros preocupados por sus reivindicaciones inmediatas.³

Para los militantes, el reto es lograr que el proletariado asuma sus tareas "históricas". En esta concepción de los militantes partidarios —dice Castoriadis— hay una idea de la separación entre lo económico y lo político, entre lo cotidiano y lo histórico; hay también la paradoja de una clase espontáneamente sindicalista y, a la vez, depositaria de una misión histórica. Ante tal paradoja se han intentado dos soluciones: la de la conciencia que llega al proletariado desde afuera y la teoría del derrumbe.

El problema de cómo la clase obrera deviene de clase en sí en clase para sí se relaciona con la cuestión del papel de los intelectuales y partidos en esa transformación e, igualmente, con la relación que en el proceso histórico de la conformación de los sujetos transformadores se establece entre teoría y práctica. En síntesis, de si la teoría es capaz de predecir el papel de los sujetos y de cuál es la rela-

³ C. Castoriadis, *La experiencia del movimiento obrero*, Tusquets, Barcelona, 1979.

ción entre objetividad y subjetividad y la relación que entre estos elementos guarda la ciencia.

En este sentido, Panzieri plantea tres líneas de investigación en *Quaderni Rossi*: el análisis de la condición obrera a partir de la lectura de *El capital*, la crítica al integralismo, y el estudio del conflicto capital-trabajo en el proceso de trabajo.⁴

Panzieri, desde *Quaderni Rossi*, hizo la propuesta de convertir el proceso de trabajo en un campo de confrontación política entre capital y trabajo, y con ello estaba planteando una renovación importante en los puntos de vista marxistas prevalecientes en su momento, específicamente retomando el planteamiento de Marx que señala que el proceso de producción se desdobra en proceso de trabajo y proceso de valorización. Con esta reapropiación, Panzieri está criticando las concepciones positivistas y naturalistas que provenían del punto de vista estalinista.

El estalinismo, al expropiar la iniciativa al proletariado, deja a éste únicamente el papel de creador de la riqueza, convirtiéndolo en última instancia en sujeto pasivo en manos ya sea de burgueses o de comunistas, todo ello fincado en la pretensión de una supuesta científicidad partidaria. Panzieri, en "Acerca del uso capitalista de la máquina", no sólo establece que en el mundo del trabajo hay una conflictividad permanente entre el capital y el trabajo desde el momento en que el proceso de trabajo y el proceso de valorización permanecen indisolublemente unidos en la producción capitalista; es decir, que el mundo de las relaciones sociales de producción resulta no sólo del mundo de la explotación, del mundo donde se genera el valor y la plusvalía —a pesar de ser el aspecto que determina la lógica de la acumulación capitalista—, sino también el mundo en el que en concreto se enfrentan el capital y el trabajo por el control sobre el proceso de trabajo.

Pero proceso de trabajo no es entendido por Panzieri a la manera de los sociólogos de las organizaciones, quienes también hablan del conflicto y del poder en el proceso de trabajo, sino que para Panzieri el conflicto encuentra su última razón en la búsqueda de la subordinación del proceso de trabajo a las necesidades de valorización del capital. Recordando que determinación desde el punto de vista marxista no significa reducción, esto es, no basta con conocer el fenómeno de la explotación para dar cuenta de la relación capitalista de producción sino que, el proceso de trabajo, en tanto terreno del enfrentamiento por el control del mismo, debe ser

⁴ Véase A. Negri, *Del obrero masa al obrero social*, Anagrama, Barcelona, 1982.

estudiado específicamente para dar cuenta de las relaciones existentes en el proceso de la producción. En esta concepción, la relación social de producción no es únicamente una relación económica de explotación, sino propiamente una relación totalizante con determinación en el ángulo de la valorización. Una relación también política, ideológica, cultural. De esta manera, la clase obrera como sujeto de relaciones de producción no aparece sólo como sujeto estructural, sino como una articulación entre objetividad y subjetividad con eje en el proceso de producción.

En este intento por dinamizar la visión de la sociedad, ésta es vista por tanto como articulación íntima entre objetividad y subjetividad; así, base y superestructura adquieren una dinámica que desde algunos escritos de Marx no se observaba en el marxismo.

No existe la objetividad separada de la subjetividad en la sociedad; son dos caras de la misma moneda: del proceso histórico. La clase obrera ya no es la simple objetividad como clase en sí en espera de los transmisores de subjetividad. El mismo partido, y los intelectuales, son sujetos de su tiempo y, en esta medida, su capacidad de conocer se encuentra también determinada por la situación de la lucha de clases y las condiciones materiales.

Si se quiere analizar la clase obrera históricamente, tal intención implica verla unida al avance material del capitalismo (como parte que es del propio capital), pero, a la vez, es obligatorio considerar ese cambio material en íntima relación con la propia capacidad de la clase obrera para imponer con sus luchas nuevas condiciones de producción. El espacio donde esta articulación se da con las dos dimensiones mencionadas es precisamente el del proceso de trabajo porque ahí es donde de manera inmediata el capital y el trabajo se relacionan objetiva y subjetivamente.

Por lo dicho, para Panzieri las reestructuraciones productivas deben entenderse en su doble dimensión: como propuestas del capital en aras de una mayor tasa de ganancia, pero también como respuestas de éste a la resistencia obrera en el mismo proceso de trabajo. Aquí, la resistencia obrera está relacionada con las propias características de los procesos productivos (en cuanto a su subordinación como procesos productivos al capital), así como con la de la propia clase obrera involucrada en dichos procesos y con el control de la misma sobre el proceso de trabajo. En este sentido, el avance del capitalismo acepta otro nivel de análisis y articulación con procesos más globales al nivel del proceso de producción.

La importancia que *Quaderni Rossi* dio a esta mediación entre proceso de trabajo y proceso de valorización, en tanto subsunción real y/o formal del trabajo al capital, llevó a Panzieri a reflexionar

sobre la importancia del pasaje hacia el taylorismo y las implicaciones de éste en las relaciones entre capital y trabajo, enfatizando el problema del poder. Igualmente se acentuaban las implicaciones de la organización científica del trabajo en las características de la propia clase obrera.

Los procesos productivos pretayloristas se caracterizaban por una relativa autonomía del obrero en el proceso de trabajo, por una capacidad de controlar su propio tiempo de producción. A estos procesos productivos les corresponde el predominio de un tipo de obrero, el obrero de oficio, el obrero de la I Internacional y del sindicalismo gremialista.

El monopolio que este obrero tiene del conocimiento y de las operaciones en el proceso de trabajo se convierte en la fuente de su capacidad de resistencia y en un obstáculo a la acumulación del capital. La propuesta de Taylor va precisamente en el sentido de buscar la destrucción de este tipo de obrero y de su capacidad de resistencia a través de la reestructuración de la organización del trabajo, disociando las tareas de concepción y ejecución y expropiando ese conocimiento que caracterizaba al obrero de oficio y depositándolo en la dirección de la empresa. Por esto Panzieri señala que las reestructuraciones tecnológicas, en vez de ser concebidas como producto de la ley de evolución material de las fuerzas productivas deben verse en su articulación con la superestructura actuando en el propio lugar de trabajo.

Se está proponiendo así una concepción sintética entre base y superestructura y no disociada por esferas; con ello, la base económica adquiere dinamismo histórico y rumbo no predeterminado por leyes inviolables. En esta concepción, la historia resulta de un proceso constante de articulaciones y rearticulaciones entre objetividad y subjetividad.

La necesidad que tiene el capital de vencer la resistencia obrera se traduce en la necesidad de expropiar a la clase sus espacios de autonomía en el proceso de trabajo, esto es, la subordinación creciente al capital en el proceso de trabajo: la descalificación.

De esta manera, descalificación se convierte para Panzieri en un concepto central que sintetiza el enfrentamiento que hay por debajo de las reestructuraciones productivas. La connotación que este concepto adquiere en el autor es el de pérdida de poder del obrero en el proceso de trabajo.

Y si reestructurar es descalificar, ello implica también transformar a la propia clase obrera que forma parte del proceso productivo. Respecto a este punto Panzieri acuña el concepto de *composición de clase y figura obrera* para referirse a las características

concretas de la relación entre capital y trabajo en el proceso de trabajo.

Composición de clase no se equipara a fracción de clase, sino que remite a un nivel de abstracción menor en un intento por dinamizar el propio concepto de clase. Es decir, en esta concepción y en este intento, la clase no resulta solamente un objeto estructural definido por su relación con los medios de producción, sino que se constituye en una auténtica relación social en sus dimensiones objetivas y subjetivas, principalmente referidas al proceso de trabajo; por tanto, la relación social de producción no es vista únicamente como relación de explotación (este único nivel impide ver a la clase en movimiento desde el momento en que todo empleado productivo del capital es un explotado generador de plusvalía), sino que, con el trasfondo y la determinación de su ubicación en procesos de valoración, se trata de ver ahora a la clase obrera relacionada con el capital en procesos de trabajo en transformación. Pero en una transformación no naturalista o pasiva, sino en donde la clase, como totalidad, es un elemento activo.

De esta manera, la relación entre el capital y el trabajo en el proceso de trabajo tiene que ser desglosada en tanto relación del obrero con los medios de producción y con la jerarquía de mando de la empresa, así como con los demás obreros, todo ello aunado al problema de la subordinación y la capacidad de mando del capital sobre el trabajo.

Como consecuencia, las etapas del avance en los procesos productivos se caracterizan por una composición determinada de clase, en el sentido de una distribución de diferentes figuras obreras actuantes a la vez en los mismos procesos productivos; figuras obreras caracterizadas por cierta forma de relación con el capital en el ámbito de la valorización pero, principalmente, en el ámbito del proceso de trabajo por su nivel de control sobre el mismo.

Para Panzieri, las reestructuraciones productivas se traducen en recomposiciones de clase y, en esta medida, composición de clase adquiere un sentido histórico y articulado con el proceso capitalista global y no simplemente descriptivo del cambio en la propia clase obrera.

El concepto de composición de clase es, en la línea de pensamiento de Panzieri, el concepto central que sintetiza sus concepciones sobre la clase obrera, la lucha de clases, la relación entre teoría y práctica, la estrategia y el socialismo. Composición de clase no es un concepto pasivo, sino que expresa ubicación objetiva en relaciones en el seno del proceso de trabajo, pero también subjetividad obrera en tanto relación dinámica entre estos dos niveles articulados

en el espacio de la lucha por el poder sobre el proceso de trabajo. La resistencia obrera en el proceso de trabajo está enmarcada en las condiciones materiales de la relación que potencian ciertas formas de resistencia con respecto a otras; a su vez, la resistencia obrera se revierte sobre las condiciones objetivas al ser el componente activo en las reestructuraciones emprendidas por el capital.

Con el análisis de Panzieri, el marxismo recobra su sentido de la historia ajeno al naturalismo y al voluntarismo; en este sentido, la objetividad no será ya un substrato dado sino un componente activo articulado con la subjetividad.

A una composición de clase corresponderán formas de conflicto en el proceso de trabajo relacionadas con las características de éste y de la propia clase.

Panzieri se interesa por refutar las teorías objetivistas del progreso técnico que ven a éste como el elemento dinámico del desarrollo social. En contraposición, planteará que son las necesidades del capital (de acumular y de vencer la resistencia obrera) las que imponen el cambio tecnológico. Aquí hay también un concepto de tecnología que no se reduce a la idea de maquinismo, sino que incluye los métodos y organización del trabajo en tanto racionalidad que se opone al obrero como poder extraño que lo controla y domina.

La novedad panzeriana consiste en ver la relación de producción como relación de poder; en esa medida, el espacio del proceso de trabajo aparece potencialmente como un espacio central de la lucha política por el poder contra el capital. En Panzieri, política y economía no tienen la distinción tajante que aparece en el *¿Qué hacer?* de Lenin; la lucha económica puede ser política desde el momento en que la relación de trabajo es también relación de poder. Pero en lo inmediato la contradicción en el proceso de trabajo no es para Panzieri una lucha política sino que puede convertirse en política en la medida en que la *contradicción cotidiana se convierta en antagonismo*, y que la clase obrera como *capital variable se transforme en movimiento obrero autónomo*.

La dinamización y complejización de la lucha de clases en Panzieri lleva también a una reconsideración del *espacio de la política*, tradicionalmente reducido al de la lucha por el poder del Estado. Para Panzieri, el espacio de lo político no es algo cuyos contornos estén predefinidos, sino que la lucha de clases puede ir politizando espacios insospechados por la teoría y aparentemente alejados de la esfera estatal. No se trata de la concepción gramsciana del Estado ampliado, que en su ambigüedad llega a confundir Estado y sociedad, sino de reconocer potencialidades al proceso de trabajo como lugar de enfrentamiento entre las clases por el poder. Panzieri

no niega la mediación política estatal sino que, en su concepción, el espacio político se alarga. Al respecto, Panzieri dirá que "la batalla política no se reduce a la fábrica, se combate en todos los niveles", pero el problema del poder nace al nivel de la fábrica. En otras palabras, la lucha por el control obrero del proceso de trabajo puede ser una lucha política.

Así como el espacio del proceso de trabajo es definido como un campo potencial de la lucha de clases, la composición de clase que permite dar cuenta de la globalidad de la condición de la clase no se reduce a su composición técnica, sino que incluye una composición social y otra política sin las cuales el intento panzeriano de dinamizar la estructura y superestructura caería en un nuevo reduccionismo: el tecnológico. En este sentido, su propuesta se articula con alternativas metodológicas más profundas. Si un problema es el análisis de la composición de clase en cuanto a las potencialidades de la coyuntura para conformar un movimiento autónomo de clase, entendido como movimiento que es capaz de generar un proyecto viable de transformación social opuesto al proyecto burgués, otro problema es ahora cómo proceder a desentrañar esas potencialidades. Una solución es considerar la teoría como modelo teórico con capacidad por ella misma no sólo de explicar sino de predecir. Esta concepción tendría que caer en algún tipo de reduccionismo, por ejemplo, la reducción de la composición de clase a la composición técnica, o bien en un análisis multivariado de la predicción, la eliminación de los sujetos o su cosificación en un intento de reducir sus comportamientos a leyes objetivas. Aunque no contenida explícitamente en Panzieri, podríamos pensar que una alternativa es la idea de la reconstrucción de la composición de clase y de sus potencialidades de acción como una totalidad de determinaciones. Totalidad que implicase el descubrimiento de determinaciones y articulaciones en el propio proceso de investigación por un lado, y por otro, la posibilidad de que el conocimiento no aislase objetividad de subjetividad sino que las incluyese en un proceso de búsqueda y también de acción. Es decir, reivindicar la historicidad de los sujetos y no al sujeto abstracto.

Este planteamiento complejo del problema de la práctica y del conocimiento tiene lógicamente implicaciones en cuanto al *papel de los intelectuales* y de los partidos como intelectuales colectivos en la transformación de la clase obrera en movimiento obrero autónomo: el famoso tránsito de la clase en sí en clase para sí. Desde el momento en que la clase obrera como composición de clase no es un simple sustrato objetivo sino una realidad histórica en transformación, donde su subjetividad no depende exclusivamente de los

partidos sino de las condiciones de su composición de clase, lo cual implica determinación material y social general, pero también la influencia de ella misma sobre estas condiciones, el papel de los intelectuales se relativiza y está a su vez determinado por las condiciones de la clase.

Es decir, la clase deja de ser vista como clase en sí, como pasiva, como importante sólo en su objetividad, objetividad reducible a sus condiciones de explotación, para verla como una clase activa, forjada y forjadora de su subjetividad. Con esto desaparecen las ingenuas ideas de una clase obrera eternamente engañada por dirigentes o por partidos a pesar de ser depositaria de una misión histórica. La historia no aparece predeterminada *ni el socialismo es inevitable: lo que existen son potencialidades que pueden o no realizarse en la realidad histórica*. En este planteamiento hay un trasfondo en cuanto a la concepción del partido que, poseedor de la ciencia del marxismo, lleva la conciencia desde afuera al proletariado, desde el momento en que se relativiza la capacidad de esa ciencia, o mejor aún, la tarea de la ciencia de la revolución se reformula y distancia de la cientificidad positivista. Los educadores deben ser educados, decía el viejo Marx; Panzieri agregará que los partidos y los intelectuales no tienen la tarea ni la capacidad de revelar a la clase obrera su destino, desde el momento en que ese destino no está predeterminado y hay también condicionantes sociales del conocimiento que lo relativizan en su capacidad de captar procesos no naturales, procesos de los cuales, cercana o distantemente, la propia ciencia forma parte en una red compleja y en reestructuración.

UNA DIGRESIÓN TEÓRICA⁵

La unidad entre proceso de trabajo y de valorización y el inicio de la búsqueda de articulaciones entre ellos se encuentra en Marx. Podemos encontrar algunas de estas articulaciones en la sección cuarta del primer volumen de *El capital*, en los *Grundrisse*, en el *Capítulo VI inédito* y en los materiales sobre ciencia y tecnología, aunque comúnmente en la historia del marxismo no fueron consideradas sino como pasajes de la historia del capitalismo y no lo que son: parte integrante de la reconstrucción de la totalidad en la obra de Marx.

En la sección cuarta de *El capital*, cuando Marx analiza el paso

⁵ Este apartado está basado en la sección IV de *El capital*, *El capítulo VI (inédito)*, los *Grundrisse* y los *Manuscritos sobre ciencias y técnicas* de Carlos Marx.

de la manufactura a la gran industria, dice que con la cooperación nace la necesidad de la dirección y esta función se vuelve una prerrogativa del capital; es decir, la función de dirección no es algo natural sino que depende de la función de explotación. La función de dirección del capital se vuelve concreta a través de un plan y un control sobre el proceso de trabajo. Es decir, el concepto de dirección y control se convierte en Marx en un concepto mediador entre proceso de trabajo y de valorización. Las dos caras de la relación de producción se pueden ver también a través de los conceptos centrales que las definen. El proceso de valorización sólo adquiere coherencia teórica en el tratamiento de Marx a través del concepto de explotación y ello es así porque explotación es un concepto relacional que implica forzosamente las dos partes: capital y trabajo, una relación desigual y contradictoria. Pero, a la vez, el nivel del proceso de trabajo adquiere sentido en consonancia con el de explotación con la mediación del concepto de subsunción del trabajo al capital. Desde el momento en que la relación de producción es concebida como contradictoria, lo importante a destacar en el proceso de trabajo es cómo la necesidad de valorización del capital se impone en ese nivel.

La valorización se impone a través de una dirección del capital del proceso productivo y de un plan; pero dirección y plan no necesariamente implican contradicción entre las partes si no se especifican mediante un concepto más central, en el sentido de ser más sintético y poseedor del ángulo que se quiere destacar; este concepto es el de subsunción del trabajo al capital. La subordinación del trabajo al capital en el proceso de trabajo implica que el capitalista se erige en dirigente e impositor de un plan. El capital que consume la fuerza de trabajo la dirige y la vigila coercitivamente. Con la subsunción real, Marx completa el panorama de la articulación entre proceso de trabajo y de valorización. En la gran industria no sólo el trabajo se subsume al capital como capacidad de dirección de éste, sino también al medio de trabajo, como parte del capital constante que es. Se trastoca así la relación entre capital constante y variable, y el obrero se convierte en mediador entre elementos del capital constante, en instrumento de la máquina.

La máquina culmina la codificación de la relación capitalista; el obrero se enfrenta a sus condiciones de trabajo como poderes autónomos que se le presentan como fetiches dotados de voluntad. La subordinación del trabajo a la máquina adquiere connotaciones concretas: la actividad humana productiva es determinada y regulada por la máquina, la calidad del producto deja de depender de la habilidad del obrero, la máquina resulta producto de una ciencia

que no forma parte de la conciencia del obrero. El concepto de subsunción del trabajo al capital, con todo y ser abstracto y permitir otros niveles de concreción conceptual, es un concepto de mediación y a la vez central en el nivel de proceso de trabajo; es un concepto que denota por un lado conexión con formas de explotación y por el otro con formas de control y figuras obreras históricas.

Cuando Marx analiza la manufactura capitalista, señala que desde el punto de vista técnico el proceso de trabajo manufacturero no es revolucionado por el capital ni recreado por éste. El proceso de trabajo manufacturero es el resultado de descomponer el oficio precapitalista en operaciones discretas. La base de estos procesos no son las máquinas sino el trabajo manual dependiente de la fuerza, destreza, rapidez y seguridad del obrero. Una base técnica como ésta excluye el análisis científico del trabajo. La figura obrera dominante en esta etapa productiva es el obrero de oficio, aquel obrero que se caracteriza por tener el monopolio del conocimiento de las operaciones productivas. Es la etapa de los sindicatos gremiales, cuya capacidad de resistencia obrera —añade Marx— se basa en que la manufactura descansa en la habilidad manual del operario, habilidad asociada a un conocimiento práctico del proceso, conocimiento que no le ha sido expropiado ni es objeto todavía de la ciencia.

Pero la capacidad de resistencia del obrero de oficio se convierte en un obstáculo para la acumulación del capital; la reestructuración productiva que representa la introducción del maquinismo implicó toda una revolución en las relaciones de producción. El capital revoluciona las condiciones técnicas del proceso de trabajo apropiándose del propio proceso de trabajo, moldeándolo de acuerdo a la sed capitalista de plusvalía. El medio de trabajo se subsume ahora en el proceso de producción capitalista y se trastoca la relación manufacturera entre el hombre y el instrumento: el elemento activo del proceso de trabajo deja de ser el obrero y se traslada a la máquina. El obrero es ahora el mediador entre la máquina y la materia prima, el obrero se vuelve instrumento de la máquina. Dice Marx que la máquina completa la reificación del trabajo, el trabajo pierde su aspecto subjetivo, ya no es principio sino mediación, está subordinado a una cosa: la máquina. Marx concluye diciendo que con la subsunción real hay una subsunción material del trabajo en el instrumento y de esta manera el capital ha subsumido en su totalidad la relación de producción. Pero la máquina no sólo aparece como instrumento de subordinación sino también de explotación y así la articulación entre subsunción real y plusvalía relativa permite a

Marx recuperar la articulación moderna en el proceso de producción capitalista.

En los manuscritos sobre ciencia y técnica, Marx añadirá que la introducción de la máquina representa para la clase obrera la sustitución del trabajo simple por el trabajo calificado, en búsqueda, por un lado, de reducir el valor de la fuerza de trabajo, y a la vez, de romper la resistencia del oficio y crear una nueva clase obrera más fácilmente sustituible; de ahí la incorporación masiva de mujeres y niños al ejército del trabajo. Surgen así nuevos tipos de obreros, se barren atrasadas jerarquías, la clase se uniformiza desde el momento en que los obreros pueden intercambiarse ya que los movimientos y ritmos no dependen de ellos y la pericia desaparece ante la ciencia. La máquina permite aumentar la productividad del trabajo y a la vez la intensidad del mismo desde el momento en que rompe la capacidad de resistencia obrera. La subsunción real del trabajo al capital, que significa la subordinación extrema de toda la relación capital-trabajo a la lógica de la valorización, intensifica la función de dirección del capital sobre el proceso de trabajo, el papel del plan de producción, el del control capitalista sobre el proceso de trabajo, adquiriendo su racionalidad la forma de ciencia aplicada a la producción. La ciencia tiende a convertirse en una fuerza productiva directa, no sólo en la forma de ciencia natural aplicada a los procesos productivos sino en su articulación con la ciencia social a través de la contabilidad y la microeconomía. El determinismo científico se vuelve una necesidad del capital en cuanto aspiración a la ganancia y con ello desaparece para esta ciencia la distinción entre ciencia natural y social.

Creemos que en la obra de Marx está ya presente la idea de la relación de producción como relación de explotación y también de poder, de confrontación entre el capital y el trabajo por el control del proceso de trabajo. Un análisis que pretendiera ubicarse en la perspectiva marxista de la totalidad tendría que tomar en cuenta que la relación de explotación es a la vez de poder, que la relación entre el capital y el trabajo no se agota ni puede analizarse sólo desde la vertiente de la explotación; si el problema es cómo la clase obrera puede transformarse de capital variable en movimiento obrero, esto tiene que incluir niveles diversos de la condición obrera, uno de los cuales es el de la vida obrera del trabajo. El solo cálculo de tasas de explotación, de ganancia, el definir que los mecanismos de explotación pudieran consistir en pagar por debajo del valor, etc., es incapaz de permitirnos explicar el movimiento de la clase, porque en estos análisis la clase parece como un sustrato, como simple objeto de explotación y las tendencias de la tasa de ga-

nancia, por ejemplo, tendrían comportamiento legal sin la intervención de los sujetos, sin implicaciones en y por la lucha de clases. Si, en cambio, consideramos con Marx que la reestructuración productiva ni se emprende ni se impone al margen de la resistencia obrera, estas reestructuraciones no serán ya tendencias naturales del capital hacia el progreso, sino producto y productoras de lucha de clases. Esta visión de la historia del marxismo como articulación entre lo objetivo y lo subjetivo permite ver la relación de producción como relación de poder, relación de poder que no depende mediatamente de la ideología de los sujetos, sino que responde a contradicciones objetivas que sólo potencialmente se convierten en política cuando enfrenta a clase contra clase por el poder en el proceso de trabajo.

DEL ANÁLISIS DEL PROCESO DE TRABAJO A LA TÁCTICA OBRERA Y A LA CONCEPCIÓN DE SOCIALISMO

Panzieri, en su artículo "Lucha obrera en el desarrollo capitalista",⁶ avizora un viraje en el contenido de las luchas obreras: de la lucha obrera en el ámbito de circulación de la fuerza de trabajo (salario y empleo) a la de proceso de trabajo. Ciertamente Panzieri resulta un visionario con una capacidad poco común para adelantarse a los acontecimientos; en vida, todavía este viraje no aparecerá prefigurado con precisión en la realidad, pero sus consideraciones teóricas prevén muchos de los sucesos de la oleada consejista después de 1968.

En el artículo señalado, Panzieri establece que en el capitalismo avanzado ha desaparecido la distinción entre *lucha económica* y *lucha política*,⁷ debido a dos circunstancias: primero porque la subsumción real del trabajo al capital articula de manera precisa explotación con lucha por el poder en el proceso de trabajo, y segundo porque en el Estado capitalista actual el Estado interventor ha convertido la economía política en política económica.

Al capitalismo avanzado le es consustancial el *plan*: plan productivo, plan del mercado de trabajo, plan de realización de la mercancía, plan de la reproducción de la fuerza de trabajo. En esta me-

⁶ R. Panzieri, "Lucha obrera en el desarrollo capitalista", en Enrique de la Jarza y Horacio Vázquez (comp.), *Clase obrera, sindicato y partido: el obrerismo italiano*, (mimeo), UAM-I, 1988.

⁷ Esta identificación entre lucha económica y lucha política debe interpretarse como extensión potencial del ámbito de lo político.

dida no hay contradicción entre planificación y capital, al grado que la planificación se ha convertido en un instrumento de explotación. Al nivel de empresa, la primera manifestación de la planificación sería la separación entre dirección y ejecución. Sin embargo, no en todas las etapas de la producción capitalista la planificación habrá adquirido las mismas connotaciones. El capitalismo de libre concurrencia se caracteriza por una contradicción: anarquía en la división social del trabajo con respecto a planificación en la división del trabajo en fábrica. En la etapa monopolista y del surgimiento del Estado keynesiano, la planificación social adquiere caracteres extremos. El predominio del mecanismo de la plusvalía relativa en este periodo socializa la explotación, según Panzieri, e impone la necesidad de la planificación del proceso social de la producción y reproducción de la fuerza de trabajo.

Pero la planificación social tiene otro significado no menos importante. Esta reafirma la centralidad de la producción sobre la sociedad y la dominación de la lógica del capital en el conjunto de las relaciones sociales. En este contexto, la fábrica adquiere dos significados: uno en sí misma y otro como dominante de las relaciones sociales. Dirá Panzieri que la fábrica tiende a permear toda la sociedad civil y su racionalidad tiende a diseminarse por toda la sociedad. Con el surgimiento de la *fábrica sociedad* y de la *sociedad fábrica*, es decir, una fábrica que sintetiza el conjunto de las contradicciones sociales y una sociedad que se ve sujeta a la lógica del capital, el campo de la política se amplía. La fábrica ya no es sólo economía sino el lugar donde el plan microeconómico se impone autoritariamente y en donde el plan estatal se concretiza. Asimismo, lo estatal ya no es sólo el ámbito de lo político como terreno desgajado de lo económico, sino que es también el de la regulación del ciclo. Política y economía van de la mano, como caras de la misma medalla. La ampliación y compenetración de los espacios de la economía y de la política hacen pensar a Panzieri que hoy la lucha de clases es una lucha total, en el conjunto de la sociedad civil y no únicamente en el espacio del proceso de trabajo.

Los planteamientos de Panzieri acerca del papel capitalista de la planificación y de la fábrica-sociedad contienen dos intenciones muy precisas; primera, tratar de escapar al estrecho obrerismo que reduce la lucha de clases únicamente al nivel del proceso de trabajo o que ignora la existencia de otras clases en la sociedad, diferentes al proletariado y a la burguesía. En segundo lugar, va en contra del reformismo socialista entendido como estatización y planificación de la economía. Para Panzieri, el plan estatal capital no es la preparación del socialismo en el sentido institucional, es decir, de la utili-

zación socialista de las instituciones creadas por la planificación estatal capitalista. La preparación al socialismo está para Panzieri en la universalización de la contradicción capital-trabajo, no en el sentido estricto de creación de plusvalía como después aparecerá en Negri con su concepto de obrero social, sino de la subordinación de la sociedad a la lógica del capital. La universalidad de la contradicción capital-trabajo significa su conversión en la contradicción entre capital y sociedad.

EL USO SOCIALISTA DE LA ENCUESTA OBRERA Y LA IDEA DE PARTIDO Y CONTROL OBRERO

Panzieri propone una visión del proletariado que elimine parcialidades y lo desmistifique; señala que hay dos parcializaciones en tanto ópticas de análisis del proletariado: una el objetivismo, que ve al proletariado únicamente como capital variable, como parte del capital, como objeto estructural; otro, el subjetivismo, que analiza únicamente a la clase obrera como movimiento obrero, en tanto voluntad. La eliminación de la parcialidad pasa evidentemente por la consideración de la clase obrera en tanto *sujeto-objeto*, lo cual impone al marxismo un problema central que lo distingue de los socialismos académicos. *El gran problema teórico-práctico será cómo la clase obrera, en tanto creación y parte del capital, puede llegar a convertirse en movimiento obrero autónomo* o de cómo la contradicción cotidiana entre el capital y el trabajo se convierte en antagonismo. Esta definición del problema fundamental para el marxismo define —en Panzieri— el estatus científico de éste como conocimiento. *El marxismo sería una sociología* en tanto visión de la vida social como relaciones sociales y por su carácter totalizante no especializado. Además, una *sociología concebida como ciencia política, como ciencia de la revolución*.

Una ciencia de la revolución que mantenga la perspectiva de una realidad social en permanente rearticulación entre los aspectos legales y los voluntarios tiene que ser opuesta a la idea del marxismo como sistema teórico que en el plano político conduce a una visión metafísica del proletariado y de su "misión histórica". Es decir, no basta en el punto de vista de Panzieri con reivindicar el espacio de vida del trabajo como terreno de investigación, ni aun con el agregado que hacíamos de la necesaria reconstrucción de la totalidad. Lo que da el sello distintivo a Panzieri es la posibilidad de desarrollar a partir de su pensamiento una concepción de la historia como articulación de coyunturas relativamente

te abiertas que, en la ciencia de la revolución, por ser función también de lo subjetivo, no podría ser sino determinista y a lo sumo llegar a definir los campos de acción viables de los sujetos. Sin embargo, este punto de vista tampoco escaparía al cientificismo, convirtiéndose en uno de corte metodológico, si no se completa con la idea de que el conocimiento es también dependiente de la situación social.

Panzieri aventura una solución metodológica a esta complejidad con su propuesta de la *coinvestigación*.⁸ La *coinvestigación* se convierte para Panzieri en una forma de intervención política en la que los verdaderos sujetos prácticos no son vistos como cosas sino en sus dos dimensiones: como sujetos-objetos, en un proceso en el que la *coinvestigación* forma parte de ellos. La *coinvestigación* no es un pretexto para que los intelectuales encuentren un auditorio obrero desde el momento en que las alternativas no son función única de la teoría, sino que aparecen en juego recíproco *coinvestigación* y *lucha*. En otras palabras, la teoría nunca es autosuficiente para predecir el comportamiento obrero pero la *coinvestigación* llega a convertirse en parte de la misma práctica.

La propuesta metodológica panzeriana se cristaliza en la propuesta política y estratégica acerca del *control obrero*. El *control obrero* parte del presupuesto que hemos señalado acerca de la redefinición del espacio de lo político y la conversión del proceso de trabajo en un campo político. El significado de control obrero en Panzieri es el de *contrapoder obrero* en el proceso de trabajo y la construcción desde abajo y ahora de las instituciones de democracia directa. Control obrero sintetiza táctica y estrategia: táctica en tanto construcción de un *contrapoder* que se asiente en el seno de la sociedad civil y estrategia en tanto concepción del socialismo como asociación de productores libres y no como socialismo de Estado.

Para Panzieri *control obrero* no es equivalente a *cogestión* puesto que se trataría de un control basado permanentemente en la *lucha de masas* y no en la *coparticipación*, en las responsabilidades de la acumulación del capital. Para Panzieri el establecimiento del control obrero o su construcción va aparejado a la creación de instituciones de base no burocratizadas, los *consejos obreros*, y a una función partidaria diversa a la del llamado partido-guía. El *partido-guía* para Panzieri es el partido estalinista que se cree depositario de la conciencia de clase. Este establece una identidad entre *clase obrera* y partido que lo lleva al burocratismo y al autoritarismo,

⁸ R. Panzieri, "El uso socialista de la encuesta obrera", en Enrique de la Garza y Horacio Vázquez (comp.), *op. cit.*

y tiene su continuidad en el *Estado-guía*. En cambio, Panzieri planteará la alternativa, distanciándose también del anarquismo, del *partido instrumento* de la clase, que implica también la negación del monismo partidario y la reivindicación de la libertad de creación cultural. Finalmente, dirá Panzieri, el proletariado se creando sus *instituciones autónomas*, principalmente aquellas relacionadas con el mando productivo. Por autonomía se entienden dos cosas; primero, capacidad política de generar un proyecto de clase alternativo al proyecto burgués y de dirección de la sociedad; en segundo término, *autovalorización*, es decir, capacidad de resistir al poder del capital en el proceso de trabajo.

LA HERENCIA DE RANIERO PANZIERI

Panzieri murió a los 43 años combatido por sirios y troyanos. Su gran proyecto de reconstrucción del marxismo quedó inconcluso; inútil sería buscar en su pensamiento mucho más allá de las consideraciones que hemos comentado hasta aquí. Pero Panzieri renació en la olcada obrera consejista a partir de 1968 y aun sus enemigos se vieron obligados a recuperar algunos de sus planteamientos centrales. Pero el pensamiento de Panzieri es más valioso probablemente por las perspectivas de renovación que abrió que por las respuestas concretas que encontró. La frescura de su pensamiento habría que verla unida al intento de recuperar para el marxismo teórico y práctico su estatuto de ciencia de la revolución, en un contexto en que proliferaban las teorías acerca de la integración del proletariado al capitalismo. Es probable que en Panzieri las acusaciones de obrerismo y cierta forma encubierta de reduccionismo estén presentes, que en él no se haga un planteamiento claro acerca del problema de la totalidad y que su teoría de la acción no rompa finalmente con la concepción del partido-guía, que conciencia y acción no logren ser articuladas dialécticamente. Sin embargo, creemos que en Panzieri están los elementos para el inicio de una *reconstrucción del marxismo*, de un marxismo de finales del siglo *XX: un marxismo del periodo de auge y la crisis del Estado social*. La posibilidad de que la prehistoria de la humanidad termine, de que los dominados abolan toda dominación, de forjar un proyecto de civilización alternativo al que inauguró la burguesía hace cuatro siglos, mostró estar inmadura todavía en el intento proletario de tomar el cielo por asalto al término de la primera guerra mundial. El desencanto del socialismo real, como alternativa cerrada que no se dirige a aquella

sociedad sin clases en que Marx soñó, en las postrimerías del siglo xx, obligan a la precaución y a la vigilancia con respecto al voluntarismo, aunque sea de corte tercermundista, y al reformismo corporativo.

Para los que todavía pensamos que el capitalismo no siempre existirá y que su destrucción se empieza a forjar en el tiempo presente, continúa siendo un problema cómo articular las luchas cotidianas de los trabajadores por sus reivindicaciones inmediatas con una ideología coherente y un programa máximo de renovación social. Es el viejo problema de Marx de cómo la clase obrera deviene sujeto de la revolución, de cómo puede pasar de clase en sí a clase para sí y de cuál es el papel de los intelectuales en este pasaje (incluyendo al partido como intelectual colectivo).

Este viejo problema político remite a otros más profundos; al problema de la relación entre teoría y práctica, al del papel de la teoría acumulada ante una realidad social en permanente fluir, al de la capacidad de predicción de la ciencia social. En cuanto al estatus de la ciencia marxista, éste se vincula con la relación entre conocimiento científico y acción proletaria, con cuál es el criterio de cientificidad marxista, con el significado de la ley marxista. Muchos de estos problemas se sintetizan en el de la conciencia de clase. Lukács, en una formulación clásica, considera que la conciencia de clase es la que tendrían los hombres si fuesen capaces de captar totalmente su situación y la acción que resultaría de ella; es decir, la conciencia de clase en cuanto a su definición depende totalmente de la situación estructural de la clase. Esta definición tan unívoca, cuando se analiza plantea un problema insalvable, el de la propia definición del criterio de correspondencia entre conciencia y estructura: cómo la mediación puede ser establecida por una teoría que, además de ser necesariamente cambiante —al cambiar la realidad—, depende de la situación histórica en que se genera. Esto quita a la definición de conciencia de clase toda pretensión de absolutización. En segundo lugar, la definición de la conciencia de clase como un problema de correspondencia entre conciencia y estructura se convierte más en un problema teórico que en lo que realmente es, es decir, un problema práctico.

En la versión del partido-guía, la ciencia del marxismo se convierte en núcleo central de la conciencia de clase del proletariado. Partido-guía y conversión del marxismo en teoría sistemática capaz de explicar y predecir el devenir social van de la mano. La visión positivizante del marxismo no se inició con Stalin sino en el marxismo de la II Internacional, que se ubica en el contexto de una segunda arremetida del positivismo, con la pretensión de presentarse no

como una epistemología entre varias sino como la única reflexión sobre la ciencia. La ideología positivista, y su potencia en tanto logra imponerse socialmente como "racionalidad natural", no es producto únicamente de la labor de los filósofos de la ciencia de dicha matriz, es resultado de un gran desarrollo de las ciencias naturales, pero sobre todo de la imbricación entre ciencia y procesos productivos. Esta imbricación coincide con la pérdida de autonomía subjetiva de los creadores de valor de que hablaba Marx en *El capital*. La disociación que propone Taylor entre concepción y ejecución y la expropiación del saber productivo obrero por la dirección de la empresa realiza en la práctica la escisión entre sujeto y objeto. El marxismo como producto de una época histórica no podía ser ajeno a esta influencia. La concepción de ciencia que propone el positivismo prescinde del sujeto, es el mundo de los procesos con la pretensión de objetividad, desvalorizado. El marxismo de la II Internacional es el primer marxismo con pretensión de sistema teórico autosuficiente y con él viene la idea del partido-guía en su primera versión formulada por Kautsky. En el estalinismo, la legitimidad y necesidad de una teoría marxista positivizada tendrá el apoyo de la fuerza y a ella corresponderá la forma de Estado-guía, Estado fundado en la ciencia del marxismo, versión de ciencia acuñada por ese mismo Estado. Una larga historia y condiciones sociales definidas han imbuido al marxismo de positivismo, de un positivismo que tiene tras él toda una concepción de la realidad y del cambio social que no podría encontrarse en Marx. Panzieri es de aquellos que buscan en las raíces mismas del marxismo la causa de sus supuestos errores y por ello el estalinismo no resulta producto simplemente de desviaciones de las que la clase obrera sería ingenuo instrumento. La puerta que abre Panzieri es la del regreso revolucionario a Marx, en el sentido de negar la cosificación cientificista en sus dos connotaciones, primero, en su negación del componente subjetivo del proceso social y segundo, en negar el contenido relativamente abierto de dicho proceso. De esta manera el viejo problema de cómo el proletariado se convierte en sujeto de la revolución puede llegar a ser reformulado despojándolo de su contenido metafísico. El problema para el marxismo teórico y práctico no es ahora cómo el proletariado cumple su destino histórico sino cómo un grupo social en condiciones históricas determinadas puede llegar o no a generar una voluntad colectiva autónoma, con un concepto de autonomía no metafísico, es decir, como capacidad de dirigir el conjunto de una sociedad hacia un nuevo derrotero. En esta concepción histórica de la voluntad objetiva autónoma, el problema de su conformación es sobre todo práctico y en él la teoría puede con-

tribuir a esta conformación acotando los cauces de la acción colectiva viable, los límites de la *voluntad objetiva*, parámetros a su vez en construcción y determinados por la propia acción. La voluntad colectiva autónoma se manifiesta en un movimiento de clase autónomo, el cual ha tratado de ser captado como campo de conocimiento desde dos grandes perspectivas: una es la historiográfica, que ve la emergencia del movimiento como resultado e influencia de las direcciones e ideologías. Esta es la historia de acontecimientos, dirá Castoriadis, en la que los líderes aparecen como los maquinistas de la locomotora de la historia. La otra es la versión objetivista, para la cual el proletariado, como objeto estructural, se mueve determinado por el cambio en sus condiciones objetivas, por ejemplo, el nivel de la explotación o la forma de ésta.

Por otro lado, el problema que se plantea es si la perspectiva histórica que abre Panzieri puede llegar a convertirse en un ángulo de análisis de la condición obrera, en una sociología marxista del trabajo.

El marxismo debe reconocer que el mundo del trabajo no fue objeto de su estudio durante la mayor parte de su existencia y que el campo de la sociología industrial quedó durante varias décadas a cargo de las ideologías empresariales.

La sociología industrial propiamente dicha nació como una reacción a las limitaciones del taylorismo, al plantear éste la disociación entre concepción y ejecución y proponer una forma de analizar el trabajo como movimientos mecánicos. La crítica más importante provino de Elton Mayo, en el sentido de que el taylorismo concibe un hombre totalmente racional y no deja espacio al importante campo del "sentimiento". Mayo es el primero en concebir en esta sociología industrial que las relaciones entre el capital y el trabajo deben ser tratadas como auténticas relaciones sociales. La preocupación de Mayo es evidentemente de carácter integrativo y busca construir una comunidad de trabajo en donde los intereses obrero patronales no sean necesariamente contradictorios. Durante varias décadas predominó el enfoque de Mayo acerca de las relaciones humanas en el lugar de trabajo. Al terminar la segunda guerra mundial surgen dos críticas a las relaciones humanas provenientes de tradiciones teóricas diversas. La primera, la de Friedman, continuada por Touraine, y la segunda de corte funcionalista pero enmarcada en lo que será la sociología de las organizaciones. Ambas versiones, desde sus propios presupuestos, destacan el problema del conflicto en el proceso de trabajo como algo que pudiera ser substancial al carácter de las relaciones que se entablan. Al inicio de la década de los sesenta las condiciones están maduras para que la

sociología industrial emprenda el gran reto de analizar de manera más compleja la condición obrera. El trabajo clásico de Walker y Guest inaugura una de las dos corrientes que todavía debaten acerca de la explicación de los comportamientos obreros. La propuesta de estos autores es que la vida del trabajo determina dichos comportamientos. La contrapropuesta de Goldthorpe irá más bien en el sentido de ponderar como factor explicativo superior, no la experiencia de trabajo, sino los valores sociales transportados por el obrero de la fábrica. Sin embargo, a pesar de la actitud optimista de Elton Mayo con relación a intentar eliminar el conflicto, éste aparece como algo cada vez más inherente a la relación laboral y foco central del análisis sociológico. La importancia del conflicto lleva a desarrollar ámbitos especiales de esta sociología industrial, como son el de las organizaciones de los trabajadores y el del conflicto colectivo.

Una constante en casi todos estos estudios de la sociología industrial —con honrosas excepciones como la de Friedman— es su intención integrativa; además, los modelos explicativos del conflicto se mueven más bien a partir de una concepción estructural en la que el problema de la subjetividad se reduce a componentes estructurales. El obrero aparece básicamente como objeto determinado por sus características socioeconómicas o su calificación o su experiencia política.

La llegada tardía de la sociología del trabajo a América Latina introduce una serie de confusiones que es necesario destacar: 1) la sociología del trabajo académica se ha desarrollado básicamente como ciencia empresarial, en la cual el marxismo no ha tenido mucho que decir; 2) las iniciativas a la manera de Panzieri se desenvuelven en el plano de la lucha sindical y política más que en la academia; 3) la sociología del trabajo, por sus orígenes y su desarrollo empresariales, se encuentra bastante alejada de intereses subversivos; 4) metodológicamente la sociología del trabajo no incorpora el aspecto subjetivo del proceso social.

En la línea que abre Panzieri, decíamos, el marxismo aparece como una sociología vestida de ciencia política que no sirve para resolver cualquier problema del conocimiento, sino que aparece como ciencia de la revolución y en esta medida como un tipo de conocimiento más acorde con la intencionalidad de la transformación social y del enfrentamiento clasista. Por otro lado, la sociología del trabajo hace referencia a parcialidad en dos sentidos: como parcialidad disciplinaria (desgajamiento del conocimiento en compartimentos) y como objetivación de los sujetos-objetos. Desde el punto de vista de la totalidad marxista y de su pretensión revolucio-

naria, no podría hablarse propiamente de una sociología marxista del trabajo, sino de un punto de partida en el proceso de trabajo y en la composición de clase en el proceso coinvestigativo de reconstrucción de la realidad en la teoría y en la práctica. El eje problemático de la perspectiva de Panzieri es diferente al de las sociologías del trabajo y apunta, más que a la explicación y a la integración, a la conformación práctica de una voluntad colectiva autónoma y de subversión del capitalismo.

La ventana abierta por Panzieri permanece y sus retos no han recibido todavía respuestas satisfactorias. Hay una síntesis por realizar: el desarrollo del concepto marxista de totalidad como concepto central de la metodología; el ángulo de análisis de la clase obrera a partir del proceso de trabajo que elimine reduccionismos de todo tipo; y la coinvestigación en todas sus implicaciones, tanto epistemológicas y metodológicas como políticas y prácticas.

3. ASPECTOS METODOLÓGICOS DE LA CONFORMACIÓN DE UNA VOLUNTAD COLECTIVA AUTÓNOMA

EL MÉTODO DEL CONCRETO-ABSTRACTO-CONCRETO EN LA PERSPECTIVA DE MARX

Mucho se ha escrito en relación al método de Marx,¹ sin embargo, en pocas ocasiones las discusiones sobre el método han rebasado el nivel epistemológico. Esta circunstancia se torna grave para el que se inscribe en la perspectiva marxista pues este atraso relativo de la metodología marxista con respecto a la metodología tradicional representa muchos decenios de investigación social que se ha desarrollado desde puntos de vista alternativos al de Marx. Esta situación no es gratuita, ni depende únicamente de la falta de reflexión de los marxistas acerca de los problemas actuales del método, sino que se inscribe, probablemente, en un periodo histórico de predominio positivista que tiene tras él necesidades materiales y un desarrollo definido del movimiento obrero. En cuanto al predominio del positivismo, la imbricación estrecha que a finales del siglo pasado se da entre ciencia y producción conforma un modelo de ciencia que se vuelve dominante y al que las economías de los socialismos reales no escapan posteriormente.

La ciencia se vuelve tecnología y se subordina a las necesidades de la producción capitalista, como necesidad de previsión de la rentabilidad del capital; esta necesidad sólo puede llevarse a su última expresión racionalizando "todos" los aspectos del proceso de producción, desde los relacionados con los principios fisicoquímicos del proceso de trabajo hasta los que conciernen a los hombres como productores.

La microeconomía se encargará de articular en modelos matemáticos a la ciencia natural con las ciencias humanas en una función de producción. De aquí se deriva un imperativo para la ciencia

¹ P. Sweezy, et al., *El Capital, teoría, estructura y método*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1975.

cia: tener la capacidad de cuantificar y formalizar sus proposiciones. Asimismo, los sujetos se verán presos de las estructuras conceptuales que pretenden dar cuenta de sus comportamientos más íntimos.

Por otra parte, desde la constitución de la II Internacional el movimiento obrero se debate entre la disyuntiva de la espontaneidad obrera y la de la dirección consciente. Pero la versión de la dirección consciente que ha predominado es la del partido o del Estado que suplanta la creatividad de la masas. Esta expropiación habría tratado de fundarse en la constitución del marxismo en una doctrina sistemática depositada en los aparatos (partidos o estados), capaz de predecir el futuro comportamiento de los sujetos, así como en una teoría de la acción en la que la conciencia antecede a la práctica.

En esta larga coyuntura, no han sido pocos los casos de aproximación entre teoría marxista y metodología positivista, especialmente cuando el problema ha sido el de la correspondencia entre teoría y realidad empírica. El complejo problema de la praxis en el marxismo se ha reducido al de la verificación positivista, y el problema del conocimiento, como problema práctico, ha sido reducido a otro de corte académico. ¡El surgimiento del marxismo de universidad y del profesor marxista no es mera coincidencia!

Lo que muchas veces se olvida es que los diversos paradigmas presuponen cierta coherencia entre *supuestos metateóricos* y perspectiva del conocimiento. En este sentido, la concepción que se tenga de la realidad influye sobre la propuesta de conocimiento.

El positivismo en sus orígenes se presentó como una reacción ante el viejo idealismo y la metafísica. Sin embargo, el positivismo de Comte derivó en una nueva religión, las condiciones materiales no estaban maduras para su conformación en filosofía de la ciencia dominante. Se tuvo que esperar a finales del siglo pasado, cuando la realidad material —la producción que exige a la ciencia una forma de proceder y el propio desarrollo de las ciencias naturales— permitió una forma de reflexión menos especulativa que la de Comte. El *empirocriticismo* representará un gran salto adelante en el positivismo; en ese momento, la batalla contra la metafísica está ya ganada y la potencia de las ciencias naturales permite un terreno seguro de reflexión.²

El salto definitivo del positivismo como modelo de ciencia dominante se dará con el *círculo de Viena* y personajes afines.³ Este ne-

² V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, Grijalbo, México, 1967.

³ E. Ayer, *El positivismo lógico*, FCE, México, 1978.

o positivismo abordará en forma rigurosa, dará respuestas y señalará problemas que siguen siendo los que hasta ahora preocupan a los filósofos de la ciencia. Asimismo, la reflexión sobre el método se volverá lógicamente rigurosa y la propuesta esbozada es posiblemente la dominante hasta ahora. Algunos de los problemas que conforman la nueva epistemología (más como filosofía de la ciencia que como genérica teoría del conocimiento) son: la reflexión acerca del significado de la teoría y su función en el conocimiento científico; el papel de la hipótesis en la investigación científica; el viejo problema de la relación entre pensamiento y realidad que se transforma en otro más específico, el de la relación entre concepto teórico e indicador empírico; el de la verificación de las hipótesis; y el del significado de la explicación. La novedad de la reflexión estriba en que es específicamente metodológica, cuando antes se confundía con la reflexión teórica o se desplazaba a la teoría del conocimiento. Ahora la preocupación central no es el conocimiento en general sino la ciencia, su método, su lógica.

El positivismo intenta una serie de respuestas rigurosas a cada uno de los problemas señalados. Una de las más importantes, que repercuten sobre las otras, es en cuanto al uso de la teoría. La teoría en esta perspectiva tiene un uso deductivo en la investigación científica, en el sentido de permitir deducir hipótesis a verificar. Asimismo, explicar se concibe como explicar a través de las leyes generales de la teoría: el caso particular ejemplifica o constata la ley general. Este tipo de propuestas no están desligadas de la concepción positivista de la realidad en la cual ésta aparece sujeta a leyes universales, aunque cambie el conocimiento sobre ellas. Además, como el modelo de ciencia que tiene la reflexión positivista es el de la ciencia natural, no hay propiamente en este modelo un papel para los sujetos sociales. Así se plantea la unidad de la ciencia y de su método y esta unificación la da la reflexión sobre la ciencia natural más desarrollada, la física.

POSITIVISMO Y MARXISMO

A principios de siglo se da la discusión entre el positivismo y el historicismo acerca del papel del sujeto en el conocimiento científico; en esta polémica, el marxismo permanece al margen, incapaz de ponerse a tono con los tiempos. Es la época del predominio del pensamiento de Kautsky en la socialdemocracia internacional y de su concepción positivizante del marxismo que empieza a echar raíz. El resultado de la polémica es finalmente favorable al positivis-

mo, no obstante que siempre subsisten corrientes marginales no marxistas que lo combaten (fenomenología, existencialismo, etno-metodología, interaccionismo simbólico, etc.). El problema que está en el centro de este debate es cómo la presencia en los procesos sociales de sujetos dotados de voluntad impone variaciones a las soluciones de los grandes problemas sobre la ciencia que se derivan de las ciencias naturales.

En el marxismo estos problemas no se abordaron con propiedad, excepto en "raras avis" pronto olvidadas en su época como Lukács y Korsch, ni se reflexionó si por debajo de la potencia positivista de pensar la ciencia había una concepción estática y desubjetivada de la realidad y si ésta era compatible con un marxismo cuya preocupación original había sido el movimiento: *la revolución*. Lo que pensamos es que en el marxismo de Marx la concepción de la realidad implica tres aspectos que lo distancian del positivismo:

1) La concepción de la realidad como *realidad en movimiento*, en donde movimiento significa transformación de la realidad y de sus propias legalidades. Si se quiere, también, la transformación de la realidad no sólo en la apariencia, en lo superficial, sino en niveles diversos de la esencialidad. Esta idea no niega la posibilidad de la ley sino que la desabsolutiza, la *historiza* en un primer sentido de negarle validez universal.

2) La idea de Marx de la realidad en movimiento se articula con la concepción acerca del viejo problema de la esencia y la apariencia. En este sentido, la apariencia, lo superficial deja de ser estricta apariencia y se transforma en un nivel más de realidad. Asimismo, la esencia deja de ser homogénea y se transforma en la noción de "niveles de esencialidad", lo cual abre la posibilidad de conocimiento de estos niveles a través de formas legaliformes cuya historicidad no sea homogénea. En otras palabras, la realidad se transforma siempre, aunque a diferentes niveles de esencialidad, y al cambiar un nivel de esencialidad tendrían que transformarse los conocimientos que pretenden dar cuenta de dicha realidad.⁴

3) Finalmente, hay una concepción de la realidad en Marx que lo distancia del positivismo en cuanto a asignar un papel activo a los sujetos sociales.⁵ Papel activo significa aquí que los sujetos no

⁴ El cambio de la realidad puede implicar la transformación de la teoría en cuanto al contenido conceptual, el de las relaciones entre conceptos, el de sus jerarquías, así como la necesaria inclusión de niveles conceptuales cada vez más específicos al objeto.

⁵ C. Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, en Obras escogidas en dos tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1957.

son marionetas en manos de las leyes objetivas sino participantes efectivos en el desenlace de los procesos. Aquí tampoco cabe el voluntarismo (es decir, la ausencia de leyes objetivas), los sujetos sociales pueden proponerse objetivos viables o no y, es más, ser subjetivamente capaces o no de lograrlos. Así, la realidad histórica aparece como articulación entre esa subjetividad y lo objetivo que marca límites a los proyectos de los sujetos. En esta medida, el futuro no aparece predeterminado unívocamente ni el papel de la ciencia sería el de la predicción, como la entiende el positivismo, sino el de la acotación de los cauces dentro de los cuales los sujetos pueden accionar con viabilidad. La historia aparece así como consecuencia de coyunturas, en articulaciones sujeto-objeto redefiniendo rumbos. También podríamos agregar que el campo de lo objetivo es el de lo potencial, que tampoco habría que identificar con lo "probable" de la visión positivista.⁶

Pensamos que estos tres supuestos marxistas acerca de la realidad imponen una perspectiva de conocimiento distinta a la del positivismo. Por un lado, la idea del movimiento impone la necesidad del *cuestionamiento permanente de la teoría acumulada* que podría ser modificada a niveles diversos de esencialidad. Pero, sobre todo, la concepción de una realidad que puede ser pensada por niveles de realidad norma la idea marxista del conocimiento científico como *reconstrucción teórica* de esa realidad; en donde dicha reconstrucción se elevará, como dice Marx, desde los niveles más abstractos y generales (más esenciales, si se quiere adoptar la vieja terminología) a los más concretos. Aquí, nivel más concreto no sólo significa más complejo sino más específico al objeto.⁷ Hay, por tanto, una *idea de explicación* diversa al positivismo, que no puede alcanzarse sólo a partir de lo general sino que debe incluir forzosamente niveles cada vez más específicos. Donde lo específico no aparece únicamente para verificar lo general sino en una pretensión de inclusión teórica de esto específico dentro de la explicación.

La categoría que en Marx busca dar cuenta de este complejo planteamiento que relaciona concepción de la realidad y del conocimiento es la de *totalidad*. Una versión positivizante de la totalidad en el marxismo ha sido identificarla con *sistema teórico*,⁸ con fun-

⁶ Lo probable aparece como lo no determinístico por desconocerse sus leyes determinísticas; por ejemplo, el resultado de lanzar una moneda es probabilístico porque las leyes de fricción, velocidad inicial que le imprime el dedo a la moneda, fuerza de lanzamiento, no son conocidas; si lo fuesen sería un proceso determinístico.

⁷ Enrique de la Garza Toledo, *El método del concreto-abstracto-concreto*, UAM-I, México, 1984.

⁸ K. Kosík, *Dialéctica de lo concreto*, Grijalbo, México, 1970.

ción deductiva con respecto a la realidad; a este punto de vista corresponden los intentos de asimilar el marxismo al análisis de sistemas. Pero otra manera de ver la totalidad no es como teoría previa a la investigación, sino primero como criterio metodológico de construcción de lo que será la totalidad concreta del objeto de estudio. La primera versión de totalidad corresponde a una totalidad abstracta, no depende básicamente del objeto, se trata de un modelo teórico general a ser aplicado a las situaciones concretas en una tarea verificativa de la explicación supuestamente contenida en ese modelo. En la segunda versión de totalidad, ésta implica una idea de función de la teoría acumulada no fundamentalmente deductiva y una idea de explicación como reconstrucción, en tanto articulación compleja que incluye lo genérico y lo específico al objeto.

Si la totalidad metodológica implica articulación, pensamos que la noción de articulación debe ser aclarada. En una primera instancia podemos pensar articulación reconstructiva en el sentido del *Método de la economía política* de Marx, es decir, como *articulación de niveles conceptuales de abstracción* —es el famoso camino de lo abstracto a lo concreto en el pensamiento—, en donde formalmente la distinción entre abstracto y concreto, conceptualmente hablando, significa mayor o menor complejidad del concepto en cuanto a determinantes del mismo. Pero realmente, la distinción es más sustantiva, hace referencia a niveles de especificidad y determinación histórica diversa: un concepto, por ejemplo, puede hacer referencia a cuestiones más esenciales que otro, o tener más o menos vigencia histórica e implicar una mayor o menor complejidad en cuanto a su contenido.

El camino de lo abstracto a lo concreto en el pensamiento resulta en Marx un camino de inclusividades sucesivas, en donde los conceptos más concretos implican a los más abstractos y sólo cobran sentido en función de éstos y resultan más complejos que los segundos.

Pero articulación en el tratamiento de Marx también puede ser entendida de otra manera, como articulación entre lo lógico y lo histórico.⁹ Por lógico creemos que es posible entender dos cuestiones principales, las funciones del pensamiento (deducción, inducción, etc.) y también lo lógico como la lógica y el contenido de la teoría acumulada. En términos generales, decíamos que la perspectiva reconstructiva, en oposición a la deductiva, implica el cuestionamiento de la teoría acumulada no como verificación o falsifi-

⁹ J. Zeleny, *La estructura lógica de El capital en Marx*, Grijalbo, México, 1974.

cación. Si pensamos en la teoría como cuerpo articulado de leyes y conceptos, las transformaciones a la teoría pueden provenir del cambio de leyes y conceptos de diversos niveles de abstracción (o del conocimiento sobre los mismos). Estos cambios podrán ser, por un lado, el de la relación entre los conceptos de una ley, el del contenido conceptual, o bien el de la jerarquía del concepto o la ley en la nueva totalidad (cuando aquí hemos utilizado la categoría de reconstrucción, con ello hemos querido incluir también la posibilidad de la reafirmación de antiguas legalidades y conceptos al pasar la prueba de la nueva reconstrucción).

La nueva introducción de lo histórico en la totalidad marxista pensamos que puede tener las siguientes implicaciones: 1) lo histórico entendido como hechos históricos no teorizados sino reconocidos en la reconstrucción y que impiden que ésta se extienda infinitamente en todas direcciones; 2) lo histórico como ejemplo histórico de aspectos teóricos; 3) lo histórico como origen histórico en la realidad de las situaciones a que se refieren los conceptos construidos (hay que aclarar que no siempre la secuencia histórica corresponde a la aparición lógica de los conceptos en la reconstrucción); y 4) lo histórico como empírico.¹⁰ Este último punto amerita una explicación más amplia.

El concepto de empiria y la importancia de éste en el conocimiento científico ha sido ampliamente reflexionado en las perspectivas no marxistas. La visión contemplativa del conocimiento permite poner en el centro del problema de la correspondencia entre teoría y realidad a lo empírico. En perspectivas como el positivismo, desde el momento en que se ve la realidad como sujeta a leyes universales y no hay un papel para el sujeto, el problema del conocimiento de esa realidad no es función de la práctica transformadora de dicha realidad sino de la contemplación verificativa del funcionamiento de la misma a través de los sentidos. En esta versión, lo empírico es lo captable a través de los sentidos y el dato empírico es en última instancia un "dato sensorizado" (por ejemplo a través del sonido o del color). En una concepción activa de la realidad y del conocimiento, el problema de lo empírico queda subordinado al de la práctica; práctica que implica ciertamente la intervención de lo empírico, pero que no se reduce a ello desde el momento en que los sujetos forman parte de la misma práctica no como simples receptores sino como modificantes de su entorno, incluyendo lo empírico. Sin embargo, el mundo de lo empírico representa un ni-

¹⁰ La metodología tradicional entiende por empírico lo observable.

vel de realidad (que no corresponde al concepto marxista de lo concreto, aunque lo concreto implique a lo empírico) que se transforma con la propia historia: al cambiar lo concreto cambiará lo concreto empírico. El problema de lo empírico puede complicarse si consideramos que la propia sensación nunca es "pura" sino que siempre está "contaminada" de conceptos y, de esta manera, las formas de "ver" el mundo a través de los sentidos también adquieren un sentido histórico y se despojan del sentido absoluto que el empirismo les ha querido imbuir.

De acuerdo con estas consideraciones, lo empírico aparece necesariamente como un nivel de realidad que siempre es construido por el sujeto de manera consciente, bajo consideraciones culturales implícitas o consideraciones teóricas explícitas. Además, el problema que se plantea en esta articulación entre teoría y empiria es el de sus posibles conexiones, considerando que entre concepto teórico y empírico hay una distinción entre niveles de realidad y que normalmente no pueden ser resueltas sus articulaciones sino por vía de una reconstrucción particular bajo los supuestos generales que hemos esbozado.¹¹

Pero *totalidad*, como articulación, puede tener un *tercer significado*: articulación entre *procesos de temporalidades diferentes* (por temporalidades debe entenderse ritmos de cambio diversos); lo cual abre la posibilidad de la aparición coyuntural de nuevas determinaciones en el proceso global, cuyas jerarquías no se avizoraban al inicio de la reconstrucción. Por ejemplo, hablando del ámbito económico, éste puede aceptar tratamientos a diferentes niveles de abstracción (estructural-coyuntural), pero, a la vez, los ritmos de cambio de cada nivel pueden ser muy diferentes.

Esto nos lleva a una *cuarta acepción de articulación*, como articulación entre ámbitos de lo social —economía, política, cultura, etc.—, donde cada uno de ellos puede implicar conceptos de diversos niveles de abstracción, relaciones particulares entre el concepto y la historia, y procesos con ritmos de cambio diferentes.

Finalmente, *totalidad* aparece como articulación que rebasa el solo nivel del pensamiento e implica *articulación entre construcción de conocimiento y praxis de los sujetos sociales*. En esta medida, las leyes marxistas y los propios conceptos son "leyes de tendencia" o virtualidad que no sólo reflejan niveles de abstracción y la posibilidad de contratendencias, sino específicamente la necesaria intervención de los sujetos en el funcionamiento y cambio de las le-

¹¹ Por ser este tema tan importante dedicaremos a él un capítulo especial relacionado con el problema de la medición.

galidades, que por otro lado tendrían que reflejar no el determinismo unívoco de los procesos sino los espacios para la acción. Sólo desde esta perspectiva puede pensarse que metodología y sociología del conocimiento pueden formar parte de un todo sin caer en el relativismo cognoscitivo. El conocimiento no sólo depende del entorno social y con ello pierde carácter absoluto, sino que el entorno social depende también de la compleja relación sujeto-acción-objeto. Con ello el marxismo se aleja del positivismo pero también del subjetivismo. Una parte de esta subjetividad es evidentemente el conocimiento, pero el eje articulador no es el pensamiento sino la acción.¹²

En suma, la totalidad aparece como articulación compleja dependiente del objeto abordado, objeto en reconstrucción conceptual y real. Pueden señalarse como ejemplos de objetos diversos los siguientes: en *El capital* predomina el contenido de la articulación como niveles conceptuales de abstracción, aunque por supuesto aparezcan otras formas de articulación. En *El 18 Brumario* la totalidad toma la forma de articulación principalmente entre procesos de temporalidades diferentes; en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, se presenta como ámbitos articulados de la realidad y la importancia de lo empírico, etc. Es decir, dependiendo del objeto, la totalidad podrá tomar formas diversas conservándose los principios con respecto a la realidad y al conocimiento que caracterizan al marxismo y lo distinguen de corrientes como el positivismo.

POTENCIALIDAD OBRERA ANTE LA CRISIS ACTUAL Y PUNTO DE PARTIDA

Decía Panzieri que el marxismo es, en primer lugar, una sociología y decir sociología es poner énfasis en las relaciones sociales que, aunque cosificadas, tienen en ellas a hombres actuantes; pero, además de una sociología, el marxismo sería para el autor una ciencia política, específicamente una *ciencia de la revolución* y el campo de la revolución no puede ser sino el del *tiempo presente*, aunque sea como simple potencialidad abstracta.¹³ Los problemas del tiempo presente imponen retos al marxismo que no pueden ser abordados como simples problemas de predicción en el sentido tradicional.

El problema de la revolución en el tiempo presente¹⁴ podría ser abordado como la definición del espacio en donde los sujetos socia-

¹² A este problema dedicaremos un capítulo acerca de la coinvestigación.

¹³ Véase capítulo anterior.

¹⁴ Como articulación entre coyuntura y estructura.

les (actuales o potenciales) podrían moverse en el sentido de llegar a conformar *una voluntad* y una *acción colectiva autónomas*. En esta versión, la táctica no es la simple operacionalización de la estrategia, sino que la táctica en su definición implica la problematización de la estrategia y la respuesta a la pregunta de si una clase puede emprender el camino de su autonomía o no en la coyuntura, sin presuponer que algún día tendría que cumplir con una misión histórica determinada. Así, en una visión totalizante de los sujetos sociales políticos las *potencialidades abstractas* tienen que ser concretadas en *potencialidades concretas* que implican una reconstrucción de la relación sujeto-objeto en la coyuntura.

En un problema del tiempo presente la reconstrucción se complica porque se trataría, más que de reconstruir teoría, de construir *potencialidades* en la realidad y esto no puede ser un problema puramente teórico. A diferencia de un problema clásico de explicación, en el tiempo presente el objeto no existe sino embrionariamente y, por tanto, su construcción será *virtual* es decir, más en el sentido potencial que como existencia en el presente. Desde el punto de vista lógico la reconstrucción puede ser emprendida como articulación entre categorías virtuales o de *niveles diversos de virtualidad*, desde las más actuales a las más virtuales, tratando de definir un espacio de acción, la *conocida posibilidad objetiva* de Lenin.

En cuanto al problema de la potencialidad de la coyuntura, en el marxismo podemos encontrar dos categorías metodológicas que dan cuenta de niveles de abstracción diversos. Primero, la de *posibilidad abstracta*, por ejemplo las potencialidades que en el modo de producción capitalista abren la contradicción capital-trabajo en general. Segundo, la potencialidad concreta (la realidad puede ser pensada por *niveles de potencialidad* que irían desde una potencialidad abstracta a lo que podríamos llamar una *potencialidad concreta*), semejante a lo que Lenin llamaría una posibilidad objetiva. Pero posibilidad objetiva y potencialidad concreta se diferencian en que la segunda no sólo implica la consideración de los elementos estructurales de la coyuntura sino también los subjetivos, y los parámetros para la acción dependen de ambos.

Una construcción virtual del sujeto en el tiempo presente presupone un asentamiento firme en el movimiento de la estructura y de la subjetividad de la clase. Este basímetro, si bien es punto de partida, no culmina la construcción sino que ésta se continúa en la misma práctica. Si se quiere partir en la construcción virtual de realidades que expresen su movimiento, es indispensable introducir desde

el principio dos criterios metodológicos que poseen trascendencia teórica:

1) La importancia de definición del *ángulo del problema* desde las primeras consideraciones. En el caso señalado, el *ángulo político de la conformación de un sujeto alternativo* —como objeto virtual— no puede ser sino básicamente el del *poder* y la *dominación*. Es decir, tanto las categorías como las relaciones conceptuales deben estar normadas por el problema del poder y de cómo llegar a constituir un poder *autónomo* respecto al *dominante*.

Si la respuesta al problema del poder viniese sólo del lado de la concientización de los sujetos acerca de su papel histórico, se caería en dos mistificaciones: primera, la asignación de este futuro a los sujetos basándose únicamente en la teoría y segundo, un determinismo estructural en cuanto a que el ser del sujeto se expresaría tarde o temprano subjetivamente y en concordancia con su situación estructural.

El problema del poder, como problema de la totalidad, tendrá que implicar de alguna manera categorías abstractas acerca de la lucha de clases y categorías concretas para el caso mexicano; en cuanto a los ámbitos de la realidad, todos ellos pueden ser analizados desde el ángulo del poder desde el momento en que la misma división disciplinaria es relativamente arbitraria o al menos no excluyente en cuanto a remitir cada relación social a la totalidad social.

2) Si bien el problema de la angulación conceptual es indispensable para apuntar al problema que interesa, no con ello se resuelve el de la *captación del movimiento* en la coyuntura. Captación del movimiento en estas circunstancias significa captación del *espacio objetivo-subjetivo para la acción*, aunque en su punto de partida sea a niveles todavía abstractos. Ante esto se puede intentar *tres tipos de soluciones* dentro del marxismo. La primera iría en el sentido de los análisis de Lenin de la coyuntura.

Esta primera solución implica la *reconstrucción virtual* a que nos hemos referido, donde la delimitación del espacio de lo posible se logra a través de la definición de las alternativas reales polares en la coyuntura. Aquí, las alternativas implican soluciones extremas dentro de las cuales el proceso real puede transcurrir. Cada una de las alternativas reales implica una construcción virtual con sus respectivas mediaciones en un proceso de lo más concreto a lo más virtual, en donde cada mediación está enmarcada por conceptos de grado diverso de virtualidad. En este proceso, la relación entre lo lógico y lo histórico se invierte con respecto a otros objetos como el de *El capital*. La línea de construcción conceptual es básicamente

lógica y la intervención de lo histórico se va "enrareciendo" a medida que se avanza de lo concreto a lo virtual.

En esta primera solución, el punto de partida es lo concreto de la coyuntura en el pensamiento, pero un concreto normado por el ángulo del poder y capaz de contener en su expresión potencialidades de desarrollo.

Esto nos lleva a la *segunda solución*, al problema de la captación del movimiento en la coyuntura. Esta solución se relaciona con el papel de la *dialéctica* en el discurso marxista. Este problema ha sido discutido sobre todo en el plano ontológico (¿es la realidad dialéctica?) y epistemológico-lógico (¿puede haber una lógica dialéctica?). Al nivel en que quedó la polémica hace diez años, el resultado fue desfavorable para la dialéctica y sus sostenedores fueron incapaces en general de pasar del nivel de la *Dialéctica de la naturaleza* de Engels. Sin embargo, el problema de fondo de la dialéctica en Marx sigue presente, es decir, la de la realidad en transformación —una realidad dada dándose—, o en nuestros términos el cómo captar lo potencial. En el fondo de esta problemática está la misma concepción de la realidad que nos permitía distinguir entre positivismo y marxismo: realidad en movimiento y en rearticulación permanente por niveles.¹⁵

Ciertamente, un primer nivel de solución ante una realidad en cambio es el planteamiento de la *totalidad abierta*, pero la sola reconstrucción permanente en el pensamiento no asegura capacidad de captar el movimiento, si es que no concebimos esta capacidad como secuencia de puntos en el tiempo. La propia estructura categorial de la reconstrucción de la totalidad debe tener la capacidad de reflejar no sólo presentes sino futuros. Pensamos que esta capacidad la cumple Marx en su uso de la dialéctica. Pero hay dos maneras de concebir la *dialéctica* categorial: como *lógica* —una lógica abstracta e independiente del objeto— y como *contradicción sustantiva* a la manera de Gramsci, contradicción no a presuponer o deducir lógicamente sino a descubrir en cada relación real y por lo tanto en los conceptos como reflejos conceptuales de aquélla. En este sentido la contradicción dialéctica no puede reducirse a que *un objeto es y no es al mismo tiempo*, sino que el objeto refleja en el concepto aspectos contradictorios a ser descubiertos y no deducidos, cuya presencia simultánea no se contrapone a su verificación por separado. La articulación entre conceptos contradictorios permite ir conformando *espacios de predominio polar* de los aspectos de la contradicción, desde los espacios abstractos hasta los más

¹⁵ Lucio Colletti, *El marxismo y Hegel*, Grijalbo, México, 1982.

concretos y la reconstrucción puede ahora ser pensada como articulación entre espacios. Es decir, el camino de lo abstracto a lo concreto en el pensamiento se convierte también en la articulación de los espacios más abstractos a los más concretos. Los límites de estos espacios de posibilidades están dados por los "extremos" de las contradicciones que se van articulando en la reconstrucción. Sólo en esta medida *El capital* de Marx no es reflejo muerto del pasado del capitalismo sino previsión de su futuro, siempre entendido como potencialidad de desarrollo a cierto nivel de abstracción.

La tercera solución al problema de la captación del movimiento está relacionada con la idea de la historia como síntesis entre base y superestructura, relación recíproca mediada por la lucha de clases, donde los sujetos también determinan la estructura de su acción. Aquí, la introducción de lo subjetivo no adopta sólo la forma de lo *subjetivo estructuralizado*, sino también de lo subjetivo que rebasa a la teorización y, sin embargo, se ve influido e influye a su vez sobre dicha teorización.

Tras esto subyace la idea de lo potencial como lo permanentemente rearticulado y en redefinición. Es decir, lo potencial como problema político de conocimiento toma principalmente la forma del proyecto impulsado por los sujetos.

En un problema como el de la conformación de voluntades colectivas en la situación de crisis actual y pensándolo como problema de construcción de un objeto virtual, el punto de partida tendría que ser el análisis de la situación concreta de la clase obrera (en su aspecto objetivo y subjetivo) que potencia o inhibe la formación de esta voluntad colectiva. Es decir, el punto de partida tiene que ser el análisis concreto de la coyuntura en cuanto a la condición material y subjetiva de la clase obrera, así como de las relaciones entre estas dos caras del proletariado.

Cuatro niveles problemáticos se plantean por tanto: "reflejo" de las condiciones de la clase; "reflejo" de estas condiciones desde el ángulo de la autonomía y la lucha de clases; "reflejo" en tanto captación de tendencias; y finalmente, articulación con la práctica en la definición de un proyecto viable.

LA DESCRIPCIÓN ARTICULADA DE H. ZEMELMAN¹⁶

Abordar metodológicamente el problema del tiempo presente im-

¹⁶ Este apartado está basado en el ensayo de H. Zemelman y Alicia Martínez. "Conocimientos y sujetos sociales", El Colegio de México, (mimeo), 1984.

plica explicitar el concepto de realidad que se maneja. Definir un concepto de realidad permite aclarar cuál es el tipo de recorte del tiempo presente que se tendrá que realizar.

Uno de los *primeros supuestos* de realidad a considerar es el de movimiento; movimiento en el tiempo y en el espacio significa en primer lugar la no constancia de dichos procesos y, además, la posibilidad de que esta realidad sea analizada como articulación de procesos de ritmos de cambio temporales y espaciales diversos. Si atendemos al tiempo, podemos reconocer procesos que se desenvuelven en el largo plazo (estructurales, por ejemplo) o en el corto plazo (coyunturales). Desde el punto de vista de su variación espacial podemos hablar de procesos microsociales o macrosociales.

Por otra parte, desde el punto de vista del supuesto de movimiento y de la exigencia de captación de tendencias, los conceptos que hacen referencia a los diferentes niveles de transformación pueden ser conceptos de resultado (conceptos que simplemente reflejan situaciones dadas) o conceptos de proceso (conceptos que reflejan lo dado y lo dándose).

Además, el supuesto movimiento permite plantear una metodología que implique un uso no deductivo de la teoría. La necesidad de captar el movimiento específico impone el cuestionamiento conceptual permanente, su rearticulación en búsqueda de lo específico y la determinación de jerarquías y relaciones no necesariamente contempladas por la teoría general.

Esto lleva al *segundo supuesto* de realidad a considerar, el de la realidad como articulación. La categoría epistemológica que da cuenta de esta segunda exigencia es la de la totalidad concreta. *Totalidad concreta*, en un nivel más metodológico, implica la idea de que los procesos en la realidad no se dan aislados, sino que entre ellos hay relaciones necesarias que hay que descubrir. La historia del conocimiento ha clasificado los procesos sociales en grandes *áreas temáticas* (económicas, políticas, etc.), a las que habrá que encontrar sus puntos de articulación. Cada *área temática* pertinente al problema quedará definida a partir de los conceptos que en búsqueda de angulación con el problema permitan describir el área, en un primer momento, y a la vez, abran la posibilidad de establecer las relaciones posibles entre conceptos del área respectiva y entre áreas. A estos conceptos de mediación entre áreas les llamaremos *conceptos de articulación*. El supuesto de la articulación implica metodológicamente la búsqueda de las áreas de la realidad pertinentes al problema y de los conceptos ordenadores de cada una de las áreas, para luego buscar las relaciones posibles y articulaciones concep-

tuales. Articulación compleja presupone también que los conceptos pertinentes serán de niveles muy diversos.

Un *tercer supuesto* de realidad es el de *direccionalidad*, es decir, que el tiempo presente implica la definición del espacio donde los sujetos pueden accionar con viabilidad; sin embargo, siendo el proceso resultante de la articulación entre objetivo y subjetivo, la dirección del mismo no es unívoca pero sí con tendencia a una determinada dirección, definible en el tiempo presente pero variable en el futuro desde el momento en que la historia puede verse como articulación de coyunturas y éstas como espacios relativamente abiertos a la acción de los sujetos.

El reconocer la direccionalidad de un proceso es definir las opciones para los sujetos. Este concepto del tiempo presente impone peculiaridades al mismo como problema de conocimiento que lo distinguen de otro de carácter explicativo. En el tiempo presente no se trata de explicar el hecho acaecido, sino de definir posibles desarrollos.

Si se parte de que la realidad está en movimiento, es articulada y tiene una direccionalidad relativamente abierta, la forma del razonamiento que permita crear conocimiento a partir de estos supuestos tendrá que ser coherente con ellos. El razonamiento que busque captar lo dado-dándose tendrá, en primer lugar, que garantizar la apertura del pensamiento a lo real objetivo. Esto implica abrir la teoría de la realidad, poner en suspenso sus proposiciones y hacer un *uso de los conceptos teóricos en forma no positiva*. Todo esto significa privilegiar la función de reconstrucción con respecto a la aplicación de los modelos teóricos.

Una *segunda función* del razonamiento dialéctico tendría que tener el papel de limitar los condicionamientos de las teorías y las ideologías, problematizándolas. Desde el punto de vista de la teoría, esta función del razonamiento implica hacer un *uso crítico de la teoría*, lo cual implica suspender las relaciones y jerarquías entre conceptos. Evidentemente no se trata de un *camino hipotético* de relación con la realidad sino de un proceso que, problematizando y especificando, reconstruye las relaciones conceptuales y sus jerarquías.

La *tercera función* del razonamiento dialéctico es la *reconstrucción articulada*. Esta consiste en la construcción del conocimiento específico. Lo específico implica tanto la función de apertura como de problematización.

Las exigencias de razonamiento basadas en el concepto de realidad enunciado permiten hacer una propuesta de método de *reconstrucción del espacio de lo posible en el tiempo presente*.

Los grandes momentos de este método, que llamaremos de la descripción articulada, serán:

1. La definición del problema y del ángulo del mismo.
2. La selección de grandes áreas problemáticas referidas al problema.
3. La selección de conceptos ordenadores de cada área.
4. La búsqueda de puntos de articulación y relaciones posibles entre los conceptos.
5. La descripción articulada.
6. La definición de las opciones teóricas, el espacio y lo posible.

1. El problema y la problematización

El *problema eje* norma todos los pasos de la reconstrucción articulada. Inicialmente este problema puede responder en su definición a demandas sociales, fenómenos empíricos o formulaciones teóricas. La función del problema eje es la de ser el núcleo alrededor del cual transcurre la reconstrucción articulada. Por una parte, debe vincular los aspectos teóricos con los intereses de los sujetos sociales en el sentido práctico. Por otra, el problema cumple la función de criterio inicial para la selección de dichas áreas. Pero no basta con definir el problema si no se destaca cuál es el *ángulo* del mismo que interesa privilegiar en toda la reconstrucción y los aspectos prácticos de la resultante.

Dentro del razonamiento de apertura ante la realidad, lo anterior repercute sobre el mismo problema, haciéndolo cambiante y privilegiando *sobre la definición del problema la problematización del mismo*. Problematizar es cuestionar y reformular, y a la vez, búsqueda permanente de relaciones posibles, no obstante que el proceso reconstructivo sea también de especificación creciente de dichas relaciones.

2. Definición de áreas de la realidad relacionadas con el problema

El problema eje permite pensar, en un primer momento, cuáles áreas de lo real podrían ser pertinentes al problema y el ángulo que interesa. Por área tendríamos que entender un espacio de relaciones sociales abarcadas por alguna disciplina.¹⁷ Las áreas en general no tendrían por qué ser disciplinarias, pero como se parte de conceptos

¹⁷ En la definición de las áreas problemáticas no hemos atendido a este criterio, sino a los espacios de la experiencia obrera que pueden repercutir sobre la conciencia y la determinación a la acción con el ángulo del conflicto.

acuñados por las disciplinas tendremos que pensar en partir de cierto nivel de acumulación de conceptos, aunque estos no vayan a ser utilizados teóricamente. Dentro de las áreas problemáticas habría que distinguir *niveles*, en el sentido de niveles de abstracción, pero también desde el punto de vista de diferencias temporales y espaciales, macrosociales y microsociales.

3. La selección de conceptos ordenadores

Los conceptos ordenadores tienen una función de búsqueda de relaciones posibles, lo cual implica su *desarticulación* a partir de los corpus teóricos de los que provienen. *Este uso no teórico del concepto* tendrá un primer papel descriptivo en la siguiente etapa, la *descripción desarticulada*, pero principalmente será una función heurística desde el momento en que se buscan relaciones posibles desde la desarticulación conceptual.

En la selección de los conceptos ordenadores del nivel de cada área, es necesario hacer una lectura problematizadora del concepto, tanto en su contenido como en sus relaciones y jerarquías con otros conceptos. En el proceso de búsqueda de relaciones posibles, los conceptos ordenadores tendrán como primera función el permitir *describir el universo empírico del área y el nivel respectivo*, siempre en un doble juego entre problematización y búsqueda de relaciones. Es decir, se trata de privilegiar la búsqueda de relaciones posibles entre conceptos con respecto a su función explicativa vía hipótesis. La desarticulación inicial de los conceptos implica el reconocimiento de que entre los diferentes niveles conceptuales pueden darse *relaciones de inclusividad* que no son relaciones únicamente deductivas entre los conceptos.

El criterio de *inclusividad* puede ser un primer criterio de selección de conceptos ordenadores. Si se piensa que entre niveles hay una diferencia en cuanto a especificación, diferencia que podrá existir entre conceptos ordenadores. Si se piensa que entre niveles hay una diferencia en cuanto a especificación, luego entre conceptos de niveles diferentes hay una especificación creciente, sin que entre estos conceptos se establezcan relaciones hipotéticas. Un segundo criterio de selección es el de *lectura articulada*, consistente en la búsqueda de una doble lectura de la misma realidad a través de conceptos de diversos niveles.

4. La búsqueda de relaciones posibles y puntos de articulación

La definición de conceptos ordenadores a cada área y nivel llevará

a una primera *descripción desarticulada*, momento de traducción de los conceptos ordenadores en *indicadores empíricos*, cuya función *no es la verificación* del concepto sino la reafirmación o el descubrimiento de nuevas relaciones entre los conceptos. Esta descripción desarticulada permite definir al *concepto base* del área respectiva que mejor da cuenta del universo de observación de dicha área. El concepto base permite dar sentido a los otros conceptos ordenadores del área. Por otra parte, *el concepto base permitirá definir relaciones* con conceptos de otras áreas para convertirse así en un concepto de articulación.

Un problema que está presente en la descripción articulada es el de la *traducción* de los conceptos teóricos en *observables*, en *indicadores empíricos*. En la construcción de dato empírico deben tenerse en cuenta las siguientes consideraciones: primera, se trata de una relación de inclusividad que presupone la función de *mediación* a través de otros conceptos. Segunda, que el *dato* empírico siempre es *construido* y nunca tiene un significado unívoco, sino que sólo adquiere sentido de acuerdo al problema, ángulo, etc. Tercera, que la definición del significado concreto del dato pasa por la determinación del *contexto de su construcción* en la realidad.

La descripción desarticulada debe llevar a definir puntos de articulación entre las áreas y a especificar relaciones posibles entre los conceptos.

5. La descripción articulada

La definición de relaciones entre los conceptos y las áreas se da a través de *conceptos de articulación* o de mediación entre las áreas y niveles, comenzando a aparecer así relaciones conceptuales propiamente dichas. Este proceso lleva a la posibilidad de redefinir conceptos y relaciones posibles, lo cual se reafirma a través de un nuevo acercamiento al mundo empírico mediante una *descripción articulada*.

En un problema del tiempo presente, la descripción articulada no puede ser sino una descripción del dado-dándose y punto de partida de la *construcción del objeto virtual* que configura la delimitación del espacio de posibilidades para los sujetos. Es decir, la *función de la descripción articulada*, en tanto definición de relaciones conceptuales, es la de ser el basamento de conocimiento de la realidad como realidad dada, pero a la vez tiene direccionalidad. Sin embargo, la sola definición de lo dado y su potencialidad inmediata no agota la definición del espacio de lo posible sino que éste se recupera cuando se ha reconstruido el objeto virtual que permite definir

un proyecto de transformación, proyecto que si no se da en consonancia con los sujetos se puede volver una perspectiva teórica sin la necesaria conexión con la práctica. Es decir, objeto virtual que contendrá ya un componente de voluntad.

6. La construcción del objeto virtual

La construcción tendrá que ser producto de la articulación por niveles de existencia en la realidad (potencialidades de lo concreto a lo abstracto) de categorías que expresen relaciones probables. Las relaciones entre dichas categorías, partiendo de las presentes en la realidad, son principalmente en un sentido lógico, pero derivadas de las potencialidades de la más objetiva a la más abstracta. La contradicción principal, en un sentido concreto, permite definir las grandes líneas de posibles desarrollos del proceso; a partir de esta delimitación inicial del espacio de lo posible, se tendrían que generar nuevas categorías que irían perdiendo en concreción y ganando en voluntad. El punto culminante de la construcción del espacio de lo posible se alcanza cuando en la última categoría se sintetizan las contradicciones de las anteriores y se abre la posibilidad de un viraje en la dirección del proceso.

4. ÁREAS DE LA EXPERIENCIA OBRERA

El problema que interesa desentrañar es la potencialidad y la forma que, en la coyuntura actual, podría adquirir la constitución de una voluntad colectiva autónoma en la clase obrera mexicana. La definición del problema impone la necesidad de explicitar el *ángulo de análisis*. Este ángulo será el *ángulo del conflicto* entre el capital y el trabajo y la posibilidad de que la clase obrera *resista* eficientemente a las estrategias empresariales de explotación y dominación.

El proceso que lleva al cambio en las formas de explotación y de dominación en una crisis como la actual es función de la estrategia empresarial de salida a la crisis, pero también de la intensidad y forma de la resistencia obrera. El proceso de reestructuración productiva se desarrolla en forma contradictoria: por un lado, puede presuponer cambios en las formas de explotación (formas que se hacen obsoletas y formas nuevas que tienden a ser dominantes); por otro, modalidades nuevas del capital para imponer su dominio en el proceso de trabajo que hacen desaparecer antiguas capacidades de resistencia obrera y hacen propiciar otras, no importantes en las anteriores formas productivas. El carácter contradictorio del proceso tendrá que reflejarse al nivel de los conceptos ordenadores del área de proceso de trabajo, es decir, el concepto ordenador tendrá que ser un concepto que contemple tanto tendencias positivas como negativas para el proletariado, en un posible camino de constitución de su autonomía, sin presuponer que ésta tendrá que avanzar necesariamente en la actual coyuntura.

Siguiendo a Gramsci, la generación de las voluntades colectivas está relacionada, por un lado, con la *experiencia social y productiva* y, por el otro, con el *papel de los intelectuales* en la conformación de una nueva cultura.

La experiencia social y productiva, así como el papel de los intelectuales, apuntan hacia diversos espacios de la experiencia concreta de una clase y diversas determinaciones de aquellas voluntades colectivas relacionadas con las experiencias de clase. Los grandes

espacios de la experiencia de clase no son sino los de la reproducción de la misma en el sentido más pleno del término, es decir, no reducido a la experiencia ni a la reproducción materiales, desde el momento en que el concepto de clase en un sentido totalizante —no reductivo— tiene forzosamente que incluir la reproducción de su propia subjetividad.

En la coyuntura actual, podríamos dividir los espacios de experiencia y reproducción de la clase obrera en México en *tres grandes áreas*: primero, el área de la reproducción de la clase obrera en relación directa con el capital, donde el obrero no sólo vende fuerza de trabajo al capital y se pone bajo su dirección en el *proceso de trabajo*, sino que al entrar en relación con dicho capital reproduce con ello la relación de producción que caracteriza al capitalismo. Al reproducirse cotidianamente la relación entre el capital y el trabajo, la clase obrera se reproduce como tal y resucita día con día en la actividad cotidiana de la fábrica.

Pero la clase obrera —teniendo como núcleo de su reproducción la relación que entabla con el capital— también participa en todo un gran espacio externo a la fábrica relacionado principalmente con su *vida cotidiana*: es el ámbito de la vida familiar, de la existencia en una comunidad, en un territorio, del tiempo libre, etc. En este espacio, la clase obrera también se reproduce como tal, como clase obrera concreta; es decir, dicho espacio de la *reproducción social de la fuerza de trabajo* contribuye también a moldear los rasgos concretos de una clase obrera concreta.

Aunque en la reproducción de la clase los espacios del proceso de trabajo y de la reproducción externa son fundamentales, éstos no agotan todos los ámbitos de la experiencia obrera. En la definición de otras áreas de experiencia no debe seguirse el camino puramente lógico sino que el esfuerzo debe pasar por algunas consideraciones específicas acerca de la clase obrera en México: primero, que es una clase que no milita en forma masiva en los partidos políticos de manera efectiva y en esta medida la definición de un área de experiencia política podría no justificarse. Segundo, que la mayoría de la clase obrera no pertenece a sindicatos y, por lo tanto, para esta mayoría tampoco tiene sentido un área de experiencia sindical. Sin embargo, si queremos poner la atención en un sector de la clase obrera, la de la gran industria, que sí pertenece a sindicatos, tendríamos que pensar que la *experiencia sindical* puede constituirse en un área más a considerar de las experiencias de la clase obrera.

En el marco de las consideraciones anteriores, un subespacio de las experiencias de la clase obrera y de la reproducción de la misma es el de la *experiencia de trabajo*. Este espacio remite por lo pronto al concepto abstracto de *relaciones sociales de producción*, entendidas como "las relaciones que los hombres establecen en el proceso social de producción de su existencia". Un aspecto específico de dichas relaciones son las actividades entabladas en torno a la actividad productiva inmediata. Pero el *proceso de producción* capitalista aparece en dos formas indisolublemente unidas: por un lado, es *proceso de valorización*, de generación de valor, de explotación y, por el otro, es *proceso de trabajo*.

Las relaciones sociales de producción en el proceso de trabajo capitalista implican: a) una determinada división técnica del trabajo; b) una forma de apropiación de las fuerzas productivas; y c) una determinada forma de apropiación del producto. Estas mismas relaciones en el proceso de trabajo pueden ser analizadas en tanto relaciones del *obrero* con los *medios de producción*, con la *dirección de la empresa* a través de la estructura jerárquica de la misma y con los demás *obreros*.

La función de explotación del capital toma la forma de *dominación* del capital sobre el obrero en el proceso de trabajo. La función de dominación puede ser especificada a través de dos categorías que provienen de la ciencia política: *hegemonía*, en tanto obtención de un consenso para la dirección de la empresa entre los obreros, y *poder*, en tanto coerción, que no implica aceptación ni consenso del obrero a la capacidad y necesidad de la dirección empresarial. La realidad de la relación de dominación capitalista en el proceso de trabajo se desenvuelve en la dualidad entre el consenso y la coerción, entre la imposición autoritaria y el sometimiento hegemónico. Tanto consenso como coerción empresarial en el proceso de trabajo remiten a un concepto y a una necesidad del capital para cumplir su función en la acumulación: el *control sobre el proceso de trabajo*. En cierta medida, la posibilidad del enfrentamiento del capital con el trabajo en el proceso de trabajo se desenvuelve en torno a la lucha por el control del proceso de trabajo y la resistencia obrera a la explotación es la forma que adquiere desde el lado obrero dicha lucha.

El control sobre el proceso de trabajo remite a conceptos más abstractos: *subsunción real y formal* del trabajo al capital. Subsunción formal en tanto subordinación genérica del trabajo al capital y la posibilidad de una autonomía parcial del obrero en el proceso

Area: Proceso de producción (PP)

Angulo: Conflicto y resistencia obrera

Coyuntura: Reestructuración productiva

<p>Concepto base: explotación Concepto proceso: forma y nivel de explotación</p> <ul style="list-style-type: none">— Jornada de trabajo— Intensidad— Productividad— Salario y prestaciones	<p>Subordinación</p> <ul style="list-style-type: none">— Subordinación obrero a la máquina:<ul style="list-style-type: none">parcializaciónsimplificaciónrutinización— Pérdida del conocimiento:<ul style="list-style-type: none">monotoníacontrol— Organización del trabajo<ul style="list-style-type: none">a) <i>Ambiente de trabajo</i>b) Actividadesc) Nivel y forma de supervisión<i>Estructura de poder. Jerarquías</i><ul style="list-style-type: none">Paternalismo-autoritarismoHegemonía-autonomía— Trabajo aislado-en equipo— Competencia-solidaridad
<p>Concepto base: descalificación Concepto proceso: Composición técnica</p> <ul style="list-style-type: none">— Obrero-Medios de producción	<p>Obrero-Dirección</p> <ul style="list-style-type: none">— Obrero-Obrero
<p>Conflicto en el proceso de trabajo: Experiencia y memoria histórica. Salud y seguridad. Formas de resistencia y lucha en el proceso de trabajo.</p>	

Valorización →

Proceso de producción

Trabajo →

Puntos iniciales de articulación con otras áreas:

PP—Sindical:

Reglamentación y negociación relacionadas con la explotación y el control del proceso de trabajo

PP—Empresa:

Explotación - finanzas de la empresa
Resistencia obrera - reestructuración productiva

PP—Reproducción externa:

Solidaridad en el proceso de trabajo:
Homogeneidad
Heterogeneidad social

Hegemonía empresarial
Capacidad de resistencia

de trabajo; ausencia de subordinación total del propio proceso de trabajo al capital. Subsunción real en tanto dominio del capital sobre el proceso de trabajo, no sólo al colocarse el obrero bajo el mando del capital durante la jornada de trabajo, sino subordinando materialmente el proceso de trabajo al capital; específicamente, subordinación directa del obrero a una parte del capital constante, a la máquina.

Detrás del concepto de subsunción está el problema del control sobre el proceso de trabajo y sobre los tiempos de producción. El proceso histórico que lleva al predominio de la subsunción total en tanto formal y real es también el de las luchas entre el capital y el trabajo dentro y fuera del proceso de trabajo. En esta medida las reestructuraciones productivas son consecuencia en parte de la necesidad del capital de vencer capacidades de resistencia objetivas (potenciadas por las características de los procesos de trabajo) y subjetivas (apropiación del conocimiento de las operaciones productivas, memoria y experiencia histórica acumuladas) de la clase obrera. Clase obrera que al nivel de análisis del proceso de producción (como valorización y trabajo) no aparece homogénea. Aunque la clase obrera en el nivel de abstracción señalado no sea homogénea, es posible identificar la *figura obrera* con mayores potencialidades hegemónicas: tanto desde el punto de vista de sus capacidades objetivas de resistencia al capital, como de la forma histórica en que dicha clase se ha constituido en concreto y en relación con otras clases subordinadas. Las diferentes figuras obreras poseen diferentes capacidades de resistencia al capital y diferentes potencialidades hegemónicas.

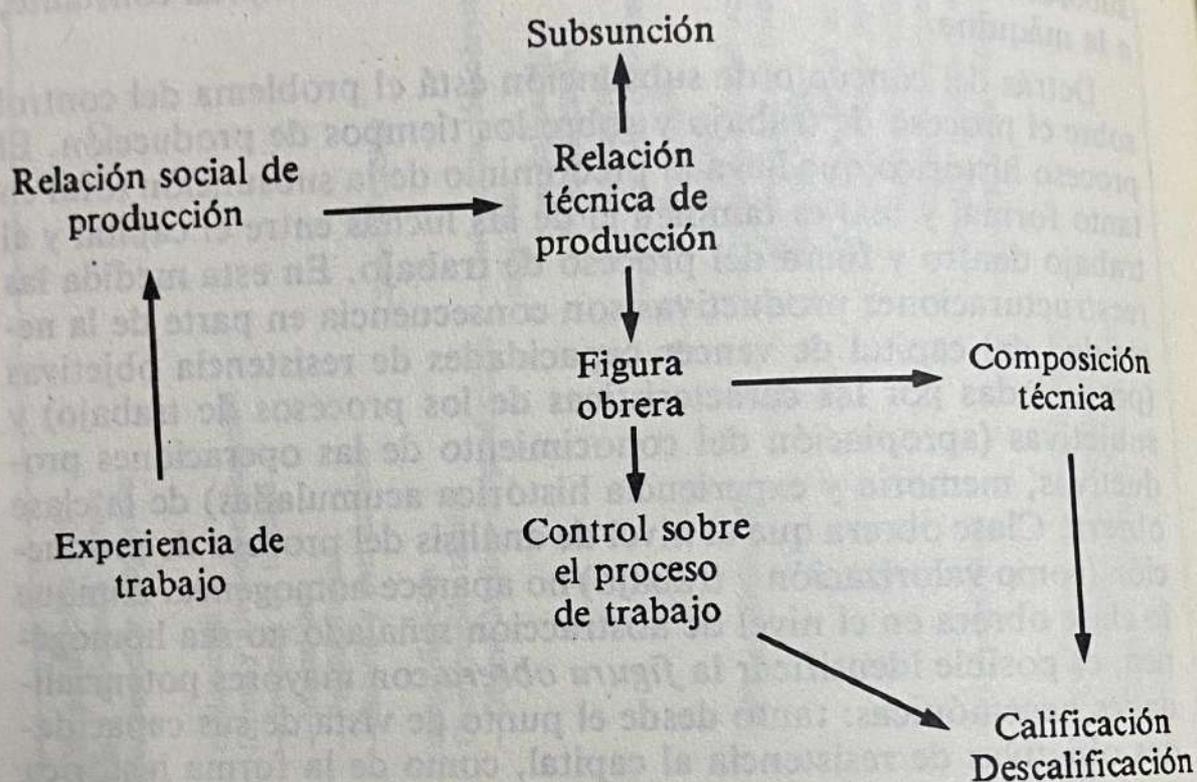
La heterogeneidad obrera al nivel del proceso de trabajo y la existencia de diversas figuras obreras coexistiendo al mismo tiempo en espacios fabriles diferentes lleva al concepto de *composición de clase*. Es decir, una coyuntura productiva determinada no sólo se caracterizaría por el predominio (con el ángulo de capacidad de beligerancia contra el capital) de una figura obrera sino, en términos más generales, de una composición de clase.

Cuando el concepto de composición de clase lo remitimos al nivel del proceso de trabajo y específicamente relacionándolo con las determinantes que le imponen los procesos de trabajo, tenemos que hablar de la *composición técnica* de la clase.

Recapitulando, una forma de concretizar el concepto de relación social de producción al nivel de fábrica es a través del concepto de composición técnica, puesto que composición técnica significa una distribución de la clase obrera de acuerdo a: a) su capacidad de con-

trol sobre el proceso de trabajo y, por lo tanto, b) su capacidad de resistirse al capital en el ámbito de la producción.

Gráficamente podríamos resumir el razonamiento seguido hasta aquí de la siguiente manera:



Históricamente, dice Coriat, la figura del obrero de oficio es dominante en la manufactura y ésta se caracteriza por el control del obrero sobre su proceso de trabajo. Dicho control se basaba en el monopolio del obrero sobre el conocimiento de la actividad productiva, conocimiento no fundado en una ciencia sino en la experiencia. Además, siendo la producción manufacturera una producción no de masa ni estandarizada, no hay una clara diferenciación entre concepción y ejecución. Lo parcial de la subordinación del obrero al capital se manifestará en el control que tiene el obrero sobre sus tiempos de producción y en la dependencia que las características del producto y la calidad de la mercancía tienen respecto de las habilidades del trabajador. La existencia del obrero de oficio está ligada a formas de organización del trabajo en que la ejecución no ha sido disociada de la planeación y el control. El obrero tampoco se subordina a la máquina, y en esta medida la subordinación del trabajo al capital y la dominación del capital sobre el trabajo no adquieren su expresión total.

La competencia capitalista y la capacidad de resistencia del obrero de oficio llevaron a una reestructuración de los métodos de producción (taylorización y fordización): a la destrucción del oficio; destrucción entendida como descalificación. En este sentido, el concepto de *descalificación* no sólo es parcialización de tareas o pérdida de conocimiento de la operación por parte del obrero, sino globalmente pérdida del control sobre el proceso de trabajo. Las vías históricas de la descalificación han sido principalmente: la *taylorización* (disociación entre concepción y ejecución que implica pérdida del control del obrero sobre el tiempo de producción) y la *fordización* (subordinación de la ejecución y ritmos del trabajo a la máquina). La descalificación implica transformación de la forma de la relación social de producción al nivel del proceso de trabajo: en tanto mayor subordinación del trabajo al capital, mayor control del capital sobre el proceso de trabajo. Esta primera consideración se traduce en una pérdida de autonomía del obrero en el proceso de trabajo y una pérdida o transformación del conocimiento del obrero sobre el trabajo (una posible transformación del saber obrero puede ser el paso de un saber práctico a un saber científico, producto de una ciencia *independiente del obrero*).

El concepto de calificación con el ángulo de la autonomía obrera en el proceso de trabajo implica destacar determinadas relaciones del obrero con los medios de producción (autonomía o subordinación del obrero con respecto a la máquina); con la dirección de la empresa (nivel de disociación entre planeación, ejecución y control); y con otros obreros (trabajo aislado o en grupo); relaciones de competencia entre los obreros o de solidaridad relacionadas inicialmente con determinada organización del trabajo.

En este contexto, el concepto de *calificación-descalificación* sintetiza y sirve de *concepto base* al área de proceso de trabajo, con la problemática de la autonomía obrera y el ángulo de contradicción capital-trabajo en el proceso de trabajo por el control del mismo. Calificación-descalificación es síntesis pero también concreción de la contradicción capital trabajo en el proceso de trabajo y, a la vez, mediación con respecto al nivel de la valorización del capital, de la explotación. Es decir, el cambio de las formas de explotación pasa por el interés de vencer las resistencias obreras en el proceso de trabajo, de la pérdida de autonomía, de la subordinación creciente, de la descalificación (al menos como estrategia del capital que, dependiendo de la lucha de clases, podrá seguir o no dicha tendencia).

El concepto de calificación se relaciona con el de *organización del trabajo*, entendida como la forma de combinar hombres y me-

dios de producción en el proceso de trabajo. Subespacios de la organización del trabajo son: *organización del ambiente de trabajo*; *organización de las operaciones*; y *organización de las relaciones sociales en el lugar del trabajo*.

Calificación-descalificación hace referencia también a la tecnología. Al decir de Coriat, la tecnología no es sino la aplicación de la ciencia a los procesos productivos y en esta forma la tecnología no sólo se relaciona con el maquinismo sino también con la aplicación de la ciencia a la organización del trabajo en el sentido más amplio.

Calificación, organización del trabajo y tecnología engarzan con el problema del carácter del conocimiento obrero sobre el proceso de trabajo y, por lo tanto, de la dependencia del trabajo de dicho conocimiento. Históricamente el carácter de dicho conocimiento ha cambiado; la novedad que introduce la revolución científico-técnica actual es la intensificación de la aplicación de la ciencia a la producción. Con ello, el conocimiento sobre el proceso de trabajo tiende a convertirse en conocimiento científico que muchas veces precede a la práctica productiva. Es probable que el concepto de calificación, en cuanto a conocimiento obrero sobre el proceso de trabajo, no se agote en la estrategia taylorística de la disociación radical entre concepción y ejecución. En otras palabras, el concepto de calificación debe ser historizado (como todos los otros conceptos ordenadores) y llenado de nuevos contenidos.

El concepto de calificación-descalificación en el sentido antes expuesto, permite organizar el espacio del área del proceso de trabajo con el ángulo de la resistencia y, a la vez, abre la posibilidad de relaciones conceptuales con otras de las áreas consideradas.

Por un lado, *calificación-descalificación* se relaciona con contradicción capital trabajo y con conflicto, ambos relacionados con la necesidad de *explotación* por parte del capital. Explotación que en sus formas concretas puede reconocer articulaciones con aspectos relacionados con la calificación: prolongación de la jornada con resistencia o con organización del trabajo; intensidad con taylorización o fordización; productividad con la transformación del carácter del conocimiento, etcétera.

La *calificación* entendida también en el sentido subjetivo como carácter del conocimiento se puede ver relacionada con el área de la *reproducción externa*. Reproducción externa y proceso de trabajo pudiesen verse mediadas por el *mercado de trabajo*, en tanto conformación de una fuerza de trabajo con determinadas características, dependientes no sólo de los programas de capacitación y entrenamiento de las empresas, sino también del sistema educativo

y de toda una serie de medios informales de constitución de una racionalidad y disposición a la disciplina y al respeto a la jerarquía que conforman un extenso espacio educativo no reducido a la educación formal. Espacio que hunde sus raíces sobre todo en el área de la reproducción externa que no es sino la de las relaciones sociales en el sentido más amplio con el ángulo de la dominación de clase.

Lucha por el *control del proceso de trabajo y explotación* pueden verse relacionadas con *experiencias colectivas* de tipo *sindical*, en tanto resistencia obrera colectiva a la descalificación y a la explotación.

Finalmente, la experiencia del trabajo puede verse relacionada con formas de *percibir la experiencia del trabajo* y las *relaciones obrero-patronales* (dentro de la dualidad hegemonía patronal y poder del capital). Estas percepciones, a su vez, pueden formar parte, en relación compleja con otras experiencias y percepciones, de una visión del mundo. La visión del mundo con el ángulo de la autonomía puede moverse en la contradicción entre *cultura dominante* y su eficiencia con respecto a una *contracultura* —rasgos culturales que siendo subordinados a la cultura dominante pueden ser el embrión de una alternativa cultural o manifestación de una tensión molecular que no ha logrado cristalizar en fenómenos colectivos. Aunque visión del mundo se convierte en fundamental para pensar el concepto de autonomía no por ello lo agota, desde el momento que la acción autónoma no es consecuencia única de la *visión del mundo autónoma* sino también de toda una serie de *mecanismos culturales inconscientes*, no necesariamente racionalizados por la clase, pero que pueden contribuir al *acto volitivo* de enfrentarse al capital. Al esquema simplista que plantea que la *conciencia produce acción* tendríamos que oponer el punto de vista complejo que habla que la clase llega a conformar su autonomía como forma de acción principalmente y que a ello se llega por una interacción entre visiones del mundo y voliciones relacionadas con su experiencia individual y colectiva y con la transformación de los campos de experiencia principales a *nivel individual* en otros *colectivos*.

ÁREA DE RELACIONES SINDICALES

La Revolución mexicana, al dar origen a una nueva forma de Estado, planteó una redefinición de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política. La sociedad política del Estado liberal clásico es la sociedad de los asuntos públicos de los ciudadanos, en tanto que la sociedad civil es la de los asuntos privados. Con el Estado

de la Revolución mexicana, la irrupción de las clases subordinadas a la palestra pública impone una redefinición de lo político y lo civil, así como de sus respectivas relaciones. En la sociedad civil irán predominando lo que Gramsci llama las *organizaciones civiles*, *organizaciones que dejan de ser puramente civiles para convertirse en organizaciones civiles politizadas*, ampliándose con ello la propia esfera de lo político.

La propia lucha y la guerra de clases imprimió al final del conflicto armado un sello no privado a las "organizaciones civiles", convirtiéndolas en organizaciones de clases sociales, que como tales participarían en la vida pública. Es decir, lo político dejó de ser monopolio de los propietarios y se convirtió en escenario de la lucha de clases. La sociedad política ya no fue el coto cerrado del bloque dominante (de ahí la clásica identificación entre Estado y sociedad política) al tomar carta de naturalización la lucha de clases.

En esta *sociedad política ampliada*, interpenetrada e interpenetrable por lo civil, los sujetos fundamentales dejan de ser los ciudadanos y su lugar lo ocupan las clases sociales organizadas y más concretamente sus organizaciones.

La novedad que inaugura el Estado de la Revolución mexicana se sintetiza en la legalización de las clases subordinadas (obreros y campesinos), así como en el reconocimiento por parte de ese Estado de la existencia del conflicto interclasista. Conflicto que en la Constitución de 1917 se reconoce derivado de una "condición social" consubstancial a las relaciones sociales imperantes.

La irrupción de lo político en lo civil en el Estado de la Revolución mexicana, adoptará dos formas principales: la politización de las organizaciones de las clases subordinadas y la intervención del Estado en la economía. Estas dos dimensiones tienen, a su vez, puntos de articulación: el Estado interventor en la economía no sólo es palanca y regulador del desarrollo económico, sino que también el gasto gubernamental es garantía de orden social y legitimidad.

En el México postrevolucionario la modernidad de la forma estatal presenta un adelanto evidente con respecto al régimen de acumulación de capital y a la relativa debilidad de la clase obrera. Así, la conformación de un auténtico *Estado social* resulta incompleta y, por tanto, la institucionalización del conflicto interclasista también.

La preminencia de la instancia estatal en el proceso social, los imperativos de la acumulación del capital y la debilidad obrera para ofrecer un proyecto viable de transformación social se sintetizan en la estatización de los sujetos políticos a través del partido de la Re-

volución mexicana. Arnaldo Córdova ha llamado a este rasgo de las relaciones entre el Estado y movimientos sociales en México el *corporativismo*, asentando con ello que: 1) los nuevos sujetos políticos son las organizaciones, y 2) el control estatal de la sociedad se da a través de dichas organizaciones.

Desde los años cuarenta el sindicato corporativo mexicano ha ido transformando y definiendo su función. Esa década fue de acumulación acelerada del capital, acumulación basada en la reducción del salario real de los trabajadores. Son años de crisis del naciente *sindicalismo corporativo*. Esta etapa finaliza a principios de los cincuenta con la derrota de la vieja clase obrera y la entronización del charrismo. A partir de este momento, el charrismo, que nace de la derrota de la oposición de izquierda sindical de finales de los cuarenta, cambia su papel de un sindicato político que sólo garantiza salario y empleo a la fracción más recientemente campesina del proletariado, por el de un *sindicato* más acabado, *de la circulación*. Es decir, un sindicato que en el desarrollo compartido interviene en la regulación de una parte del mercado de trabajo, el de la clase obrera sindicalizada (alrededor del 25% de los asalariados), en el aspecto ocupación y salario; aunque en el aspecto del precio de la fuerza de trabajo, su función reguladora rebasa a los sindicalizados e impacta al conjunto de los asalariados desde el momento en que el espacio específico de su acción es el de la negociación de la política estatal referida a la clase obrera. Comprendiendo en esto *la política salarial* (fijación de salarios mínimos que son parámetros para las negociaciones contractuales), así como el ámbito de la *política social* del Estado y de la reglamentación jurídica de las relaciones obrero-patronales.

Con la crisis de principios de los sesenta se inician las dificultades de este tipo de sindicato. Sindicato de mediación entre una parte de la clase obrera y el capital en el ámbito del mercado de trabajo, con la peculiaridad de que esta mediación se da principalmente a través de las instancias estatales.¹ Durante el régimen de Echeverría las dificultades que encuentra la valorización del capital cuestionan esa capacidad mediadora del sindicato e incluso del propio Estado. Sólo a costa de grandes conflictos entre Estado, empresarios y clase obrera se mantiene el nivel del salario real en el último

¹ En la mediación estatal de las relaciones sindicato-empresa y las dificultades para que éstas se desarrollen en un ambiente plural, posiblemente se encuentre la especial conformación del mercado de trabajo, con un enorme ejército de reserva que pone en evidente desventaja en la negociación con el capital al sindicato no estatuizado.

año del régimen de Echeverría, recurriéndose al mecanismo de los salarios de emergencia en varias ocasiones. Las dificultades del sindicato charro van aparejadas al nacimiento de la "insurgencia sindical"; ésta, a pesar de cuestionar la verticalidad y el centralismo del sindicalismo charro, no logra conformar una alternativa clasista que vaya más allá de las medidas elementales de resistencia a la explotación y de búsqueda de una democracia interna no siempre conseguida.

Durante el régimen de López Portillo la llamada *alianza para la producción* contempló la firma de un pacto obrero-Estado-patronal que se tradujo principalmente en la contención de las demandas salariales durante los primeros años de dicho régimen. Durante los años de recuperación coyuntural de la economía (1979 y 1980) el salario real se elevó y parecía que la función circulatoria de los sindicatos podría restituirse. La crisis que se reinicia en 1981 y la estrategia de recuperación del nuevo régimen a partir de 1982 echó por tierra estas esperanzas.

Sindicato y corporativismo

La relación entre sindicato y Estado en México han tratado de captarla diversos autores a través de la categoría de *corporativismo*. La acepción más común que este concepto adopta en nuestro medio es la de *control estatal* a través de las organizaciones y, para algunos, incorporación de las organizaciones de masas al aparato del Estado.

En la discusión moderna sobre el corporativismo en Europa, Schmitter señala² que un primer contenido del concepto es el que enfatiza los intereses particulares, profesionales, con respecto a los generales. Ésta es una acepción que recuerda a la corporación medieval en tanto asociación de intereses particulares de artesanos que los oponían no sólo a los feudales sino también a otros artesanos.

Por otro lado, a nivel social, corporativismo significa una forma de regulación social. Dice Schmitter que el corporativismo es "un sistema de mediaciones de intereses... reconocido y autorizado por el Estado, a los cuales se garantiza un monopolio representativo". En este sentido, la mediación debe ser entendida como un sistema de compromisos, *pactos sociales integralistas* que buscan el orden social, la legitimidad y el consenso para el sistema imperante.

Es decir, el corporativismo en esta acepción moderna tiene una serie de condiciones: primera, la constitución de las organizaciones

² Philippe C. Schmitter, "Sviluppi teorici e tendenze pratiche del neocorporativismo", *Problemi del socialismo*, XXIII, mayo-diciembre 1982, núm. 24/25, Roma.

como sujetos o como mediadores entre Estado y clases sociales; segunda, la institucionalización de las organizaciones entendida en un doble sentido: como legalización y como monopolización de la representación. Institucionalización que tiene que constituirse no sólo a través de organizaciones legítimas y monopolizadoras de la representación sino también a través de la creación de otras instituciones que permitan el funcionamiento regular de las organizaciones representativas; tercera, el tránsito del ámbito de la acción del sindicato en las relaciones industriales directas al de las políticas económicas y sociales estatales, en consonancia con una situación donde la política salarial y de ocupación directa e indirecta ya no es el resultado principal de la suma de los acuerdos parciales al nivel de empresa, sino el producto de la negociación al nivel del Estado. En este sentido, el sindicato corporativo se mueve más en el ámbito de la *cooperación* para el diseño y gestión de las políticas estatales que en el nivel de la *contratación*. Su participación en la cooperación política es el de la participación en la dirección del proceso social como un todo. Este es el nivel que trata de maximizar los intereses generales —en el sentido estatal— sobre los intereses sectoriales en las contrataciones a nivel de empresa.

O sea, en la relación corporativa prevalece la cooperación sobre la contratación, siendo sus relaciones de *cooperación institucionalizadas* (piénsese en el sindicato alemán antes de la crisis actual). Dichas relaciones institucionalizadas deben ser entendidas como *relaciones formalizadas* a través de una serie de órganos estatales institucionalizados para la toma de las decisiones nacionales. La cooperación formalizada evidentemente no excluye el conflicto, pero se trata de un conflicto entre partes signantes de un pacto de cooperación. La cooperación formalizada entre sindicatos, Estado y empresarios lleva a la toma de decisiones que, aunque tengan repercusiones en las relaciones industriales, forma parte del funcionamiento del sistema político.

Es decir, el corporativismo moderno es la forma específica en la que en el Estado social se regulan las relaciones entre las clases. Pero es una *forma de regulación* que no es común a todo Estado social, desde el momento que corporativismo no significa cualquier forma de regulación o institucionalización, sino específicamente la *coparticipación institucionalizada* en el diseño y sostenimiento de las políticas generales del Estado. De esta forma, el corporativismo es una de las maneras en que la sociedad política ha interpenetrado a la sociedad civil en el Estado social. El *neoliberalismo* y el *pluralismo* han sido considerados como formas de regulación alternativas al modelo corporativo. El primero como ausencia de regu-

lación estatal en las relaciones entre el capital y el trabajo, regulación que quedaría a cargo de las fuerzas del mercado; el segundo como regulación multipolar, descentralizada, plural, con el predominio de la contratación sobre la cooperación.

El corporativismo autoritario

El sindicato mexicano, como *sindicato de la Revolución mexicana*, ha sido conceptualizado por su papel en el control social como sindicato corporativo. Este tipo de sindicato nace de la Revolución mexicana como una de las formas de politización de las instituciones civiles, como interpenetración entre Estado y sociedad civil. Es un tipo de sindicato que, como forma de relación con el Estado, tiene sus principales antecedentes en la CROM y la CGOCM, aunque adquiere su forma más acabada con la CTM. Esta central, inspiración lombardista, es una organización sindical que desde sus orígenes se concibe como *sindicato-Estado*, es decir como copartícipe en las grandes decisiones de la política nacional, al lado y dentro del Estado, y no sólo en los problemas concernientes a la clase obrera.

Esta función de la CTM y la compenetración entre sindicato y Estado subyace en el pacto que entre dicha central y el cardenismo se establece para vencer a las fuerzas que se oponían a las reformas de dicho régimen: aparece en la conformación del *Comité de Defensa Popular*, en la fundación de la CTM y en la del *Partido de la Revolución Mexicana*. El lombardismo, como fuente sindical ideológica de este gran pacto, lo concibe como una forma de que el "sector obrero" se constituya en uno de los artífices de la política estatal, tratando de llevar la Revolución mexicana hasta sus últimas consecuencias. La insistencia lombardista en los pactos globales entre sindicato y Estado quedará constatada posteriormente con el *Pacto de Unidad Nacional* y el *Pacto Obrero Industrial*.

Estos pactos poseen dos características que cabe destacar: primero, el sindicato se concibe no sólo como representante del "sector obrero", sino de los intereses nacionales; y, segundo, pretende constituirse en uno de los componentes estatales encargados de definir, desde el Estado, el rumbo del país. En estos pactos podemos observar elementos corporativos en el sentido moderno del término.

Sin embargo, dichos pactos son coyunturales en cuanto a su vigencia formal o incompletos al no llegar a formalizarse como las instancias decisivas de la definición de la política del país. Después del cardenismo, aunque el sindicato continúa colaborando con el Estado como *sindicato-Estado*, la maduración de un pacto corporativo, en el pleno sentido del término, queda inacabada. Cierta-

mente, se crean instituciones que permiten que el sindicato participe formalmente en la definición de políticas nacionales, por ejemplo, la *Comisión Nacional de Salarios Mínimos*; pero, en términos generales, estas instituciones juegan un papel más ritual que la toma de decisiones y permiten legitimar lo que previamente ha sido decidido en otros ámbitos (ámbitos informales en los que también el sindicato antes de la crisis tenía influencia). Es decir, se dan toda una serie de prácticas consultivas no formalizadas en las que el sindicato participa con efectividad, coopera y es responsable de su legitimación, hasta antes de la crisis actual.

A diferencia del modelo corporativo moderno, el corporativismo mexicano no ha llegado a conformar una red tan acabada de instituciones formalizadas para la definición de los asuntos nacionales en los que participa el sindicato. Además, el funcionamiento efectivo de las instituciones establecidas para la negociación entre Estado-sindicatos y empresarios es limitado. De hecho, el corporativismo mexicano reproduce muchas de las prácticas del sistema político: es un corporativismo poco democrático, muy centralizado en la instancia ejecutiva gubernamental; en otras palabras, es un *corporativismo autoritario*.

Si al Estado social autoritario³ mexicano le corresponde el corporativismo autoritario, ello no significa que el sindicato mexicano no haya desempeñado funciones mediadoras entre la clase obrera, Estado y capital. En la época de oro del sindicato de Estado mexicano —la del desarrollo estabilizador—, el sindicato influyó en el diseño y regulación de una parte del mercado de trabajo. La función de *regulación del mercado de trabajo* en un sindicato de Estado debe ser entendida principalmente al nivel de la política estatal respectiva. Esta participación del sindicato mediante mecanismos formales e informales debe ser entendida a dos niveles. Primero, al influir sobre la política económica general del Estado apoyando la participación de éste en la economía, como puntal de la reproducción del capital, influyendo con ello en la propia reproducción de la clase obrera y la ampliación del mercado de trabajo. Pero, en segundo término, la influencia del sindicato en el mercado de trabajo, como fenómeno circulatorio, debe ser entendida en dos sentidos: influencia sobre el precio de la fuerza de trabajo y sobre el volumen del empleo.

Sin embargo, el espacio del mercado de trabajo tiene una tercera componente, la relacionada con la reproducción de la fuerza de tra-

³ Acerca del Estado social autoritario véase: Enrique de la Garza Toledo, *Notas sobre el Estado social autoritario*, UAM-I, 1984.

bajo y, por tanto, con la formación de su valor. En este espacio también el Estado mexicano y el sindicato han desempeñado un papel. El primero, impactando las *condiciones de reproducción* de la clase con su gasto social y subsidios diversos a la producción y comercialización de medios de consumo obrero (la versión mexicana del llamado *salario indirecto*). El segundo, influyendo sobre esa política social. En suma, el *sindicato-Estado* en México y sus sistemas de relaciones corporativas autoritarias han tenido como contrapartida la existencia de un espacio estatal de mediación del sindicato: el de una parte del mercado de trabajo, el de la circulación de la fuerza de trabajo.⁴

Esta función mediadora del sindicato de Estado en la circulación de la fuerza de trabajo en tanto sindicato corporativo, se encuentra más en el ámbito de la política estatal respectiva que en el de las relaciones directas obrero-patronales. Este ámbito es el de las grandes negociaciones nacionales —principalmente con respecto al salario— en las que el Estado no aparece como simple conciliador entre el capital y el trabajo, sino como el verdadero director del proceso social.

Si el sindicato corporativo autoritario aparece efectivamente como mediador entre capital y trabajo, esto no significa en este caso que sea correa de transmisión de las demandas obreras. *Mediación autoritaria* significa mediación vertical y centralizada en las cúpulas sindicales. Esto también quiere decir que los canales de la estructura organizativa de las centrales obreras funcionan deficientemente, favoreciendo a las prácticas antidemocráticas, el consenso pasivo, el clientelismo, la represión. *Mediación autoritaria* significa, en otras palabras, ausencia de canales democráticos de mediación entre las bases de los sindicatos y los vértices.

Siendo los verdaderos sujetos sociales y políticos las organizaciones y puesto que el funcionamiento de éstas no es simple reflejo de las demandas de las bases, pueden coincidir, adelantarse o atrasarse con respecto al sentir de las bases, sobre todo tratándose de estructuras organizativas muy complejas y altamente centralizadas en cuanto a la toma de decisiones. El análisis de la *burocratización* de las organizaciones sindicales se vuelve más complejo en un contexto de corporativismo. Ya el sindicato no es sólo organizador de

⁴ Hay que insistir sobre la particular conformación del mercado de trabajo en México. En la década de los sesenta aproximadamente el 50% de la población se encontraba desempleado o subempleado (de la población ocupada casi el 70% eran asalariados y de los asalariados sólo el 25% estaban sindicalizados). Es de esperarse que en un mercado de trabajo heterogéneo como el señalado el papel de regulador del sindicato sea diferente al tratarse de un estrato o de otro.

intereses sectoriales sino también sindicato de Estado. En esta medida su función mediadora con respecto a la clase obrera en el campo circulatorio se ve *sobredeterminada* por la función corporativa al ser una institución estatal que coopera y, a la vez, es responsable del funcionamiento del sistema en su conjunto.

La crisis del sindicato corporativo autoritario

El sindicato de la Revolución mexicana es, por un lado, un *sindicato de la circulación*, pero, a la vez, es un *sindicato de Estado*. Durante el periodo del desarrollo estabilizador, el papel del sindicato de la Revolución mexicana fue central como interlocutor del Estado y como propiciador para que la burguesía optara por caminos más modernos de acumulación de capital. En este último sentido, las reestructuraciones productivas no son reflejo pasivo de las fuerzas del mercado sino respuesta también del capital a la lucha de clases y de la capacidad de resistencia de la clase obrera a la explotación. Durante el desarrollo estabilizador, la lucha obrera no adquirió caracteres de antagonismo al capital, sino que tomó primero la forma de insurgencia de lo civil en contra del control corporativo —la forma de lucha por la democracia sindical en las grandes movilizaciones de 1958-1960— y, después, la de simbiosis estrecha entre sindicato y Estado. En el primer caso, rompiendo la clase el control corporativo, y en el segundo, comprometiendo al charrismo a impulsar una política salarial positiva durante la década de los sesenta. De una manera o de otra impulsó al capital a tomar rumbos acumulativos más modernos.

Estas funciones del sindicato de la Revolución mexicana entran en dificultades durante el régimen de Echeverría, pero será en la segunda etapa de la crisis actual, la que se inició en 1981, como *crisis del Estado social autoritario*, cuando este tipo de sindicato deja de ser funcional al capitalismo en México. A partir de 1981 se intensifican algunas de las contradicciones relacionadas con el impulso productivo precedente: la capacidad del Estado para impulsar la acumulación a través del gasto productivo o improductivo entra en una profunda *crisis fiscal* que toma la forma de la *crisis de la deuda externa* —desde el momento en que la deuda se convierte en una fuente de recursos importante para el Estado.

Con el nuevo régimen se diseñan estrategias inmediatas de salida a la crisis (el PIRE), que se traducen, entre otras cosas, en una reducción real del gasto público, con sus consecuentes repercusiones sobre el aparato productivo y la reproducción de la fuerza de trabajo; y en una *política salarial* restrictiva. Es decir, el espacio tradicio-

nal de negociación del sindicato estatal de la circulación se vio fuertemente reducido, al grado que este sindicato dejó de funcionar como mediador en el diseño de las políticas nacionales relacionadas con el mercado de trabajo.

Este cambio de terreno se traduce en una verdadera *crisis del sindicato*, crisis que es más profunda que las simples diferencias ideológicas entre las centrales sindicales y de éstas con el nuevo régimen. Sin embargo esta crisis es hasta ahora una crisis por arriba, entre el sindicato corporativo y el Estado, y no todavía una *crisis de hegemonía* con respecto a los dominados. Pero en esta nueva situación ha quedado al desnudo su carácter de sindicato de Estado, de sindicato de control de masas, sin tener a cambio mucho que ofrecer a las bases sindicales.

La preocupación de las direcciones sindicales por el viraje que se ha producido en el Estado se ha manifestado públicamente en muchas ocasiones. Esta preocupación no sólo deriva de una actitud preventiva ante una posible irrupción antiautoritaria de las masas obreras, sino también obedece a la salida de las organizaciones sindicales del juego político. Políticamente, los sindicatos no sólo habían servido al sistema garantizando el control obrero sino que se habían servido del mismo para ganar poder como organizaciones. Este poder se reflejaba principalmente en su capacidad de influir en la toma de decisiones estatales y en toda una serie de privilegios organizativos y personales.

La crisis del sindicato abarca también a la franja del llamado *sindicalismo independiente*. Este último, de origen más reciente que el sindicato corporativo, es también un sindicato circulatorio y político, pero, a diferencia del oficial, en lo circulatorio ha sido incapaz de influir sobre las políticas salariales, y en lo político, al no ser un sindicato corporativo, no ha estado llamado a la negociación del rumbo del país. Para el sindicalismo independiente, en otras palabras, la función circulatoria ha sido subproducto de las negociaciones salariales de los charros y su función política se mueve más bien en el plano de la denuncia que en el de la acción política efectiva. En este sentido es un *sindicato ideología*. Su espacio se ha reducido todavía más que en el caso del sindicato charro; la crisis y el nuevo rumbo del Estado han desgastado sus formas de lucha y la efectividad de su denuncia.

Conceptos ordenadores

De acuerdo a la perspectiva de análisis que hemos esbozado, el sindicato mexicano tiene que ser analizado en cinco dimensiones prin-

cipales que dan cuenta del problema central de la *autonomía sindical* con el ángulo de la democracia sindical. Autonomía, primero, con respecto al Estado, lo cual nos plantea el problema del *corporativismo* y su contraparte la *independencia sindical*, entendida ésta no inmediatamente como autonomía sino como prerrequisito de la misma. Si utilizamos un concepto restringido de corporativismo, como corporativismo autoritario, éste tiene un primer significado en tanto *control organizativo*. Control que puede ser *formalizado* a través de la pertenencia del sindicato a una central sindical oficial del PRI. Pero corporativismo en sentido amplio no significa necesariamente esa relación orgánica sino que basta la *relación institucional* y la *corresponsabilidad* en la marcha del Estado y de la sociedad. Esta responsabilidad compartida se vuelve concreta en la *participación del sindicato en diversas instituciones* en donde se diseñan políticas nacionales, por ejemplo, IMSS, ISSSTE, etc. Las dos formas de corporativismo pueden encontrarse relacionadas con la participación del sindicato en la *administración pública* (presidencias municipales, gobernaturas de los Estados, diputaciones, etc.) o bien en el sistema electoral.

La otra cara del sindicato mexicano es la relacionada con su incidencia en el ámbito de la *circulación de la fuerza de trabajo*. Dicha circulación comprende dos aspectos centrales: el de la ocupación y el del precio de la fuerza de trabajo. En el problema de la ocupación, el sindicato, como mediador en la contratación de mano de obra, puede ser instrumento de clientelismo, represión, etc. Las mediaciones que el sindicato establece entre el mercado de trabajo y la empresa pueden adquirir una forma reglamentada (bolsas de trabajo, pruebas de aptitudes, etc.) o bien darse por toda una serie de mecanismos informales a través de los cuales los funcionarios del sindicato ejercen poder de decisión en las contrataciones. En este último sentido es particularmente importante el análisis de la mano de obra eventual.

La otra cara del sindicato de la circulación es la de negociador del *precio de la fuerza de trabajo*, precio entendido tanto como salario directo como indirecto. En un sindicato de Estado y en un sistema corporativo, la negociación salarial global forma parte de la *política económica* del Estado. Cuando el corporativismo funcionaba bien es de suponer que las cúpulas sindicales tenían poder de negociación en este ámbito de las políticas nacionales. Esta capacidad directa de negociación no era uniforme en todos los sindicatos ni en las centrales sindicales. Asimismo, la influencia del sindicato en el ámbito del salario indirecto puede darse a nivel de la política social del Estado o bien cuando la emprende la propia organización

sindical, tareas directas en la reproducción externa. Si bien la negociación salarial no se decide fundamentalmente a nivel de las relaciones particulares entre sindicato y empresa, esto no significa que dentro del sindicato y entre éste y la empresa no se dé todo un proceso de negociación-legitimación de lo decidido nacionalmente. Dentro del sindicato se da una *interacción* más o menos fuerte entre *base y dirección*. En esta interacción están presentes los mecanismos establecidos por los estatutos y/o toda una serie de relaciones informales entre dirección y base obrera. Al mismo tiempo se tiene un sistema de negociación entre sindicato y empresa, que si bien no modifica los términos substanciales del pago de la fuerza de trabajo puede hacerla variar dentro de pequeños márgenes.

En el contexto de la crisis actual del sindicato de la circulación cabe preguntarse hasta qué punto el temor al despido asegura la continuidad del charrismo, o bien a qué grado se están incubando tensiones en la base sindical que, movidas por las reivindicaciones más elementales, pueden convertirse en lucha democrática.

Aunque el sindicato de la Revolución mexicana ha sido eminentemente un sindicato de circulación, no significa que no haya participado en los problemas relacionados con los procesos de trabajo. La intervención del sindicato puede ir desde el nivel de la *regulación contractual de las relaciones en el proceso de trabajo* (contratos colectivos, convenios departamentales, reglamentos internos de trabajo) a la defensa de las demandas cotidianas de los obreros, tanto las que pasan por los tribunales del trabajo como aquellas que son expresión simple de lo pactado con la empresa o están contenidas en la ley del trabajo (horas extras, jubilaciones, días económicos, etcétera).

Este espacio cotidiano de la acción sindical está relacionado con dos aspectos importantes de la misma: por un lado el poder de la burocracia sindical basado en su capacidad de tramitación y el clientelismo como una forma posible de relación entre dirección sindical y base obrera; y por el otro, el de las relaciones en términos más amplios entre base obrera y representación sindical. La estructura sindical puede tener niveles jerárquicos diversos y en esta medida diferenciarse las formas de relación de la dirección con las bases. Al nivel del proceso de trabajo, en los conflictos sindicales puede existir un nivel de representación mucho más cercano a las bases obreras que las cúpulas. ¿Hasta qué punto la reestructuración productiva hace aumentar la presión de las bases sobre este nivel de representación?

En términos generales, las *relaciones entre base y direcciones* sindicales pueden adquirir tres formas principales: primero,

aquellas establecidas en los *estatutos*. A pesar de que el funcionamiento estatutario no siempre corresponde al real, las estructuras formales pueden estar más o menos centralizadas en cuanto a la toma de decisiones importantes por las direcciones o las bases; en segundo lugar, las relaciones entre *sindicato y base* en el ámbito de la *burocracia sindical* en sentido estricto, es decir el cuerpo de funcionarios sindicales encargados de las *tramitaciones* cotidianas y que supuestamente deberían atenerse al reglamento; en tercer término está todo el conjunto de *mecanismos informales* por medio de los cuales las direcciones o miembros de la base del sindicato establecen relaciones. Posiblemente haya dos canales de relación entre la base y el sindicato: el canal de tramitación cotidiano de demandas pactadas entre sindicato y empresa; y la relación que se establece en los momentos culminantes de la confrontación entre la base trabajadora y la empresa (contratos, huelgas, etc.).

El concepto central que define las relaciones base sindicato dentro de la problemática de la autonomía obrera es el de *democracia sindical*, nuevamente como prerrequisito de la autonomía. Conceptos contrapuestos al de la democracia de base son, en los diversos niveles de las relaciones entre base y sindicato: *centralización, burocratización, clientelismo y represión*.

En cuanto a las *relaciones entre sindicato y empresa*, éstas pueden ser las de subordinación del sindicato a la empresa o de independencia relativa.

Area de relaciones sindicales. Angulo de la democracia en cada uno de los siguientes niveles:

- A— Sindicato-Estado: concepto base: corporativismo-independencia
 - participación institucional
 - participación política
 - administración pública
 - elecciones para funcionarios públicos

- B— Sindicato-reproducción social de la fuerza de trabajo:
 - Sindicato-mercado de trabajo y
 - Sindicato-reproducción externa
 - contratación de mano de obra
 - formal
 - informal

—contratación del salario

—política salarial del Estado
—negociación interna

—sindicato-obreros
—sindicato-empresa

—influencia del sindicato en la reproducción social

—influencia en las políticas estatales
—acciones directas del sindicato

C— Sindicato-proceso de trabajo:

—control colectivo del proceso de trabajo
—resistencia limitada:

—contratos colectivos
—convenios departamentales
—reglamentos internos de trabajo

—tramitación y representación de conflictos
en el proceso de trabajo

D— Relaciones sindicato-base obrera:

—formales: centralización-democracia de base
—burocráticas: burocratización
—informales: clientelismo, caudillismo,
represión manipulación, demagogia

E— Relaciones sindicato-empresa:

—subordinación-independencia relativa

Las relaciones sindicales en su dinámica y en la coyuntura de crisis del sindicato con el ángulo de la autonomía obrera pueden especificarse, primero, en las *potencialidades de la independencia sindical*, segundo, *de la democracia* y, tercero, de la *autonomía*. Las tres están signadas por la definición de cuál es el *espacio de la lucha obrera* donde en forma viable pudiera prosperar la autonomía de clase. Además resulta importante la historia de conflictos sindicales en los cuatro niveles anotados con miras al rescate de la memoria histórica de la clase obrera.

El concepto de reproducción

Marx en el segundo volumen de *El capital* enuncia el concepto de reproducción diciendo que "todo proceso social de producción es al propio tiempo de reproducción". Es decir, hablar de reproducción de la relación social de producción es principalmente poner el énfasis en la vinculación que se establece entre el capital y el trabajo en el proceso de trabajo. En esta medida, la clase obrera al generar la mercancía no sólo la produce sino que se reproduce como clase; desde el momento en que el concepto de clase social es una categoría relacional, alude a una relación social entre clases determinadas. En el caso del proletariado, el concepto de clase expresa una relación de explotación y de dominación que parte de los procesos productivos capitalistas y que se difunde a otros ámbitos de la sociedad civil y política.

La fuerza de trabajo como mercancía, no sólo se consume en el proceso de producción y con ello reproduce la relación capital-trabajo, sino que presupone todo un proceso de reproducción de la fuerza de trabajo fuera de la fábrica. Marx señalará al respecto que la "reproducción o perpetuación del obrero es la condición de la producción capitalista". Lo anterior debe entenderse en varios sentidos: por un lado como *reproducción-consumo* del obrero en el proceso de producción capitalista, pero también como *reproducción de la fuerza de trabajo fuera de la fábrica*. Este último aspecto tiene un evidente componente biológico en tanto reproducción de su materialidad, pero también un componente histórico social, desde el momento en que el proletariado no es simple ser biológico sino principalmente ser social, y como tal necesita reproducir sus capacidades físicas, intelectuales y sociales.

El ámbito de la reproducción social de la fuerza de trabajo es en primera instancia el de la satisfacción de un conjunto de necesidades físicas y culturales necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo. Fuerza de trabajo que, habría que insistir, no sólo es objeto de explotación sino también de dominación y de poder dentro y fuera del trabajo.

Pensamos que el concepto de Heller de *vida cotidiana* no es equivalente a lo que aquí estamos llamando "reproducción externa". Para dicha autora la vida cotidiana es "el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de hombres particulares, los cuales crean, a su vez, la posibilidad de la reproducción social". Es decir, el análisis de lo cotidiano en Heller se convierte, más que en un

área, como lo hemos venido manejando, en un nivel de análisis que traspasa a todas las áreas, perdiendo con ello especificidad y permitiendo en muchas ocasiones categorizaciones abstractas, válidas para todo acto cotidiano en cualquier área. Siendo rigurosos, nuestro intento de partir del obrero común para de ahí elevarnos al movimiento colectivo no contempla, como en Heller, la distinción entre lo "particular" (el hombre particular) y lo "social". Para nosotros, el análisis de la vida del obrero común es parte ya de un punto de vista social; nuestra explicación y el análisis del tiempo presente lo intentamos a partir de lo social, no obstante que no todo lo social sea movimiento colectivo.

La reproducción social como campo de lucha

El extenso campo que hemos dominado de la reproducción social debe ser considerado, en primera instancia, como un espacio de *prácticas reproductivas*. Estas prácticas están ubicadas, desde el punto de vista del poder y la dominación, en el punto de articulación de dos vectores: primero, el del mercado capitalista, el del ámbito de la circulación de las mercancías, en donde el obrero de la gran industria aparece como un *consumidor* de productos capitalistas en relación con la reproducción de su fuerza de trabajo. En este primer vector, la lógica del capital extiende sus tentáculos más allá de la producción, incidiendo en el seno mismo de la reproducción de la fuerza de trabajo. En esta extensión de la lógica de la fábrica a la sociedad, el capital, directamente, sin necesitar la mediación estatal, impone pautas de comportamiento, valores, aspiraciones a la población; en esta medida, el *acto de consumo* no es un simple acto económico sino una acción de poder del capital sobre la sociedad y en particular sobre la clase obrera.

En segundo término, el espacio de la reproducción social es un campo importante de las acciones del Estado benefactor, el cual, a través del llamado "salario indirecto", crea toda una red de relaciones institucionalizadas en la que la clase obrera se ve inevitablemente inmersa en la reproducción de su fuerza de trabajo. Esta red de instituciones y organizaciones no sólo tiene implicaciones ideológicas sobre la clase obrera sino que la obligan a participar en un conjunto de relaciones sociales normadas y dirigidas por el Estado, relaciones que se vuelven parte integrante de la reproducción obrera, siendo a la vez relaciones estatales. Es el caso de los servicios de salud establecidos desde el Estado. El problema de la salud, en estas condiciones, se convierte en un asunto público y su satisfacción en parte del fortalecimiento estatal.

El subespacio de la reproducción social que podríamos denominar de la *reproducción organizada* puede involucrar, además del Estado, a los sindicatos o a las empresas de manera inmediata. Además, en un país como México, el impacto de la reproducción organizada por el Estado habría que verlo en forma diferenciada, dependiendo del tipo de agrupamiento social. En el caso del obrero de la gran industria, sindicalizado, la intervención organizada del Estado, sindicatos o empresas puede abarcar aspectos tales como:

- educación
- alimentación y consumo en general
- ocio
- transporte
- servicios públicos
- habitación

El impacto del "Estado del bienestar" sobre la reproducción social de la clase obrera tiene varios significados: por un lado, es la *cara social* del Estado que con su gasto busca paliar los efectos de la crisis económica; por otro lado, el gasto social y el salario indirecto pueden tener *efectos integradores* sobre la clase obrera, no sólo en el sentido ideológico, sino principalmente haciéndola copartícipe de una forma de funcionamiento estatal, obligándola a participar en relaciones necesarias de supervivencia mutua con esta forma de Estado. Un aspecto particular de este efecto integrativo sería la legitimidad del orden social y sobre todo del régimen político. En esta red en que ha caído la clase obrera, el Estado aparece en la práctica y en la conciencia como algo indispensable para la reproducción, como un ente cada vez más totalizante de la vida reproductiva y, por ende, "insustituible". La clase obrera se muestra, a su vez, disminuida en sus posibilidades transformadoras ante un organismo estatal omnipotente y racional. Sin embargo, la misma perfección del Estado social lleva aparejada su divorcio de la sociedad, su conversión en una inmensa máquina burocrática que se impone por encima de los trabajadores, como algo extraño a los mismos y con la cual el obrero tiene que convivir para subsistir. Es decir, la *integración* y la *legitimidad* del Estado benefactor en el ámbito de la reproducción externa se compagina con la *extrañeidad* que provoca; extrañeidad que puede ser la base material de procesos de autodeterminación de esa parte de lo civil que hemos denominado la reproducción externa con respecto a la determinación político-económica que está detrás del funcionamiento del Estado benefactor.

Hay otro subespacio que en los análisis tradicionales no podría ser considerado como de la reproducción social. Este es el de la *vida*

pública, en el sentido más tradicional del término, que en muchas ocasiones se traduce en la *participación electoral* y la *participación en la vida burocrático-política ligada a la administración pública*. En este punto tampoco cabe hacer definiciones abstractas, aunque la clase obrera de la gran industria en general se encuentra adscrita al PRI por decisiones de asambleas o por estatutos, no por ello tiene una efectiva vida partidaria. Asimismo, en general, su participación electoral no pasa del ritual de la votación. En cambio, dependiendo del tipo de localidad, el trabajador puede verse enfrascado en una relación política que constituye un aspecto más de su problemática reproductiva: primero estableciendo relaciones clientelares con funcionarios públicos a diferentes niveles implicando compromisos diversos (presidentes municipales, diputados, gobernadores, etc.). En segundo término, el trabajador puede verse involucrado en una relación burocrático-política relacionada con su subsistencia, desde el momento en que las administraciones estatales controlan servicios públicos y, también, la administración de la justicia (sistema judicial y policiaco). Es decir, la interpenetración entre vida pública y privada incluye también los niveles de la reproducción de la clase obrera, politizando dicha reproducción externa y convirtiendo la administración justa en un problema de poder y dominación. Aunque este último subespacio puede ser también definido a través del concepto de integración-extrañeidad, puede que sea más específico el de *legitimidad política-ilegitimidad*.

La reproducción social evidentemente no se agota en la reproducción organizada; incluye, además, todo el subespacio que llamamos de la cultura y el de las relaciones interpersonales.

Cultura y poder

El concepto de cultura es uno de los conceptos menos unívocos que podemos encontrar en las ciencias sociales. Un primer contenido utilizado para dicho concepto fue equivalente a todo lo social, contraponiéndolo a lo natural. Este contenido evidentemente carece de especificidad y su nivel de abstracción resulta poco útil para una forma de análisis de reconstrucción compleja de la realidad. En perspectivas más modernas, por cultura se entiende los "hábitos sociales de una comunidad", diferenciándolos de las formas de organización política y de los procesos económicos. En este último sentido, el análisis de la cultura acepta dos tipos de enfoques: la corriente de cultura y personalidad que colinda con la psicología social y que pone el acento en el individuo como unidad de análisis, buscando definir las pautas de comportamiento cultural en forma

inductiva. Por otro lado, el "análisis formal de los sistemas culturales" que rechaza la posibilidad de reducir lo cultural a lo psíquico y trata de explicarlo a partir de sí mismo.

De una forma o de otra, la cultura es comúnmente definida como un conjunto de pautas y valores transmitidos y aprendidos de una generación a otra y mantenidos a través de comportamientos determinados. En esta definición de cultura está implícito el problema de las pautas culturales como prácticas no reflexivas de los sujetos; es el problema de la presencia inconsciente de las reglas de la cultura. Así, el mismo proceso de internalización y externalización de las pautas culturales tendría que ser visto como un proceso práctico no necesariamente reflexivo. El problema del "inconsciente colectivo" remite a dos formas de abordaje: el psicologizante y el sociologizante. El primero, partiendo del individuo cree poder construir lo social de la cultura; el segundo, parte de lo social para explicar lo social.

Desde el siglo pasado la sociología (por ejemplo Durkheim) ha rechazado que la reconstrucción del mundo social deba emprenderse a partir de la psique de los sujetos individuales y, por el contrario, siendo el hombre individual sustrato de todos los procesos sociales, su psique y su personalidad tendrían que verse más como resultante y síntesis de condicionamientos que desbordan a la psicología que como punto de partida en el análisis. Este es el punto de vista de Gramsci, para el cual la subjetividad no es reducible a la individualidad, sino que es efecto del sistema de prácticas en las cuales se inserta el individuo.

En Gramsci el concepto de concepción del mundo comprende todas las manifestaciones culturales, desde el lenguaje, hasta la ciencia, pasando por el arte. Sin embargo, Gramsci distingue entre cultura dominante, como concepciones elaboradas sistemáticamente y políticamente organizadas y centralizadas, y "culturas del pueblo" como "conglomerados de fragmentos". Estas *culturas subalternas* pueden consistir en restos fosilizados de antiguas culturas o rasgos nuevos emanados espontáneamente de la vida práctica de las clases subalternas.

La *cultura dominante* no es simple imposición de pautas a las clases subalternas sino manifestación importante de la capacidad de hegemonía de la clase en el poder. Hegemonía que en la conceptualización gramsciana significa reconocimiento por las clases subalternas de una capacidad de dirección intelectual y moral respecto de los dominadores.

Las manifestaciones culturales, para ser analizadas en su efectividad en la dominación (o su contraparte, la posibilidad de la *con-*

tracultura), tienen que analizarse como aspectos culturales específicos. En este sentido, puede ser importante analizar en particular la efectividad hegemónica del arte, de la religión, de las tradiciones y del lenguaje. Primero, como aspectos culturales que, a la manera de nuestras áreas, permanecen, en primera instancia, relativamente aislados. En este sentido, el estudio de la *concepción del mundo*, desde el momento en que no resulta sólo de la suma de los aspectos de la cultura, sino también de un conjunto de prácticas que pueden comprender no sólo la reproducción externa sino la vida sindical y del trabajo, debe ser pospuesta ya que es más un campo de articulaciones que un punto de partida en el análisis.

En los aspectos culturales señalados, el ángulo del poder y la dominación debe estar presente de acuerdo a nuestro problema; sin embargo, poder y dominación en el ámbito cultural puede ser especificado a través de conceptos como el de *disciplina* con respecto a lo establecido y a la autoridad. Cada *sistema cultural* posee sus reglas, que implican sanciones y que en su acatamiento pueden o no tener un significado de hegemonía. Así, señala Marcuse, el poder tiene su estética y el lenguaje, la religión o las tradiciones también pueden ser vistas desde el ángulo del poder. El saber mismo, dirá Foucault, se presenta como un saber sometido que excluye el otro saber, "el saber histórico de la lucha", la *memoria histórica* de la clase en sus balbucesos autonomistas.

En las visiones convencionales acerca de la cultura, muchas de inspiración antropológica, el énfasis sobre la tradición y la comunidad es notorio. En el mundo urbano, en lo cultural tienden a interpenetrarse elementos de tradición con otros de modernidad, en los que la acción del Estado y del capital que incide en el campo de la reproducción externa contribuyen a generar nuevos aspectos de la cultura. En este ámbito de la *cultura del neocapitalismo*, como *cultura del Estado y del capital*, los *medios masivos de comunicación* y la *escuela* resultan centrales en su generación, transmisión y reproducción. Muchas veces estos elementos culturales no son simples invenciones interesadas sino que descansan en lo tradicional, pero indiscutiblemente introducen formas y contenidos no derivables siempre de lo tradicional. Es decir, el Estado que aprisiona a la sociedad civil y el capital que extiende sus tentáculos hacia ésta, interpenetran los ámbitos más recónditos de la reproducción externa, convirtiéndola de un ámbito espontáneo y sin planificación, en otro susceptible de organizar, institucionalizar y planificar. La cultura como espacio de ese inconsciente colectivo cede terreno a la voluntad, no obstante que las sincronizaciones en este sentido no sean perfectas.

Cuando la cultura es la continuidad de la tradición, así como cuando es el ámbito del plan, puede ser vista, entre otras formas, como un terreno relacionado con el problema del poder y la dominación. Un sistema social no sólo se mantiene por la fuerza o el convencimiento ideológico, sino también porque es capaz de inducir en sus miembros patrones de comportamiento que reproduzcan las relaciones sociales imperantes. En este sentido, la cultura tiene un papel en la dominación de clase.

No muy alejado del espacio cultural se encuentra el subespacio de lo que podríamos denominar las *relaciones interpersonales*. Este es un terreno también de la reproducción externa en el que el nivel cultural y el de la psicología social se articulan. Es el espacio de las *relaciones familiares*, el de las *relaciones de amistad* y el de las *relaciones sexuales*. En este ámbito se reproduce el individuo material, cultural y psicológicamente. El ámbito familiar es el de la reproducción individual por excelencia en el sentido material, pero en ella se reproducen también pautas culturales y psicológicas. Este espacio de la familia no es neutral tampoco con respecto a la reproducción de la dominación al nivel social, es un ámbito de represión y de prohibición, de la definición de lo valadero y lo falso, pero puede ser también espacio de la solidaridad y la rebeldía. Otro tanto podríamos decir de las relaciones de amistad y de las sexuales.

Algunos conceptos duales que definen el ángulo de la dominación y el poder al nivel de las relaciones interpersonales podrían ser: *individualismo-solidaridad*; *pasividad-rebeldía*; *autoritarismo-libertad*.

Subespacios de la reproducción versus unidades espaciales de análisis

Hasta aquí hemos hablado de subespacios de la reproducción social:

- 1) *Reproducción social organizada* por el Estado. Conceptos ordenadores: integración-subordinación, extrañeidad-autonomía.
- 2) *Vida pública*. Conceptos ordenadores: legitimidad política-ilegitimidad.
- 3) *Sistemas culturales*. Conceptos ordenadores: arte, religión, tradiciones y costumbres, lenguaje, disciplina, aceptación, contracultura.
- 4) *Relaciones interpersonales*. Conceptos ordenadores: familiares, de amistad, sexuales, individualismo-solidaridad, pasividad-rebeldía, autoritarismo-libertad.

Estos subespacios de la reproducción social pueden ser cruzados con cuatro unidades de análisis en las que se desarrolla dicha repro-

ducción: el hogar, el barrio, la población o ciudad y la nación. En estas cuatro unidades se reproduce la fuerza de trabajo y se genera la función de hegemonía por la acción del Estado, del capital o como resultado espontáneo del funcionamiento social general.

En el hogar se reproduce materialmente la fuerza de trabajo: del nacimiento, al cuidado de los hijos y a las diversas actividades elementales de preservación de la fuerza de trabajo. En el cumplimiento de esta primera función se da una división interna del trabajo doméstico entre hombres y mujeres, entre pequeños y mayores. Pero el hogar cumple también un importante papel en la socialización de un conjunto de normas y valores que tienen que verse relacionadas con la división interna del trabajo y de la autoridad. El establecimiento de jerarquías y de roles específicos que se mueven en la dualidad *autoritarismo-libertad*.

5. RECONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD Y EMPIRIA

EL MUNDO DE LOS CONCEPTOS Y EL DE LA EXPERIENCIA

El problema fundamental de toda epistemología es el de la correspondencia entre pensamiento y realidad. Es la filosofía de la ciencia natural en el renacimiento la que inaugura la discusión moderna acerca de la relación entre conceptos teóricos y mundo empírico. En la lucha de los renacentistas en contra de la especulación escolástica y del silogismo se reivindica el uso de la experiencia sensible como instrumento de demostración de la teoría, buscando las mediaciones entre sensoriedad y concepto.

Quien primero expone los fundamentos modernos de la ciencia empírica es *Leonardo da Vinci*.¹ En Leonardo podemos encontrar algunos de los principios de la ciencia natural moderna que de una u otra forma permanecen aún vigentes. En primer término, la lucha de Leonardo en contra de la escolástica se traduce en tratar de independizar los fenómenos naturales de los espirituales (concepción que posteriormente tendrá importantes consecuencias en cuanto a la noción de *objetividad* en tanto distanciamiento de la subjetividad y la posibilidad de dicho distanciamiento). En segundo lugar, Leonardo establece un criterio de verdad todavía prevaleciente: la experiencia como criterio de verdad. En tercer término, su concepto de ciencia permanece actual: la labor de la ciencia como interdependencia entre observación y razón.

La labor de pensadores como Leonardo es continuada por otros como *Galileo*.² Este establece uno de los principios básicos que posteriormente reivindica el positivismo. En su lucha en contra de la silogística, plantea como labor de la ciencia el establecer abstracciones universales; sin embargo Galileo establecerá que lo universal no puede ser inferido a partir de lo particular, porque la inducción

¹ E. Cassirer, *El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia modernas*, FCE, México, 1978.

² *Ibid.*

no permite arribar a lo universal. Primero, por la posibilidad de que lo universal quede refutado por nuevos hechos y, segundo, porque si el universo fuese finito la abstracción sería mera tautología. Galileo es en cierta forma el expositor más temprano de una metodología que culminará con el *método hipotético-deductivo* al plantear la independencia de la formulación teórica con respecto a la experiencia, no obstante que lo teórico necesite un segundo momento de la experiencia para ser validado. En Galileo hay un supuesto de eternidad y necesidad que lo lleva a postular *leyes naturales universales* (por ejemplo, la ley de la conservación de la materia o del movimiento).

Aunque la problemática fundamental de la filosofía de la ciencia moderna es planteada por los renacentistas, éstos estuvieron lejos de dar respuestas satisfactorias al viejo problema de la correspondencia entre pensamiento y realidad y, sobre todo, al del origen de las teorías. De una forma u otra, el problema de la correspondencia tendió a convertirse en otro más específico relacionado con la *verificación* de las proposiciones teóricas. Cuando este problema es retomado por los *empiristas clásicos* (Locke, Berkeley, Hume) sufre una nueva transformación y un privilegio de lo empírico sobre lo teórico. Para Locke, por ejemplo, la única realidad de la que es posible hablar es la de las sensaciones simples. Berkeley, por su parte, introduce una complicación que será el rompecabezas del positivismo del siglo xx. A diferencia de Locke, Berkeley establece que no hay tales sensaciones puras, "desubjetivadas", que toda percepción es de por sí reflexión y, por tanto, el mundo externo y el de la percepción no coinciden, desde el momento en que no podemos distinguir entre lo que el mundo "es" y lo que agrega nuestro cerebro en la percepción de este mundo. El concepto de realidad de Berkeley se sintetiza en la fórmula: *la realidad es un conjunto de percepciones*. Este concepto de realidad que niega el conocimiento de la "esencia" se traduce en su propuesta del significado de *ley científica*, en donde el clásico planteamiento de búsqueda de causalidades de los fenómenos se transforma en el de la posibilidad de establecer únicamente *asociaciones* entre fenómenos concomitantes. Hume, por su parte, insiste en la crítica a la noción de causalidad. Como puede observarse, los empiristas clásicos complicaron la problemática de la epistemología de la ciencia al cuestionar que los fenómenos pudieran conocerse en sus aspectos esenciales. Es decir, la confianza de los renacentistas en el pensamiento y la posibilidad de correspondencia de éste con la realidad se puso en tela de juicio. También en el *positivismo* el problema de la correspondencia entre teoría y realidad sigue siendo central. En su última versión, la

del círculo de Viena, la discusión acerca del problema de la *demarcación* entre proposiciones metafísicas y científicas es capital para esta corriente.³ Una primera respuesta fallida es la del *fisicalismo* de Carnap, es decir, habría que traducir la ciencia en general a los conceptos de la física: "ciencia empírica por excelencia". En general, la lucha del positivismo en contra del idealismo tiende a privilegiar el criterio de *demarcación* en términos de considerar una proposición como científica si tiene referentes empíricos inmediatos. A pesar de que posteriormente las críticas de Popper van en el sentido de que la ciencia también trabaja con conceptos que no tienen referentes empíricos inmediatos, sigue en el foco de la discusión el problema de cómo se validan las proposiciones y teorías científicas, es decir, el problema de la *verificación*.

Recapitemos un poco lo dicho hasta ahora. El viejo problema de la correspondencia tiende a transformarse en el de la verificación de proposiciones (*hipótesis*), privilegiándose con ello la vía que lleva de la teoría a la verificación como el camino por excelencia de la *ciencia* y del método *científico*. Asimismo, el vago concepto de la *experiencia* como criterio de verdad se convierte en el de la *observación* como traducción operativa de lo empírico. Detrás de esta última especificación está un concepto de *realidad* básicamente *inmutable* en sus legalidades, legalidades al *margen de los sujetos*. En esta medida la experiencia no es vista como interacción entre sujeto y objeto con la posibilidad de que el sujeto cambie legalidades, sino en una relación relativamente pasiva, en una *observación* unilateral en el sentido anterior. El entender lo empírico como lo observable resulta dominante en la ciencia moderna. Detrás está toda la historia de la conformación de la concepción de ciencia natural.

El privilegio del camino que lleva a la verificación de las hipótesis se traduce metodológicamente en el *método hipotético-deductivo*, como la expresión lógica más sistemática de esta concepción del quehacer científico. El método presupone como momentos fundamentales: la formulación de las hipótesis derivadas de un marco teórico preestablecido, *la traducción de los conceptos teóricos en indicadores*, *la recolección de datos apropiados a dichos indicadores* por medio de técnicas determinadas de recolección y el *análisis* de la asociación entre los indicadores por medio de los datos respectivos.

Este método, que es presentado por los positivistas no como uno entre varios, sino como "el método de la investigación científica",

³ Ayer, *El positivismo lógico*, FCE, 1978.

tiene problemas desde sus presupuestos metateóricos hasta cada una de sus mediaciones en el proceso de verificación. En cuanto a los *presupuestos metateóricos*, señalábamos que había en él una noción de quehacer científico como aquel que sigue la vía de la verificación de la hipótesis y de correspondencia como verificación de hipótesis. Sin embargo, el problema de la relación entre teoría y realidad no se agota en la vía señalada; en el positivismo hay detrás un concepto de realidad estática y en donde los sujetos son meros receptores de empiria. En una concepción de realidad en movimiento, el camino de la ciencia no necesariamente tendría que ser pensado como el de la verificación de las hipótesis sino que podría plantearse como el de la reconstrucción de la realidad en el pensamiento. Por otro lado, la reducción de la experiencia al dato empírico no sólo tiene como presupuesto la vía de la verificación, que asigna a la empiria un papel únicamente verificativo, sino que reduce a los sujetos a simples recolectores de datos. En este último sentido, aunque el sujeto recolector de datos establece con ello una relación con la realidad se trata de una relación pasiva desde el momento en que no se considera, e incluso se evita, la posibilidad de que el propio sujeto se convierta en transformador de empirias.

En otras palabras, la función de lo empírico en tanto lo observable, en una perspectiva reconstructiva de la realidad en el pensamiento, podría ser no sólo la verificadora de lo teórico sino también la alimentación del proceso de reconstrucción de la teoría.

La aguda observación de Berkeley acerca del carácter subjetivo de la percepción no es satisfactoriamente resuelta en el positivismo. Como señala Piaget tiempo después, no hay sensaciones puras (independientes de la reflexión de los sujetos) y en esta medida el dato empírico que tendría la virtud de verificar, siempre está contaminado de valores, prejuicios, intereses, etc. Además, añadirá Piaget, la sensación pura no existe porque la percepción nunca es la suma de sensaciones puras sino que éstas aparecen como percepciones *totalizantes*, en las que permanentemente hay un componente de construcción conceptual por parte del pensamiento. Es decir, la percepción sensorial es siempre una relación compleja entre sujeto y objeto, nunca podemos dissociarla del propio pensamiento del sujeto. Podríamos añadir que las percepciones sensoriales son *históricas* desde el punto de vista de su componente subjetivo: porque poseen siempre un *componente cultural*, sobre todo relacionado con el lenguaje, que cambia al cambiar la sociedad. Además, cuando lo empírico implica lo *empírico sistemático*, normado por la necesidad de verificar hipótesis teóricas, el dato empírico estará más claramente determinado por la conceptualización teórica y el recorte

de realidad externa, que lleva a la generación del dato, estará normado por los propios conceptos que se quiere verificar.

Si nuestro razonamiento lo llevamos hasta sus últimas consecuencias, una visión subjetivada del dato implicaría el negarle *exterioridad absoluta* del sujeto que conoce; y en una visión dinámica de la realidad que presuponga la articulación entre objetivo y subjetivo, los sujetos no sólo deben aparecer como posibles creadores de objetividad sino específicamente de *empiría* y, por tanto, de nuevos datos producto también de su voluntad.

En una perspectiva de reconstrucción del conocimiento y de los sujetos, lo empírico no reduce sus funciones a la verificación sino que interviene en la reconstrucción, así como tampoco la experiencia se reduce a un dato empírico "externo al sujeto". Esta problematización se relaciona con la función mediadora que los indicadores tienen en la perspectiva de verificación de las hipótesis. Los indicadores aparecen, en primer término, como *conceptos de un nivel de abstracción* menor que los conceptos teóricos que pretenden reflejar y, por tanto, síntesis de más determinaciones que aquellos conceptos teóricos. La traducción de conceptos teóricos en indicadores ha tratado de ser resuelta de muy diferentes formas por el positivismo: una de ellas es la de Lazarfeld, que propone un método de traducción de conceptos teóricos en indicadores. Para ello Lazarfeld plantea tres etapas de generación de indicadores, la primera sería la de descomponer el concepto de una manera analítica en sus "dimensiones", dimensiones que resultan del análisis lógico deductivo del contenido del concepto; la segunda etapa consistirá en *encontrar los indicadores* para cada dimensión; y la tercera, en tratar de reunir todos los indicadores en un indicador global llamado "*índice*". La primera etapa no parece ser particularmente problemática y las dimensiones aparecen también como conceptos derivados del concepto a dimensionalizar; sin embargo, con respecto a la segunda etapa, que presupone un cambio importante en nivel conceptual de abstracción, Lazarfeld dirá que no hay una teoría de la traducción de conceptos teóricos en empíricos y se deja la traducción por tanto a la imaginación y operaciones no racionales. La tercera etapa ha tratado de ser resuelta con técnicas matemáticas (por ejemplo, análisis factorial); técnicas que en su complejidad no hacen sino ocultar la incapacidad de resolver el problema de la causalidad únicamente a partir de la manipulación de la información empírica. En pocas palabras, el problema de la traducción de conceptos teóricos en indicadores está lejos de ser resuelto por la perspectiva positivista. El no reconocimiento de niveles conceptuales de abstracción (a saber entre concepto teórico e indicador) y sus

respectivas mediaciones imposibilita, en un primer momento, la solución de la operacionalización. Entre concepto teórico y empiria los indicadores aparecen como conceptos de mediación. La relación indicador-dato recibe diversas respuestas. Para el empirismo extremo los datos aparecen como "datos puros" que se convierten en ideas a través de los sentidos. El positivismo reconoce que el dato es un dato construido, pero en una relación de "observación" de la realidad por parte del sujeto.

Es posible que detrás de esta imposibilidad esté su propio *concepto de realidad* y de *correspondencia*. Por un lado, una realidad homogénea y simplemente externa al sujeto y, por el otro, una correspondencia en donde la mediación entre pensamiento y realidad permanece insalvable mientras permanezca el dualismo "realista" que disocia subjetividad de objetividad.

En una *concepción de realidad por niveles de realidad*, en la que la subjetividad sería uno de esos niveles, el problema de las mediaciones entre teoría y empiria no se da por saltos espectaculares. En primer lugar, la relación entre concepto teórico e indicador debe entenderse como un proceso de "reconstrucción vertical", con todas las consideraciones que antes hemos expresado acerca del camino de lo abstracto a lo concreto. En otras palabras, la "transformación" de conceptos en indicadores tienen que sufrir la mediación reconstructiva de otros conceptos en un proceso lógico-histórico, tal como lo hemos entendido para el método concreto-abstracto-concreto.⁴ Esta concepción de la relación teoría-empiria lleva a la negación de la univocidad verificativa a través del dato empírico, a la imposibilidad de la correspondencia absoluta, pero, sobre todo, a asignar como función principal al indicador una tarea reconstructiva más que verificativa en el sentido tradicional del término. Hemos hablado de dos momentos en el concreto-abstracto-concreto, el de la investigación y el de la exposición, en los que investigación y exposición sólo aparecen como énfasis diferentes en cada etapa y no como momentos mutuamente excluyentes; las funciones preferentes de lo empírico en estos dos momentos serán, en la investigación, la reconstrucción y, en la exposición, la verificativa.

A diferencia del positivismo, la perspectiva reconstructiva, al pretender dar cuenta del movimiento, plantea nuevos retos en el plano de lo empírico. Específicamente la *captación del tiempo presente* implica la construcción de un *objeto virtual* para el cual no

⁴ En este último sentido véase una explicación más amplia en Enrique de la Garza, *El método del concreto-abstracto-concreto*, UAM-I, 1983, cap. 6.

en todos sus momentos hay referentes empíricos al mismo nivel. De tal forma que el papel de lo empírico en la construcción del objeto virtual se acentúa en las primeras etapas y se relativiza en las últimas. Sin embargo, en todas ellas el indicador tiene que dar cuenta de objetividad y subjetividad como potencialidad de cambio. En el primer aspecto, el indicador aparece como un *indicador* más de *proceso* que de resultado, es decir, un indicador que en el plano de lo empírico pueda dar cuenta de posibles transformaciones. Habría dos maneras de abordar el problema *del cambio* como propiedad del indicador: una como indicadores que delimitan el espacio de acción empírica de los sujetos y otra el tratamiento de los indicadores de conceptos teóricos contradictorios, tratados relativamente por separado en el momento de los indicadores buscando posteriormente sintetizarlos en otro concepto de mediación.

Cuando pasamos del problema de la construcción de los indicadores al de los datos entramos propiamente al campo de la intervención de lo sensible. Es decir, los indicadores tienen que ser "llenados" con datos obtenidos de la experiencia, a través de cierta actividad práctica del sujeto. En una visión extrema, el dato preexiste al sujeto, no es construido, y el sujeto en su búsqueda de datos "objetivos" simplemente tiene que recolectarlos de ese mundo externo. En una visión reconstructiva y activa del sujeto, el *dato es siempre construido*, sea de una manera sistemática y científica o generado por los sujetos históricos de acuerdo a condiciones culturales particulares. La función de "mapping" del indicador sobre la realidad para hacer un recorte de la misma en la observación científica sufre una serie de mediaciones que hay que tener en consideración: primero, la mediación de la técnica de recolección; segundo, la mediación del lenguaje común que siempre estará presente en todo recorte perceptivo de la realidad; tercero, la insalvable contaminación de la sensación por los pensamientos del sujeto; cuarto, la posibilidad de que la relación de conocimiento entre sujeto y empiria sea una relación propiamente de transformación y no puramente receptiva.

El dato empírico aparece de esta manera no como un dato absoluto sino como *dato empírico-histórico*, como dato en transformación. Lo empírico aparece como uno de los posibles recortes de la experiencia (en la que sensoriedad y pensamiento están siempre presentes); es decir, el indicador contribuye junto con los demás factores a definir un *universo de observación* sin pretensión de objetividad absoluta, un universo empírico a observar-actuar, dentro de una infinitud de universos posibles empíricos.

En una perspectiva positivista, la captación de lo específico es sólo un medio para establecer la ley general, y la explicación de lo concreto se consigue subsumiendo el caso particular en la ley general. En otras palabras, la explicación siempre será con base en lo universal que desprecia los momentos particulares. En una perspectiva reconstructiva, que presupone una concepción de realidad por niveles de realidad, sin transición brusca entre sujeto y objeto, el camino de la reconstrucción es, a su vez, de especificación y, en esta medida, el proceso de generación de indicadores será el de indicadores cada vez más específicos al objeto (en esta línea va también la importancia de lo empírico en la reconstrucción y de la finura de la construcción del dato).

Se trata de hecho de un doble proceso reconstructivo, uno horizontal de avance teórico-histórico entre conceptos de mayor abstracción a los de menor y otro vertical de construcción de indicadores y datos. En el plano de lo empírico es un proceso de una mayor *generalidad* a mayor *particularidad*. Lo que entre niveles de abstracción sería la relación abstracto-concreto y avance a lo concreto, en el plano de lo empírico sería la relación generalidad-particularidad, en tanto que lo específico resultaría de la articulación entre esos dos procesos de avance hacia lo concreto y hacia lo particular.

Lo anterior tiene profundas consecuencias para los posibles recortes de lo empírico que permitirán generar los datos. En primer término, el camino de lo abstracto a lo concreto conceptual, en cuanto a los datos, será el paso de los datos generales a los particulares; en segundo lugar, la importancia de la intervención de lo empírico y la finura de la construcción del dato será menor en los niveles más abstractos y mayor en los más concretos. En otras palabras, el avance de la reconstrucción será, en el plano del dato, de aquellos menos específicos a los más específicos.

Todo lo anterior tiene consecuencias muy importantes en cuanto al posible papel de la medición y cuantificación en una perspectiva de reconstrucción conceptual de la realidad.

Un primer problema que se presenta con respecto a la medición es si todo concepto es medible. Las reflexiones modernas sobre la medición se inician en el renacimiento, en donde todavía la geome-

⁵ Para una explicación más amplia véase: Enrique de la Garza Toledo, "Medición, cuantificación y reconstrucción de la realidad", *Revista mexicana de sociología*, núm. 1, 1987.

tría —y después la mecánica— aparece como el paradigma de la ciencia. En este contexto la importancia de la matematización de las leyes científicas aparece como una necesidad del quehacer científico. Detrás del concepto de medición está la idea de la realidad como un “continuum” —como un organismo universal en el renacimiento— al que el pensamiento divide en cuanta homogéneos y luego los cuenta.

En la perspectiva de Hegel, cualidad y cantidad aparecen como propiedades de todo objeto; en cambio para autores modernos como Bunge, la medición no es ninguna propiedad esencial a los objetos; para Hempel la medición de conceptos depende de la teoría y no serían los conceptos por definición medibles o no. Kaplan, por su parte, nos dice que un fenómeno no es cuantitativo ni cualitativo en sí.

En general se considera que la medición consiste en asignar números para representar objetos o propiedades de objetos de acuerdo a reglas. Es decir, cuando se está contando se está homogeneizando objetos en cuanto a determinadas características, a sabiendas de que son diferenciables en otros aspectos. Este es el *primer gran problema* que se presenta con respecto a la medición: ¿cuál es un posible criterio de homogeneización en la medición? *El segundo gran problema* de la medición es en cuanto al uso de la lógica de las matemáticas en la operación de los números obtenidos al contar objetos homogeneizados. El problema es si la lógica con que las matemáticas operan sobre los números es la misma que la de la realidad y si, por tanto, las conclusiones a que se puede llegar matemáticamente corresponden con la realidad.

Este último problema podríamos ponerlo en otros términos: ¿existe *isomorfismo* entre los sistemas axiomáticos (las teorías matemáticas) y los sistemas teóricos sobre la realidad? Decir isomorfismo significa tres cosas principales: primero, si los axiomas matemáticos, de donde se construyen las teorías matemáticas, funcionan también en las teorías sobre la realidad; segundo, si hay una correspondencia de uno a uno entre los términos matemáticos y los de las teorías; y tercero, si las relaciones lógicas entre los términos matemáticos y los de las teorías son las mismas. Al decir de Cicourel,⁶ el problema del isomorfismo entre teoría y matemática no está resuelto y quien cuantifica simplemente supone que existe. Además, al presuponer la homogeneización de los objetos a medir se está ignorando todo lo que cada objeto tiene de específico, en la

⁶ A. Cicourel, *Métodos y medición en sociología*, Editorial Nacional, Madrid, 1964.

medida en que se contabilizan objetos homogeneizados, que son semejantes en cuanto a determinada propiedad pero no en otras. Así, no necesariamente la operación matemática, que en su lógica hace abstracción de las demás determinantes específicas, reflejará el comportamiento de lo real. Por ejemplo, la suma de dos respuestas afirmativas a un cuestionario hace abstracción de lo que específicamente significa para cada respondedor la pregunta y el resultado real de las dos respuestas afirmativas no necesariamente es la suma matemática de ellas.

Una primera observación general que cabría hacer en este momento es que no habría por qué identificar medición con objetividad, ni mucho menos el criterio de la objetividad tendría que ser la medición. Son tantas las mediaciones que se interponen entre el concepto teórico y su medida que obliga a establecer mínimamente una vigilancia epistemológica permanente y una desconfianza permanente en cuanto a las conclusiones de las mediciones en ciencias sociales. Precaverse del "misticismo de la cuantificación", dirá Kaplan. Ni todo para ser científico tiene que ser medido, ni el criterio último de verificación tiene por qué ser la medición. El misticismo de la medición tiene detrás la estrategia verificativa, el privilegio de la hipótesis como única mediación científica entre pensamiento y realidad, la neutralidad del dato empírico y el isomorfismo entre lógica de las matemáticas y de la realidad. Tantas mediaciones impulsan a relativizar la capacidad de la cuantificación para constatar leyes unívocas sobre la realidad social.

La realidad es a la vez homogénea y heterogénea, dependiendo del nivel de abstracción en que nos movamos. Destacar lo homogéneo en el plano empírico implica recortar de determinada manera esa realidad empírica, homogeneización que si no logra establecer las respectivas mediaciones entre concepto y dato dejará en la obscuridad la pertinencia de dicha homogeneización, desde el momento en que lo empírico puede ser homogeneizado-deshomogeneizado desde muy diversas perspectivas. Es decir, la homogeneización empírica no puede ser presupuesta sino que será resultado de la reconstrucción tanto vertical como horizontal, debe ser *resultado del nivel de especificidad definido en cada momento de la reconstrucción*. Así no todo concepto, ni en todo momento de la reconstrucción, es cuantificable. La categoría clave que permite distinguir entre un momento de cuantificación o de cualificación es el de la especificación requerida del concepto.

El problema de cuándo homogeneizar los referentes empíricos es susceptible de guías genéricas dependiendo del momento de la reconstrucción. En la fase de la investigación, en la que se privilegian

las funciones reconstructivas de los datos sobre las verificativas y que es, a la vez, una etapa menos sistemática que la de exposición, se podría pensar que la cuantificación cumpliría un papel más importante en los momentos de arribo a la categoría más simple, dentro de la idea de que el avance en lo empírico de lo concreto a lo abstracto se traduce en otro de lo *heterogéneo a lo homogéneo*.

Es en los momentos de mayor abstracción, en aquellos en los que las determinantes del concepto son menores, cuando se podría pensar que sería posible un mayor acercamiento a la homogeneidad de lo empírico, siempre y cuando fuesen reconstruidas las mediaciones entre concepto y dato y definido que es homogeneizable en ese momento. El punto de partida en la investigación, el concreto real, aunque admite cuantificaciones, en su heterogeneidad teórica habla de la desconfianza en las cuantificaciones en cuanto a contribuir de inmediato a establecer legalidades más profundas que las simples asociaciones entre datos, aunque también los momentos iniciales de la investigación implican mediaciones menos rigurosas entre conceptos y datos y así la medición puede tener un papel importante.

En la fase de la exposición, como avance de lo abstracto a lo concreto en el pensamiento, pareciera a primera vista que la cuantificación sería más segura en su función verificativa en los momentos más abstractos, en aquellos donde los conceptos dependen de menos determinaciones-menos mediaciones y, por tanto, en los que serían más claramente definibles los aspectos empíricos homogeneizables que en las etapas donde los conceptos se vuelven más complejos.

Lo dicho hasta aquí considera el avance conceptual en sentido horizontal. Sin embargo, como el proceso reconstructivo aparece en dos planos y la traducción de conceptos en indicadores y el recorte de los datos es también un proceso de reconstrucción de mediaciones, aunque los niveles más abstractos de la línea horizontal dependen de menos determinantes, su traducción vertical en indicadores puede implicar más mediaciones que en las fases más concretas del concepto. En otras palabras, aunque horizontalmente la tentancia a aceptar la cuantificación con mayor seguridad sería hacia los momentos más abstractos, verticalmente lo sería en el sentido de los conceptos más concretos. En todo caso, el problema y su solución general permanecen: *es posible cuantificar cuando el nivel de especificidad requerido en cada fase de la reconstrucción permita la homogeneización en el plano empírico, siempre y cuando queden claras las mediaciones entre concepto teórico y datos empíricos homogeneizados.*

El segundo gran problema de la cuantificación es que, una vez homogeneizado lo empírico, su contabilidad permite operar con la lógica de las matemáticas. En general esta lógica presupone fundamentalmente: un *principio de identidad* (cuando dos objetos o propiedades son iguales), uno de *conmutación* (cuando algo es igual a otra cosa los términos de la igualdad pueden ser intercambiados), uno *asociativo* (cuando los objetos se igualan pueden ser reunidos en asociaciones diversas) y uno *incremental* (definida la homogeneidad los objetos pueden sumarse). *El problema fundamental de esta lógica matemática es si las relaciones sociales pueden analizarse de acuerdo a ella.* El primer principio remite a la posibilidad de identificar rasgos comunes y diferenciables cuantitativamente en el mundo empírico, es decir, el de la homogeneización. Las otras propiedades de los sistemas matemáticos se reducen a si las propiedades homogeneizadas pueden ser reunidas en arreglos mayores y pueden distinguirse por su magnitud. Aquí el problema no se presenta de fácil solución porque es aceptable tanto la respuesta positiva como la negativa, más no en abstracto (como quisieran responder aquellos que quieren construir teorías universales de la sociedad). En primer término, es posible pensar no en una sola lógica de la sociedad, tanto por su posible cambio histórico como por la posibilidad de lógicas diversas, dependiendo del nivel de abstracción como del momento de la reconstrucción conceptual. En esta medida, la uniformidad de la lógica matemática no asegura que la medición no esté violentando la misma realidad, lo que podría relativizar las conclusiones obtenidas al cuantificar. En este problema tan complejo, como en general en todos los otros que se derivan de una perspectiva reconstructiva, no hay recetas. *El principio general de descubrir más que de deducir tendría que ser aplicado al uso de las matemáticas en la investigación. Es decir, la decisión de si la matemática y su lógica es pertinente en un momento de la construcción debería implicar no suspender la reconstrucción hasta el momento de la generación del dato sino continuarla hacia la propia reconstrucción de la lógica de la cuantificación, de la lógica de la matemática.* Si después de esto se ve que la reconstrucción de la lógica matemática coincide con la del sistema matemático a disposición, podrá utilizarse y sus conclusiones serán más fiables que el uso de las matemáticas sin aclarar las mediaciones y supuestos que subyacen a dicho uso.

Aunque los principios generales (*especificidad y mediación* principalmente) conducen a una reconsideración del uso de la cuantificación en ciencia social, no por ello las soluciones específicas son ahora suficientemente claras. La puerta está abierta para reflexio-

nes más acabadas; por lo pronto se impone una *vigilancia epistemológica* en cuanto al uso de la *cuantificación*: vigilancia con respecto al misticismo de la cuantificación que identifica *objetividad con exactitud*; vigilancia en cuanto a lo *conclusivo* que puede parecer lo cuantificable y a erigirlo en criterio de cientificidad; duda permanente en cuanto a los resultados numéricos que para algunos resuelven el problema de la correspondencia pero que en muchos casos no han hecho sino complicarlo.

6. INDICADORES Y TÉCNICAS DE CONSTRUCCIÓN DE DATOS¹

Las llamadas técnicas de recolección de información son en realidad técnicas de construcción de datos. Cada una de ellas obedece a determinados supuestos de la realidad social y de la relación entre "sentido mentado" y acción, así como a consideraciones particulares sobre lo que es una ley social.

Podríamos clasificar las técnicas de construcción de datos en dos grandes rubros:

1) Las que construyen sus datos "ad hoc" para la investigación a partir de verbalización, escritura u observación de los sujetos en cuestión.

2) Las que generan datos reconstruyéndolos a partir de información no recabada para la investigación considerada.

Los problemas fundamentales de las técnicas de generación de datos pueden analizarse con mayor propiedad en el caso 1; el caso 2 queda englobado en el 1 con la complicación de proporcionar datos sobre los cuales se tiene una capacidad limitada para transformarlos.

En general, las técnicas de generación de datos tienen su pertinencia en la fase de transformación del *indicador en dato*. La técnica aparece aquí como una mediación entre el indicador y la realidad. De esta forma influyen sobre el dato tanto el indicador, la técnica, como la misma realidad. Sin que la realidad se exprese, por tanto, como datos puros. Por ejemplo, cuando se trata de datos obtenidos por verbalización de los sujetos, sus respuestas pueden estar influidas por las preguntas previamente diseñadas y que aparecen como indicadores de conceptos teóricos, pero también influye la técnica utilizada (no es lo mismo hacer preguntas cerradas que

¹ Una exposición amplia acerca de los fundamentos, la crítica y las alternativas a las técnicas de investigación social desde una perspectiva marxista puede verse en: Enrique de la Garza Toledo, *Hacia una metodología de la reconstrucción*, UNAM-Porrúa, Antologías para la docencia, México, 1988.

abiertas, por ejemplo); los sujetos entrevistados seguramente expresan algo a partir de sus respuestas, aunque no necesariamente sus respuestas sean datos para el indicador deseado. Asimismo, el contexto concreto y la biografía de los sujetos influirán en las respuestas de los entrevistados.

En algunas técnicas, la forma de generación del dato y la medición van de la mano (por ejemplo en el cuestionario cerrado cuyos datos pueden traducirse en porcentajes) y el problema global que se presenta en estas técnicas es el hacer abstracción de lo específico que tiene cada caso concreto y, por tanto, de la posibilidad de que un mismo dato tenga diversos significados.

Cada técnica tiene su propia concepción de la realidad social y uno de los problemas principales de muchas de las técnicas que toman como unidad de análisis al individuo es si el dato individual puede traducirse en datos sociales y también si los datos de la conciencia tienen una relación directa con los de la acción. El énfasis en el uso de las encuestas tiene detrás muchas veces una concepción atomizada de la realidad social, en donde lo colectivo se vuelve simple agregado estadístico.

Haremos algunas observaciones muy generales con respecto a la entrevista, el cuestionario y las historias de vida.

ENTREVISTA Y CUESTIONARIO

Se trata de información verbal o escrita en relación social entre el entrevistador y el entrevistado. Los datos generados pueden ser de hecho o de opinión. Algunos de los principales problemas que presentan la entrevista y el cuestionario son los siguientes:

1. Los datos generados son en general individuales y no de relación social directa. ¿Cómo pasar de lo individual atomizado a la interacción social? ¿Hasta qué punto las opiniones y deseos se traducirán en acción?
2. Los datos generados son datos de la conciencia del sujeto. ¿Hasta qué punto el sentido mentado corresponde con el contenido? ¿Hasta qué punto la conciencia del actor coincide con los motivos últimos?
3. El dato individual con base en preguntas estandarizadas hace abstracción de todo lo no estandarizable que tiene cada sujeto, relacionado en la situación particular en que se genera la respuesta y

con la biografía del entrevistado. De esta manera un mismo tipo de respuesta para una pregunta puede tener diferentes significados.²

HISTORIAS DE VIDA

Se trata de un registro de la vida de un sujeto en algunos aspectos determinados. Comprende la historia oral, la historia escrita y el registro estructurado con base en un cuestionario. La historia de vida, a diferencia del cuestionario estandarizado, permite recuperar especificidad y articulación entre tiempo biográfico y tiempo histórico. Sin embargo, algunos de los problemas de la entrevista y cuestionario siguen presentándose: cómo pasar del caso individual a la situación social, hasta qué punto lo histórico puede ser reconstruido a partir de lo individual y sobre todo partiendo de los datos de conciencia.

En el camino que conduce a la reconstrucción desarticulada y articulada, el acercamiento al mundo empírico es indispensable en la fase de investigación, con una función de lo empírico más reconstructiva que verificativa y, en la exposición, con mayor énfasis en la verificación. En una u otra etapa de la investigación el dato será siempre un dato construido, lo cual implica su "impureza" inevitable con respecto a conceptos e indicadores. En cuanto a la selección de las técnicas más adecuadas para la generación de datos, éstas pueden estar normadas por aspectos como los siguientes:

1) Dependen del momento de la reconstrucción en que nos encontremos. En la fase de investigación hay dos momentos de acercamiento a lo empírico: primero el de la descripción desarticulada y segundo el de la descripción articulada. La primera implica búsqueda inicial de mediaciones y de articulaciones y, por tanto, la especificidad del dato, del indicador y del concepto indicador, así como sus respectivas mediaciones serán menos claras en la segunda fase. Esta consideración de búsqueda en la descripción desarticulada nos habla de la posibilidad de utilizar indicadores y técnicas de generación de datos que no podrían ser empleadas cuando las mediaciones y articulaciones fuesen más claras. En la descripción articulada, su diferencia principal con respecto a la desarticulada es el nivel de especificación de conceptos, indicadores y datos; de esta forma las técnicas más especificantes serán preferidas a las que hacen abstracción de los sujetos concretos.

En la fase de exposición, la función verificativa de los datos será

² *Ibid.*

mayor que la reconstructiva, además se trata de la exposición depurada de las articulaciones lógicas y empíricas, en donde las relaciones entre concepto indicador y dato serán más claras que en la investigación. En esta medida el nivel de abstracción empírica requerido en cada momento de la exposición determinará el tipo de dato y de técnica para su generación.

Lo anterior significa que el camino de lo concreto a lo abstracto en la investigación puede ser también visto como el de menor especificidad al de mayor y, desde el punto de vista del dato, de los datos más generalizantes a los más especificantes; desde el punto de vista de las técnicas, desde las más abstractivizantes a las más especificantes y, desde la perspectiva de la medición, de las mediciones a las cualificaciones (véase capítulo anterior).

Lo anterior significa que las entrevistas, los cuestionarios, las historias de vida, el análisis del discurso, los documentos o los censos y estadísticas pueden llegar a ser usados siempre y que se ejerza sobre ellos una vigilancia epistemológica y se justifique su abstractividad o generalidad. Por otro lado, las técnicas usuales pueden sufrir modificaciones buscando una mayor especificidad. En el caso de la encuesta y el cuestionario esto puede lograrse de dos formas complementarias: 1) diseñando preguntas no derivadas de un marco teórico universal sino recuperando el contexto particular, y 2) reconstruyendo en la misma entrevista el contexto en que ésta es generada en el sentido de recuperar lo específico al sujeto, preguntas que no tendrían el sentido de estandarizar sino de contextualizar cada caso particular. Estas modificaciones permitirían hablar de un nuevo tipo de entrevista: la entrevista *contextualizante*. En el orden general de especificación la preferencia técnica iría en el siguiente sentido: observación de relaciones sociales, historias de vida, entrevistas contextualizantes, cuestionarios de preguntas abiertas, cuestionarios de preguntas cerradas.³

A continuación haremos una propuesta de indicadores para cada uno de los conceptos ordenadores de las diferentes áreas que hemos venido considerando, sin entrar en los detalles de la justificación de la propuesta.

³ *Ibid.*

1) Área de proceso de producción

Conceptos ordenadores

Indicadores

Explotación:
jornada de trabajo

duración

turnos

horas extras

intensidad-productividad
Precio de la fuerza de trabajo
Trabajo eventual y de planta

valores de uso/tiempo

salario y prestaciones

diferencia en los indicadores
anteriores

Calificación-descalificación;
subordinación del obrero
a la máquina

—la máquina impone la forma de
operación

—la máquina impone el ritmo

—papel del juicio del obrero

* simplificación

* estandarización

* rutina

* monotonía

* conocimiento requerido

Subordinación del obrero a la
dirección de la empresa

—organización del trabajo

—decisión en las cargas de trabajo

—jerarquías de mando

—la supervisión

—premios o castigos

—aceptación de la dirección

Relaciones obrero-obrero

—trabajo en equipo

—competencia-solidaridad

Salud y seguridad

—enfermedades profesionales

—accidentes

Conflicto obrero-patronal:

—individual

—colectivo

causas, tipos

formas de lucha, resultados,

formas de resistencia

Conceptos de articulación con otras áreas

1. Con la vida sindical
 - reglamentos relacionados con el proceso de trabajo y la explotación
2. Economía de la empresa
 - finanzas, planes de expansión y reorganización y cambio de tecnología
3. Ideología empresarial
 - discurso de la empresa hacia los trabajadores
4. Competencia y solidaridad obreras
 - niveles salariales
 - movilidad interna y externa
 - actos colectivos solidarios
5. Percepción del obrero de:
 - el trabajo
 - la empresa
 - el sindicato
 - el sindicalismo
 - el estado

Preguntas de un cuestionario con el problema de la autonomía y el ángulo de la crisis

Variables interventoras

- calificación
- tipo de proceso de trabajo
- trabajador eventual y de planta
- características socioeconómicas
 - sexo
 - edad
 - origen social
 - experiencia de trabajo
 - educación
 - estado civil

II) Área de relaciones sindicales

Corporativismo

- participación del sindicato en instituciones estatales
- participación del sindicato en la vida política
- participación en la administración pública
- participación en el sistema electoral

Contratación de la fuerza de trabajo

- formal
- informal

Contratación colectiva

- relación sindicato-obreros
- sindicato-empresa (democracia y subordinación)

Política social del sindicato

- instituciones sindicales
- intervención del sindicato en instituciones

Control sobre el proceso de trabajo

Democracia sindical

- participación de la base en la toma de decisiones

Burocracia sindical

- funciones burocráticas del sindicato: tramitación, defensa, de política social

Conflicto sindical

- sindicato-empresa
- sindicato-base trabajadora

III) Área de reproducción social de la fuerza de trabajo

Algunas de las variables principales a considerar en la reproducción externa serían las de: educación, alimentación y consumo en general, servicios públicos y habitación. Todas estas variables o algunas de ellas tendrían que ser consideradas en su cruzamiento con los siguientes indicadores.

A. Reproducción organizada por:

- el Estado
- el sindicato
- la empresa

(integración y legitimidad)

- instituciones en que participa
- beneficios que recibe
- deficiencias del servicio

B. Vida pública

- participación electoral
- participación en relaciones con la administración pública
- relaciones con la administración de la justicia

C. Sistemas culturales

- arte
- religión
- tradiciones y costumbres
- lenguaje

- características relacionadas con la aceptación del orden vigente y del sistema de poder
- función de la escuela, la familia, los medios masivos de comunicación, las relaciones sexuales y las de amistad

D. El conflicto en el ámbito de la reproducción externa

- causas de conflicto
- formas de lucha
- formas de organización

E. Percepción de la reproducción externa

- con el problema de la autonomía y el ángulo de la crisis actual

Además del cruzamiento por aspectos relacionados con la reproducción de la fuerza de trabajo es posible hacer otro cruce por niveles de unidades de análisis: la familia, el barrio, la población o ciudad y el país.

7. LA COINVESTIGACIÓN

*Sólo los trabajadores pueden
describir con cabal
conocimiento las desgracias
que soportan.*
C. Marx

Coinvestigación fue una propuesta acuñada por el grupo de Panzieri en Italia a principios de los sesenta. Lo que parece una simple técnica de recolección de información tiene tras ella todo un profundo replanteamiento acerca de la función de la teoría en la transformación social, de la relación sujeto-objeto, así como del papel de los intelectuales en la formación de una alternativa de clase. *Quaderni Rossi* no llegó a profundizar en las consecuencias epistemológicas y políticas explícitas de la coinvestigación, convirtiéndose para ellos en intervención política directa en los lugares de trabajo de la clase obrera. Sin embargo, la crítica a la concepción del partido-guía, la reflexión acerca de la relación entre pensamiento y acción y la idea de una clase obrera que no es simple objeto estructural se sintetizan en la propuesta de la coinvestigación.

PRESUPUESTOS EPISTEMOLÓGICOS DE LA COINVESTIGACIÓN

Uno de los aspectos fundamentales que distinguen al marxismo del positivismo es el ver a la realidad como una realidad en permanente transformación, como una realidad dada y, a la vez, dándose. Pero esta idea del movimiento, para ser específica, tiene que completarse con la concepción de historia como movimiento resultante de la articulación entre objetividad y subjetividad. Sin negar el componente objetivo de la realidad que puede ser captado por el pensamiento a través de legalidades, la sola objetividad no basta para explicar el movimiento. En esta medida, la ley marxista es siempre una *ley de tendencia* en donde el resultado práctico depende siempre de otras mediaciones, entre ellas las de la propia subjetividad de las clases sociales. Subjetividad que, aunque guarda relación con la objetividad, no es un reflejo pasivo de ella, sino un componente activo del curso histórico. Objetividad determina subjetividad sólo en

el sentido de determinación mediada y no simple causalidad, en donde la subjetividad se revierte también sobre la objetividad transformándola.

La idea del movimiento histórico, traducida al plano del conocimiento tiene que ser especificada con la noción de realidad estructurada por niveles de realidad. Esta concepción se traduce en un planteamiento de conocimiento teórico como articulación entre lo más abstracto y lo más concreto en el pensamiento.

Los problemas anteriores guardan relación con el de la conciencia y la práctica. En primer término, entre conciencia y realidad no puede existir una correspondencia unívoca, la realidad no se agota en la objetividad del conocimiento: conocimiento y realidad en el marxismo se sintetizan en la práctica.

Pero no toda la práctica se basa en el conocimiento científico, ni toda la realidad es objetividad únicamente. La correspondencia entre conocimiento y realidad será siempre relativa tanto como posibilidad de profundizar infinitamente el objeto como de una objetividad sujeta a legalidades de tendencia.

La estrategia de conocimiento que sintetiza la problematización de la relación entre realidad y pensamiento la hemos denominado *concreto-abstracto-concreto*. Problematiza la realidad porque tiene detrás la consideración de la posibilidad del cambio histórico a diferentes niveles de realidad. Problematiza la teoría porque impone su cuestionamiento permanente. Sin embargo, el concreto-abstracto-concreto puede llegar a convertirse en otro método contemplativo de la realidad social objetiva y de la clase obrera vista como un simple objeto estructural sometido a las implacables leyes de cambio que van más allá de su voluntad. El concreto-abstracto-concreto para evitar la *tentación cientificista* tiene que reivindicar en forma articulada dos cuestiones fundamentales: 1) las implicaciones de considerar a las leyes objetivas como leyes de tendencia, y 2) la relatividad del conocimiento con respecto al curso histórico, desde el momento en que no es posible la correspondencia exacta entre pensamiento y realidad y que el resultado histórico concreto depende también de la subjetividad. Estas consideraciones imponen nuevas tareas al pensar científico. Primero, el establecimiento de leyes de tendencia presupone como problema el de la transformación de la realidad, problema que adquiere su connotación precisa en la *determinación de espacios de lo posible para la acción de los sujetos*; segundo, las mediaciones entre pensamiento y realidad y la preeminencia de la práctica sobre la teoría en la transformación de la realidad, así como la necesaria inclusión de la subjetividad y las influencias recíprocas entre objetividad y subjetividad, permiten

plantear la *necesaria intervención de los sujetos en el proceso de conocimiento de sus potencialidades*.

La clase obrera no es simple objeto estructural. Es siempre un sujeto-objeto. En tanto objeto estructural está determinado por legalidades que rebasan su subjetividad, es a la vez conciencia y acción. Pero aspectos estructurales y aspectos subjetivos de la clase se relacionan recíprocamente. Lo estructural determina mediadamente aspectos subjetivos y la subjetividad se revierte sobre la objetividad. Estando lo objetivo y lo subjetivo siempre en relación recíproca, no en cualquier coyuntura esta relación es simétrica. Lo anterior nos habla de la posibilidad de hablar de estadios diversos de la subjetividad obrera en tanto capacidad de enfrentarse a su enemigo de clase e incidir sobre el propio curso material de la sociedad y de ella misma. Es decir, no en toda coyuntura la subjetividad de la clase adquiere la forma de movimiento, ni mucho menos de movimiento obrero autónomo.

El movimiento obrero autónomo, a su vez, no es resultado únicamente de la influencia de partidos o dirigentes, sino que se asienta sobre bases materiales que en forma mediada también determinan las posibilidades históricas concretas de la clase de ofrecer una alternativa de reconstrucción de la sociedad sobre bases diferentes a las de la sociedad burguesa.

En esta medida, la *coinvestigación*, que en una primera instancia implica la *participación de los sujetos-objetos en el proceso de conocimiento de sus posibilidades transformadoras*, no es equivalente a simple *concientización*, como aparece en algunas versiones de la llamada investigación acción. La *coinvestigación* no es pretexto para llevar la conciencia a aquellos "que no la tienen" por parte de los depositarios de la conciencia. Y no lo es porque una concepción de la realidad en transformación implica el reconocimiento de la relatividad de la teoría acumulada para delimitar espacios para la acción. Además, la idea de historia como articulación entre objetividad y subjetividad a desentrañar en sus respectivas determinaciones, implica que la determinación del espacio de lo posible, en la coyuntura concreta, no puede ser captada únicamente por la labor de investigación de los intelectuales por dos cuestiones principales: primera porque el conocimiento objetivo implica lo subjetivo en tanto que el movimiento histórico depende también de lo subjetivo; segunda porque la propia objetividad depende de la subjetividad y, por tanto, no puede ser captada cabalmente sin la intervención de los sujetos en el propio proceso de conocimiento. Además, al interpenetrarse objetividad y subjetividad, el proceso

de coinvestigación llega a convertirse en parte del contexto de los sujetos-objetos, influyendo sus capacidades de acción.

LAS TENTACIONES DEL CIENTIFICISMO Y DEL EMPIRISMO EN LA COINVESTIGACIÓN

Una concepción de la realidad simplemente sujeta a leyes objetivas lleva a una propuesta de conciencia de clase que puede ser llevada desde fuera a la clase obrera, desde el momento en que ésta depende únicamente de su situación estructural. La propuesta de coinvestigación es síntesis marxista entre conocimiento y acción, presupone al concreto-abstracto-concreto pero lo rebasa, como la acción rebasa al conocimiento. Dicha coinvestigación se convierte en una respuesta articulada a la relación entre conocimiento y práctica, dejando de ser su relación un problema moral y convirtiéndose fundamentalmente en un presupuesto político-epistemológico.

La coinvestigación como intervención política y de conocimiento se aleja del científicismo como del empirismo. La tentación *empirista* en la coinvestigación sería presuponer que el espacio de lo posible y su conocimiento está ya presente en la conciencia de los sujetos-objetos como "sabiduría popular" y que basta ordenarla y sistematizarla. Un empirismo de esta naturaleza desconoce aspectos epistemológicos y de determinación social del conocimiento planteados en el marxismo: primero, desconoce la idea de una realidad por niveles en donde no todos estos niveles aparecen de inmediato a la conciencia de los actores. Cuando esta conciencia se basa en la experiencia social está configurada por una heterogeneidad de prácticas parciales, en las que no necesariamente la totalidad concreta, en tanto totalidad social, es equivalente a la totalidad empírica que el pensamiento cotidiano puede captar. Entre prácticas parciales y práctica social, así como entre totalidades empíricas y totalidades sociales, existen una serie de mediaciones que cabe investigar, mediaciones que, por otro lado, son únicamente determinantes estructurales como hemos explicado. Relacionado con lo anterior está el planteamiento de la realidad estructurada por niveles de realidad, en donde el problema de las mediaciones aparece en toda su pertinencia.

El problema panzeriano de cómo el capital variable se puede convertir en movimiento obrero autónomo tiene profundas implicaciones para la coinvestigación: 1) no presupone que la clase obrera puede ser simple objeto estructural (capital variable) pero sí implica el reconocimiento de que la relación recíproca entre

objetividad y subjetividad no tiene la misma forma y las mismas jerarquías en cualquier coyuntura. En esta idea está presente el concepto de poder y dominación. Poder y dominación se convierte en idea mediadora, como problema político, de la relación entre objetividad y subjetividad para la clase obrera. La capacidad de convertirse en movimiento obrero autónomo es un problema político, que descansa en una capacidad de alterar las jerarquías entre objetividad y subjetividad de la clase; 2) la capacidad de conversión de la clase obrera en movimiento obrero autónomo es también capacidad de superar las prácticas parciales y formar parte de una práctica general de clase. Es también capacidad de superar las visiones parciales de la realidad, reconstruir la totalidad en el pensamiento y transformar la realidad. Este proceso de reconstrucción de la totalidad en el pensamiento no antecede a la práctica sino que se desarrolla con ella, desde el momento en que la propia totalidad es articulación entre subjetividad y objetividad. Además, la mediación insalvable entre pensamiento y realidad y la determinación social del conocimiento impiden identificar totalmente subjetividad y ciencia.

La coinvestigación implica la investigación conjunta entre intelectuales y trabajadores. No se trata de una investigación participativa, la cual no es sino una variante cientificista de otras técnicas de recolección de información. La coinvestigación no desconoce la diferencia entre intelectuales y obreros. Sin embargo, la coinvestigación se deslinda de dos de las concepciones más comunes de la función de los intelectuales: primero, de la idea de intelectuales como depositarios de la conciencia, capaces con su ciencia de llevar la conciencia desde fuera al proletariado y de trazar la táctica y la estrategia del movimiento obrero; segundo, se deslinda de la idea de intelectuales como simples forjadores de una cultura, desde el momento en que se reivindica el conocimiento científico en su especificidad con respecto a otras formas de conocimiento. El reto no es sólo cómo se forja una nueva concepción del mundo, lo cual no rompe con la concepción de la conciencia que llega desde fuera (a pesar de que la concepción del mundo no sea simple cientificismo); se trata ahora, por el contrario, de crear conocimiento que en su relación con la acción permita captar los espacios de lo posible con la intencionalidad de la transformación de la sociedad: se trata de no hacer simple ideología para la cultura sino pensamiento para la acción. Se trata de construir una nueva ciencia, la ciencia de la revolución. Ciencia que rompa con las versiones metafísicas del marxismo, las que asignan al proletariado una misión histórica simplemente derivada de su condición estructural, versiones que con-

vierten en concretas y necesarias posibilidades abstractas. Se trata ahora de profundizar en la realidad en forma consecuente con la idea marxista de la historia.

En esta tarea práctica, la *función* de los intelectuales más que teórica se vuelve epistemológica; más de método que de señalamiento de hipótesis. Las respuestas a la coyuntura no las poseen los intelectuales, es el proletariado activo el que en el proceso práctico y de coinvestigación puede llegar a definirlos. En esta medida, la función del intelectual cambia, deja de ser *guía del proletariado, para convertirse en instrumento de clase, en tanto proporcionador de los instrumentos epistemológicos y metodológicos para que la coinvestigación en su aspecto de conocimiento pueda llevarse a cabo.*

La coinvestigación no tiene como objetivo intelectualizar a los trabajadores, convertirlos en investigadores sociales tradicionales. La coinvestigación busca la acción en articulación con el conocimiento. Se aleja del cientificismo en el sentido de definir la táctica únicamente a partir del conocimiento de la estructura. Se aleja del empirismo en cuanto a que reconoce que uno de sus objetivos es la superación de las prácticas parciales de los trabajadores y busca articular una práctica social total autónoma y orgánica, en contraposición a las prácticas inorgánicas. Este proceso de conformación de una práctica social total orgánica la ve precisamente como un proceso de superación de la parcialización y, a la vez, implica el reconocimiento de que la clase obrera de un solo golpe no puede construir una alternativa de clase. Como problema de conocimiento, la superación de la parcialidad y la organicidad presupone el reconocimiento paulatino por parte de la clase del ángulo del conflicto y de la lucha de clases, así como de que el problema fundamental debe ser el de la generación de una voluntad colectiva autónoma.

Definición del problema

El conflicto cotidiano entre el capital y el trabajo abre la posibilidad de un punto de arranque en la coinvestigación relacionado con problemas concretos del destacamento obrero en cuestión (por ejemplo, los problemas que acarrearán un cambio tecnológico, o en la organización del trabajo, o en el sistema de pagos, etc.). Los problemas iniciales en la coinvestigación no pueden ser problemas teóricos, sino fundamentalmente problemas prácticos de la clase concreta. Sólo en el proceso de coinvestigación la propia problemática puede ser transformada pero la línea de su transformación no puede ser presupuesta, salvo en el aspecto de búsqueda de totalidad y eliminación de parcialidad. Es decir, en la definición del problema

de arranque tienen que jugar un papel predominante los trabajadores que participan en la coinvestigación en ese momento; nadie más que ellos conocen prácticamente los problemas más sentidos por los trabajadores de la empresa en cuestión.

El método

La coinvestigación subsume al concreto-abstracto-concreto y a la descripción articulada. En la definición de la estrategia general de conocimiento, el investigador participante en la coinvestigación juega un papel central. Sin embargo, en una perspectiva abierta de conocimiento, la definición concreta de cada uno de los momentos metodológicos (por ejemplo, la definición de las áreas) no puede ser función únicamente del investigador sino también de los trabajadores. No se trata de tener el diseño de la investigación completa y luego investigar ni tampoco la investigación completa y luego actuar, sino de empezar a actuar con la misma investigación, en esta medida proceso de conocimiento, y sus resultados dependen también de la práctica. Esta relación recíproca implica comprometer a cada vez más trabajadores en la investigación, pero sobre todo en la acción. Este mismo compromiso implica la generación de canales de comunicación entre base y equipo de investigación, así como de difusión de resultados parciales.

Trabajo de campo

Es en la recolección de información de los propios sujetos en donde la interacción entre coinvestigación y acción puede empezar a ser más completa. En esta forma, la recolección de información no es simple concientización, sino fundamentalmente relación política, aprendizaje mutuo entre sujetos-objetos y equipo de investigación, así como en planteamiento de tareas prácticas, formas de organización, de lucha, de expresión, etcétera.

En estas tareas de recolección de la información y de relación más general entre equipo de investigación y base obrera, la participación de los trabajadores del equipo resulta indispensable. No en el sentido de "mano de obra de encuesta", sino como activistas políticos capaces de aprender y enseñar al mismo tiempo.

Análisis de los resultados y redacción del informe final

La coinvestigación no tiene propiamente un punto final desde el momento en que el problema de la conformación de un movimien-

to obrero autónomo es una tarea histórica que, desde el punto de vista de la coinvestigación, implica una transformación del problema de estudio (con miras a su generalización), de los universos de observación, de las relaciones entre coinvestigación y acción. Sin embargo, hay evidentemente resultados parciales de la coinvestigación en donde el problema de la difusión de éstos debe ser tratado como un problema particular que atiende a las características culturales de la clase y sus especificidades lingüísticas.

Detrás de la coinvestigación es probable encontrar el germen de una nueva racionalidad, que Marx entrevió pero que "la historia" impidió que se desarrollase durante casi un siglo. ¿Seremos capaces de responder a los retos del fin del milenio? Esto dependerá en buena medida de que seamos capaces de romper con el pasado y con lo legítimo, recuperando la confianza en que puede llegar a ser construido un mundo diferente al del capital.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE METODOLOGÍA MARXISTA

- ADORNO, T.W., *Dialéctica negativa*, Taurus, Madrid, 1975.
- ALTHUSSER, Louis, *Curso de filosofía marxista para científicos*, Editorial Diez, s/1, 1975.
- _____ *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1972.
- _____ "Tesis de Amiens", en revista *Dialéctica*, num. 3, julio 1977, Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1977.
- ALTIERI MEGALE, Angelo, "La interpretación de la dialéctica por Benedetto Croce", en revista *Dialéctica*, núm 4., Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1978.
- ARJIPTSEV, F. T., *La materia como categoría filosófica*, Grijalbo, México, 1966.
- BACKHAUS, Hans Georg, "Dialéctica de la forma valor", en revista *Dialéctica*, núm. 4, Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1978.
- BADALONI, Nicola, *Dialéctica del Capitale*, Editore Riuniti, Roma, 1980.
- BADIOU, Alain y Louis ALTHUSSER, *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*, Ediciones de Pasado y Presente, México, 1980.
- BUCK-MORSS, Susan, *El origen de la dialéctica negativa*, Siglo XXI, México, 1982.
- CARDOSO, Ciro F.S. y H. PEREZ BRIGNOL, *Los métodos de la historia*, Grijalbo, México, 1979.
- COLLETTI, Lucio, *La dialéctica de la materia en Hegel y el materialismo dialéctico*, Grijalbo, México, 1977.
- _____ *El marxismo y Hegel*, Grijalbo, México, 1977.
- _____ *Tramonto dell'ideología*, Laterza & Figli Spa, Roma-Bari, 1980.
- _____ "Valor y dialéctica en Marx", en *Debate sobre la teoría marxista del valor*, varios autores, Ediciones Pasado y Presente, México, 1978, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 82.
- CERRONI, Umberto, *Metodología y ciencia social*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, España, 1971.
- CÓRDOVA, Arnaldo, "La dialéctica marxista como racionalidad histórica", en *Sociedad y Estado en el mundo moderno*, del mismo autor, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 1973, serie Estudios 38.

- DAL PRA, Mario, *La dialéctica en Marx*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, España, 1971, colección Novocurso.
- DE LA PEÑA, Sergio, *El modo de producción capitalista: teoría y método de investigación*, Siglo XXI, México, 1978.
- DELLA VOLPE, Galvano, *Lógica come scienza storica*, Editori Riuniti, Roma, 1969.
- _____ *Rousseau y Marx*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, España, 1972.
- _____ Lucio COLLETTI *et al.*, *La dialéctica revolucionaria*, Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1977.
- DUNAYEVSKAYA, Raya, *Filosofía y revolución*, Siglo XXI, México, 1977.
- ECHVERRÍA, Bolívar *et al.*, *El capital. Teoría, estructura y método*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1979, t. 3.
- GARAUDY, Roger, *Introducción al estudio de Marx*, Era, México, 1975, Serie popular, núm. 33.
- GARCIA BARCELO, Abel, *Hegel y la dialéctica científica de Marx*, Ediciones "Centro de Estudios", Buenos Aires, Argentina, 1971.
- GARGANI, Aldo *et al.*, *Crisi della ragione*, Giulio Einaudi editori s.p.a., Turín, Italia, 1979.
- GODELIER, Maurice, J. MONOD y N. MOULOU, *Epistemología y marxismo*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, España, 1974.
- _____ "Sistema, estructura y contradicción en El Capital", en *Problemas del estructuralismo*, varios autores, Siglo XXI, México, 1975.
- GOLDMAN, Lucien, *Marxismo, dialéctica y estructuralismo*, Ediciones Calden, Argentina, 1968.
- GURMENDEZ, Carlos, *El tiempo y la dialéctica*, Siglo XXI, España, 1981.
- GURVITCH, Georges, *Dialéctica y sociología*, Alianza Editorial, Madrid, 1971.
- GRUPPI, Luciano, *La dialéctica materialística della storia*, Ediciones Riuniti, Roma, 1978, Colección Argomenti, núm. 84.
- HABERMAS, Jürgen, "Teoría analítica de la ciencia y la dialéctica", en *La lógica de las ciencias sociales*, Grijalbo, México, 1978, colección Textos vivos, núm. 6.
- KON, I.S., *El idealismo filosófico y la crisis del pensamiento histórico*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1974.
- _____ *Neopositivismo y materialismo histórico*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1976.
- KOPNIN, P. V., *Lógica dialéctica*, Grijalbo, México, 1966.
- _____ *et al.*, *Engels y la filosofía de Hegel*, Paidós, Buenos Aires, 1975.
- KORSCH, Karl, "El método dialéctico en El Capital" en revista *Dialéctica*, núm. 4, Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1978.
- _____ *Marxismo y filosofía*, Era, México, 1977.
- KOSIK, Karel, *Dialéctica de lo concreto*, Grijalbo, México, 1969.

- LEIEBVRE, Henri, *Lógica formal-lógica dialéctica*, Siglo XXI, México, 1976.
- _____ *El materialismo dialéctico*, Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1974.
- _____ *Estructuralismo y política*, Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1973.
- LENIN, V.I. *Cuadernos filosóficos (La dialéctica de Hegel)*, Ediciones Martínez Roca, México, 1974.
- _____ *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, en *Obras escogidas*, t. III, Editorial Progreso, Moscú, 1976.
- _____ *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Ediciones Estudio, Buenos Aires, 1973.
- _____ *En torno a la dialéctica*, Editorial Progreso, Moscú, 1980.
- _____ *Fuentes y partes integrantes del marxismo*, Grijalbo, México, 1970, Colección 70, núm. 83.
- _____ *Materialismo y empiriocriticismo*, Grijalbo, México, 1967.
- _____ *Quiénes son los "amigos del pueblo", y cómo luchan contra los socialdemócratas*, Editorial Anteo, Buenos Aires, 1973.
- _____ "Textos sobre el concepto de dialéctica" (selección de textos), en revista *Dialéctica*, núm. 4, Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1978.
- LIMOEIRO CARDOSO, Miriam, "Consideraciones metodológicas" en *La ideología dominante*, Siglo XXI, México, 1975.
- _____ *La construcción de conocimientos. Cuestiones de teoría y método*, Era, México, 1977.
- LOJKINE, Jean, "Sur l'usage du concept de contradictions dans une analyse matérialiste de l'Etat", en revista *La pensée*, núm. 197, enero-febrero 1978, París, 1978.
- LOPEZ DIAZ, Pedro et al., *El capital. Teoría, estructura y método*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1977, t.2.
- LOWY, Michael, *Dialéctica y revolución*, Siglo XXI, México, 1981.
- _____ et al., *Sobre el método marxista*, Grijalbo, México, 1973, Colección Teoría y Praxis.
- LUKÁCS, G., *El asalto a la razón*, Grijalbo, Barcelona, 1976.
- _____ "¿Qué es marxismo ortodoxo?", en *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, México, 1969.
- MAROUANI, A., *A propós du chapitre premier du "Capital". L'importance décisive de la dialectique*, Cahiers du C.E.R.M., núm. 153, París, 1978.
- MARX, Karl, *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, Grijalbo, México, 1968, Colección 70, núm. 27.
- _____ *El capital*, Siglo XXI, México, 1981.
- _____ *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Grijalbo, México, 1976.

- _____ *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Siglo XXI, México, 1981.
- _____ "Introducción a la crítica de la economía política" (1857), en *Contribución a la crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Popular, México, 1970.
- _____ "La crítica moralizante o la moral crítica", en revista *Teoría y Política*, núm. 2, octubre-diciembre 1980, México, 1980.
- _____ *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Editorial Anteo, Buenos Aires, 1973.
- _____ *Miseria de la filosofía*, Siglo XXI, Argentina, Buenos Aires, 1974.
- _____ "Prólogo" a la *contribución a la crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Popular, México, 1970.
- _____ y F. ENGELS, "Escritos varios sobre dialéctica", en revista *Dialéctica*, núm.4, Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1978.
- _____ *Ideología alemana* (y otros escritos), Ediciones de Cultura Popular, México, 1971.
- _____ *La sagrada familia*, Grijalbo, México, 1967.
- _____ y V. I. LENIN, *Antología del materialismo dialéctico*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1978.
- McLELLAN, D., *Marx y los jóvenes hegelianos*, Martínez Roca, Barcelona, 1971.
- MELIUIJIN, S., *Dialéctica del desarrollo en la naturaleza inorgánica*, Grijalbo, México, 1963.
- MICHAUX, Bernard, "Sur le rapport Hegel-Engels. De la philosophie de la nature á la dialectique de la nature", en revista *La pensée*, núm. 219, marzo-abril 1981, París, 1981.
- MORA RUBIO, Juan, "Notas críticas al materialismo de Engels", en revista *Dialéctica*, núm. 4, Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1978.
- MORAZÉ, Charles, *La lógica de la historia*, Siglo XXI, México.
- MOULOU, Noel, "Le rationalisme moderne devant les problèmes épistémologiques, mesures critiques et fondations dialectiques", en revista *La pensée*, núm. 197, enero-febrero 1978, París, 1978.
- OLMEDO, Raúl, *El antimétodo: Introducción a la filosofía marxista*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, 1980.
- PIAGET, Jean, *Investigaciones sobre la contradicción*, Siglo XXI, Madrid, 1978.
- PLASENCIA, A. (comp.), *Metodología de la investigación histórica*, Ediciones Quinto Sol, México, sf.
- QUINIOU, Yven, "Le marxisme comme rationalisme théorique", en revista *La pensée*, núm. 203, enero-febrero 1979, París, 1979.
- RAYMOND, Pierre, "Materialisme historique ou materialisme biologique? A propos de Karl R. Popper", en revista *La pensée*, núm. 203, enero-febrero 1979, París, 1979.

- ROSDOLSKY, R., *Génesis y estructura de "El capital" de Marx*, Siglo XXI, México, 1979.
- ROSENTHAL, M., *Qué es la teoría marxista del conocimiento*, Ediciones Quinto Sol, México, s/f.
- _____ *Problemas de la dialéctica en "El capital" de C. Marx*, Ediciones Nueva Vida, Buenos Aires, Argentina, s/f.
- SCHAFF, Adam, *Historia y verdad*, Grijalbo, México, 1974.
- SCHMIDT, A., *El concepto de naturaleza en Marx*, Siglo XXI, México, 1976.
- SÉVE, Lucien, "Sur la catégorie de possibilité. Notes pour une recherche", en revista *La pensée*, núm. 202, noviembre-diciembre 1978, París, 1978.
- SKVORTSOV, L. V., *El tiempo y la necesidad histórica*, Nuestro Tiempo, México, 1981.
- SPIRKIN, A. G., *Materialismo dialéctico y lógica dialéctica*, Grijalbo, México, 1969, Colección 70, núm. 53.
- SWEEZY, P.M. et al., *El capital. Teoría, estructura y método*, Ediciones Cultura Popular, México, 1975, t.1.
- TEXIER, Jacques, "Le privilège épistémologique du présent et la nécessité du moment génétique dans les Grundrisse de K. Marx", en revista *La pensée*, núm. 225, enero-febrero 1982, París, 1982.
- TIMPANARO, Sebastiano, *Praxis, materialismo, estructuralismo*, Editorial Fontanella, Barcelona, España, 1973, Colección libros de confrontación, serie filosófica 4.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General

Dr. Oscar Manuel González Cuevas

Secretario General

Ing. Alfredo Rosas Arceo

UNIDAD IZTAPALAPA

Rector

Dr. Gustavo Chapela

Secretario

M. en C. Luis Niño de Rivera y Oyarzábal

Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Dr. Ignacio Llamas Huitrón

Secretaria Académica

Mtra. Norma Zubirán Scotto

Coordinadora del Consejo Editorial

Mtra. Carmen Mier y Terán

Coordinadora de Cuadernos Universitarios

Mtra. María Christen Florencia

Un paradigma para el análisis de la clase obrera
se elaboró en colaboración con la Sección de Diseño
Gráfico de la Coordinación de Extensión Universitaria.

Tipografía y formación: Inés Segovia.

Se imprimió en abril de 1989 en
La Impresora Azteca S.A. de C.V.,
Av. Poniente 130 núm. 681-1,
Colonia Industrial Vallejo.

La edición consta de 1 000 ejemplares
más sobrantes para reposición.

Un paradigma para el análisis de la clase obrera forma parte del programa de investigación sobre el método de Marx iniciado por el autor con *El método del concreto abstracto concreto*, UAM, 1985, y continuado con la obra colectiva *Hacia una metodología de la reconstrucción*, UAM-Porrúa, 1988. Este programa de investigación toma en consideración la crisis de la metodología positivista dominante casi todo el siglo XX y la posibilidad de que en las concepciones marxistas acerca de la realidad y del conocimiento pudieran encontrarse en germen alternativas al desorden epistemológico actual. Sobre todo se intenta incorporar una perspectiva de historia que no ignore a los sujetos voluntarios sino busque articularlos con los aspectos objetivos de la realidad.

Articulación sujeto-objeto como problema central de la epistemología y no la simple correspondencia entre pensamiento y realidad. Este problema ha sido tratado por la filosofía en muchas ocasiones, sin embargo no siempre han quedado claras sus implicaciones metodológicas, en el sentido de consecuencias para la construcción de conocimiento.

Enrique de la Garza Toledo es profesor titular de tiempo completo de la UAM-I, coordinador de la maestría en sociología del trabajo, ha obtenido premios nacionales por sus investigaciones sobre México y forma parte del Sistema Nacional de Investigadores.

CUADERNOS UNIVERSITARIOS